

**FORMACIÓN ESPIRITUAL
PARA EL PRESBITERO
DEL TERCER MILENIO**

***DEPARTAMENTO DE VOCACIONES Y MINISTERIOS
DEVYM***



CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO

FORMACIÓN ESPIRITUAL PARA EL PRESBITERO DEL TERCER MILENIO

*DEPARTAMENTO DE VOCACIONES Y MINISTERIOS
DEVYM*

*Pbro. Lic. Luigi Barbiero C.
Pbro. Dr. José María Recondo
Pbro. Dr. Carlos Alvarez G.
Pbro. Carlos Juliao,
Pbro. Ignacio Meriño*

COLECCIÓN DOCUMENTOS CELAM N° 145
Santafé de Bogotá, D.C., julio de 1997

© Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM
Derechos Reservados
Carrera 5 N° 118-31
Apartado Aéreo 51086
Email: celam@celam.org
Tels: (571) 6121620, 6714789
Fax: (571) 6121929
Santafé de Bogotá, julio de 1997

ISBN 958-625-364-3

Diseño Carátula:

Diseño CELAM - Alexis Cerquera Trujillo

*"Lo que cayó en tierra buena, son los que, después de haber oído,
conservan la Palabra con corazón recto, y dan fruto con
perseverancia" (Lc. 8, 15)*

Diseño y Diagramación:

Doris Andrade B.

Impresión:

LITOCAMARGO Ltda.

Tel: 3600665

Santafé de Bogotá D.C. - Colombia

Julio de 1997

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

PRESENTACIÓN

El presente trabajo es obra de varios autores que han colaborado como profesores en diversos cursos para Formadores de Seminarios Mayores de América Latina y el Caribe. El tema fundamental se refiere a la Formación Espiritual en dichas Instituciones, tema reflexionado por un buen número de Formadores de diversos países del Continente. La evaluación sobre el contenido de la temática ha sido bastante positiva y dio ocasión a los participantes para profundizar en este elemento clave de la vida de todo Seminario, como es el aspecto espiritual.

Suele suceder en ocasiones que una recopilación del material de algún curso, presta un servicio casi exclusivamente a los que participaron en el mismo, pues están motivados y conocen por experiencia qué fue lo que allí se trató. Sin embargo, el material del presente trabajo, la calidad de sus autores y la reflexión que suscita en quienes lo leen con detenimiento, nos animó a pensar en que sería positivo y provechoso publicar estos trabajos a manera de libro, que pudiese servir de material auxiliar en los Seminarios y fuese aprovechado tanto por alumnos como por los profesores. Aún más, creemos que el presente volumen será de mucha utilidad para los sacerdotes, en el esfuerzo de vivir cada día su existencia sacerdotal, como una permanente respuesta a lo que Dios les está pidiendo.

El nuevo Milenio encuentra al presbítero frente a muchos retos para convertirse en un auténtico nuevo Evangelizador. La postmodernidad, la Nueva Era, el avance de las sectas, una aparente despreocupación por el futuro en muchas personas, todo unido a los grandes avances de la Genética, la Bioética, el inmenso mundo del Internet y el avance en diversos campos de la comunicación, el apego exagerado a lo material como único valor, parecieran no dejar espacio al ser y a la misión del presbítero. El presente texto tiene dentro de su contenido varias pistas y elementos muy válidos que nos ayudan a valorar, por un lado, lo perenne de la misión del presbítero, y por otro, aquellos aspectos que él debe asumir en la historia para que su sacerdocio esté realmente encarnado y responda a las necesidades del hombre actual.

Agradecemos a los autores, que nos han permitido hacer público su trabajo, expresión y signo de su sentido de solidaridad y de compartir sus bienes con los demás. Nos complacerá mucho y nos daremos por satisfechos con que este esfuerzo de tantas personas se vea retribuido con la lectura y consiguiente beneficio de muchos de nuestros lectores a lo largo del Continente y el Caribe, y ojalá más allá de esas fronteras.

Cristo Vida Plena para todos, reza el lema del Plan Global del CELAM para estos cuatro años de 1995 a 1999. Creemos que el presente trabajo contribuirá a que esa vida de Cristo se incremente en muchos de nuestros seminaristas y sacerdotes, con el consiguiente beneficio para toda la Iglesia.

+ JORGE ENRIQUE JIMÉNEZ CARVAJAL
Obispo de Zipaquirá, Colombia
Secretario General del CELAM

INTRODUCCIÓN

Desde hace algunos años se ha venido planteando lo que sería la identidad del presbítero, especialmente cuando a partir del Concilio Vaticano II, la Iglesia puso en evidencia el valor del laico y su misión en la Iglesia y en el mundo. Sin embargo, no podría decirse que la Identidad del presbítero es un tema que ya pasó de moda o que está de moda, pues tiene muchos aspectos que formarán parte de la realidad de cada época. Además, no será posible conocer la identidad del presbítero sólo a partir de la identidad del laico. El Presbítero tiene una identidad propia que le nace precisamente del Sacramento del Orden. A tenor de la *Pastores Dabo Vobis*, el presbítero tiene un llamado a la santidad por un doble título: como cristiano, tiene una vocación a la santidad, bajo la acción del Espíritu. El Sacramento del Orden, en cambio, añade otro título y una especificidad concreta a esta llamada. Así la común vocación se fundamenta en el Bautismo, y la vocación especial, en el Sacramento del Orden. Ambos Sacramentos ungen y consagran, y al hacerlo, destinan a las personas para una misión propia en la Iglesia y en el mundo.

El presente documento tiene la riqueza de presentarnos esa identidad del presbítero desde diversas pers-

pectivas que se complementan una a la otra. Uno hace un énfasis mayor en la *Caridad Pastoral*, otro en la *Vocación a la Santidad*, otro, sin negar las anteriores, enfatiza más la *Configuración con Cristo Cabeza y Pastor*. Todo ello conforma una gama de perspectivas que lejos de contradecirse plantean un hermoso cuadro del significado y la amplitud del ser y del quehacer sacerdotal.

Otro de los temas que encontramos en el presente documento es que dice relación a lo específico de la espiritualidad del sacerdote diocesano. Hace varios años se viene reflexionando sobre este punto, sin haberse logrado aún una suficiente profundización. Un buen número de autores contemporáneos se han esforzado en plantear el tema, lo cual permite una visión cada día más clara. Es necesario caminar aún. El planteamiento que aquí se nos presenta es bastante práctico y tiende a ser mucho más claro y asequible a todos. Así debe ser la espiritualidad del presbítero diocesano, no un imposible de ser vivido, sino una presencia de Dios que se vive en el quehacer de todos los días, se alimenta de la Palabra y en la oración, especialmente en el sacramento de la Eucaristía. Hoy será imposible plantear una espiritualidad fundamentada en el cumplimiento de una serie de "oraciones" en tiempos determinados. La vida es dinámica y debe vivirse permanentemente desde la fe; más que actos, consistirá en actitudes que nazcan de una profunda convicción de que somos y actuamos en el nombre de Jesucristo.

En un trabajo de varios autores sobre un mismo tema global, no es tan fácil descartar alguna contradicción, por lo menos aparente, en ciertos planteamientos, y no sería posible decir que ésta es la excepción. No obstante eso, quien ha podido dialogar con los autores, escuchar sus puntos de vista y descubrir el material de re-

flexión que ofrecen, considera que no hay nada de fondo que pueda ser contradictorio. Eso da una confianza importante a las diversas perspectivas o enfoques, que como queda dicho, antes que empobrecer, enriquecen, y ofrecen, incluso, un material de diálogo y discusión.

Tampoco será posible afirmar que con lo presentado aquí se ha agotado el material de la Formación espiritual en un Seminario. Una mente perspicaz, fácilmente puede descubrir que habrá aspectos que no han sido abordados explícitamente. Pienso a manera de ejemplo, en el tema de la dimensión misionera de la espiritualidad, en la espiritualidad litúrgica, aunque ésta se comenta en cierto momento, lo mismo que otros temas que tendrían cabida, dada la amplitud del tema sobre la Espiritualidad en un Seminario. Damos por supuesto, que nuestra intención en la presente publicación no era ni mucho menos abordar expresamente todos los temas de la espiritualidad y ser exhaustivos en ellos, no. Sencillamente ofrecemos un material valioso en sí mismo, que aportará importantes elementos de reflexión a quienes están incursionando en el conocimiento y vivencia de estos temas, y a quienes por oficio tienen que tratarlos y exponerlos en la vida de un Seminario, igual que a los presbíteros que hacen esfuerzos por vivir con seriedad su propia espiritualidad.

Finalmente, tenemos que decir, que no hemos abordado aquí el tema de la Dirección Espiritual, al menos en forma amplia, ya que el mismo CELAM ha publicado un libro de Monseñor Guillermo Rodríguez Melgarejo, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Buenos Aires, al cual remitimos. Ha tratado allí en forma amplia y profunda la *Formación y Dirección Espiritual* OSLAM - CELAM, Bogotá, Colombia 1995. Es éste un trabajo elaborado por Monseñor Rodríguez, con base en su experiencia de muchos años como Director Espiritual en el

Seminario de Buenos Aires y como fruto también de su servicio como profesor en varios Encuentros de Formadores a nivel Latinoamericano.

A los Pastores de hoy, que están entregando generosamente su vida al servicio de la grey, deseamos que el presente documento les anime y fortalezca en su misión y sea un instrumento en el que puedan apoyar su permanente servicio a la Iglesia. A los futuros Pastores que con entusiasmo se preparan para prestar este servicio en la Iglesia, les auguramos que la meditación y estudio del contenido del presente libro, sea un valioso instrumento que les permita experimentar muy de cerca la fortaleza de Aquel que todo lo conoce y que camina con nosotros hasta el final de los tiempos.

+ EDMUNDO ABASTOFLOR MONTERO
Arzobispo de La Paz, Bolivia
Presidente del DEVYM del CELAM

I. FORMACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTROS SEMINARIOS DE AMÉRICA LATINA

*Pbro. Lic. Luigi Barbiero C.
Chile*

Introducción

Este encuentro que pretende abordar la formación espiritual, a nivel latinoamericano, es un regalo de Dios y una ocasión única para intercambiar búsquedas, inquietudes y experiencias con el fin de ayudarnos en la delicada misión que Dios nos ha confiado.

Durante esta semana nos esforzaremos por entablar un diálogo profundo acerca de la *formación espiritual*. El Santo Padre nos dice en forma clara:

Para todo presbítero la formación espiritual constituye el centro vital que unifica y vivifica su ser sacerdotal y su ejercer el sacerdocio". En este mismo sentido, los Padres del Sínodo afirman que "sin formación espiritual, la formación pastoral estaría privada de fundamento (PDV 45).

La tarea de la formación espiritual es particularmente importante aún más en nuestro Continente por la compleja realidad en que nos toca vivir y por la apremiante preocupación que nos ha manifestado la Santa Sede en el precioso e impactante documento "Directrices sobre la preparación de los Formadores en los Seminarios". En el número 10 señala que los Seminarios se encuentran en una situación compleja, "sus tareas formativas han llegado a ser más difíciles y por esto mismo los criterios para la elección de formadores resultan también más exigentes. La necesidad de promover una pedagogía más dinámica, viva, abierta a la realidad de la vida y atenta a los procesos evolutivos de la persona, siempre más diferenciados y complejos requiere dotes de probada solidez en un grado casi desconocido en el pasado" (PDV 10).

La vara de medición que señala el Documento de la Santa Sede es tan alta, que de acuerdo a ello muchos de nosotros no estaríamos en condiciones para asumir la misión de Padres Espirituales o Formadores.

Por otra parte, nos dan ánimo las palabras de Dios en San Pablo en su primera carta a los Corintios:

Hermanos fijaos a quienes Dios llamó: no a muchos intelectuales, ni a poderosos, ni a muchos de buena familia: todo lo contrario: lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, se lo escogió Dios (1 Co 1, 25).

A nosotros nos queda el tremendo desafío: alcanzar lo mejor posible las expectativas y las exigencias que nos pide la Iglesia.

Este desafío, como decía, nos tiene puesta la vara muy alta, por ello pienso que no se puede lograr con un cur-

so, sino asumir como meta lo que nos recomienda el Documento de la Santa Sede en el número 65: "*la formación permanente* de los formadores responde a los deseos expresados por el Vaticano II y por la *Ratio Fundamentalis*".

EL CONTEXTO ACTUAL Y LA FORMACIÓN ESPIRITUAL

Existe, en todo el mundo la preocupación por lograr una formación espiritual sólida en los Seminarios para preparar sacerdotes capaces de vivir fielmente la vocación presbiteral en un contexto de profundos cambios y de ineludibles crisis de crecimiento.

Me parece obvio para empezar, dar una mirada seria y profunda al contexto de donde provienen los destinatarios de la formación espiritual y hacia donde irán a ejercer el ministerio sacerdotal.

Contexto socio-cultural y formación espiritual

La sociedad entera está sujeta a una profunda transformación que va trastocando las raíces profundas de la cultura latinoamericana en sus valores, en sus costumbres constitutivas.

Este fenómeno produce inevitables crisis que pone a todo el mundo en "situación de intemperie y desvalimiento espiritual".

Ahora bien, resultaría alarmante que, en una época de mutaciones sociales y eclesiales, el *candidato* quedara ajeno a la agitación del entorno.

Es necesario no eludir esta crisis profunda sino enfrentarla desde una óptica comprensiva de lo que está sucediendo en el mundo de hoy.

Sería poco responsable una formación espiritual que fuera prescindiendo u ocultando las situaciones críticas en que se encuentra, sea el joven que ingresa al Seminario, sea el que sale como sacerdote. Sería una postura miope dedicarnos a la formación espiritual sin tener en cuenta las luces y sombras del itinerario espiritual, la poderosa seducción de este mundo, con sus avances y conquistas, como las dificultades con que se topan para alcanzar una fidelidad sólida a la vocación presbiteral.

Por este motivo, al empezar nuestra reflexión acerca de la formación espiritual me parece indispensable proponer un diagnóstico básico sobre la realidad contextual de los destinatarios para complementarlo a través de un intercambio entre todos.

Seguiré el Diagnóstico que presenta la Exhortación del Santo Padre *Pastores Dabo Vobis* a partir del contexto general de los profundos cambios señalados por el Vaticano II con algunos aportes personales o leídos en estudios específicos.

A. Factores que favorecen la formación espiritual

1. *Conciencia más madura de la dignidad humana*

Este aspecto tan positivo que es vivido intensamente por la juventud actual constituye un potencial formidable para la formación espiritual. Tal conciencia se expresa en su

postura crítica, en su anhelo de libertad y protagonismo, en su lucha por lograr espacio para su creatividad.

También se dejan ver claros signos de una sensibilidad social que los lleva a asumir compromisos por ideales nobles, a reaccionar frente a lo que la sociedad adulta impone y por sobre todo a fijarse metas y objetivos realistas y posibles de alcanzar no sin esfuerzo y trabajo arduo y constante.

El protagonismo personal, el interés por querer forjarse un futuro con mayores perspectivas a través del estudio y la capacitación, son señales evidentes y lúcidas que reflejan una concepción más amplia e integradora de toda la dimensión humana.

Sin duda es uno de los signos de los tiempos, más relevantes que habría que tomar en cuenta para el crecimiento en el Espíritu.

2. *Una sed de justicia y paz*

Aparentemente, los jóvenes en los últimos años, demuestran apatía ante los graves problemas sociales de nuestro continente.

Por experiencia, estoy convencido que no es así.

La situación de impotencia y de no ser profundamente escuchado no significa que los jóvenes no tengan "hambre y sed de justicia". Tal vez quieren expresar este anhelo con un lenguaje nuevo y más humano.

No cabe duda que, en medio de una "civilización de consumo", en donde existen grandes desigualdades sociales y se privilegia el "tener" al "ser", los grandes valores de la paz, la justicia y el amor –presentes en los

jóvenes— pasen continuamente a un segundo plano; pero ello no significa que hayan desaparecido. Más bien se manifiestan en aquella aspiración espontánea, desde diferentes lenguajes y con respuestas creativas nuevas, la sociedad en la cual están insertos.

Habrá que analizarlo y ponderarlo con profundidad y con los ojos de la fe.

3. *Una voluntad por crear solidaridad*

La solidaridad siempre ha sido una característica de los pobres. Sin embargo se perciben signos fuertes y proféticos que impulsan a la juventud por contribuir a una convivencia solidaria que, una vez evangelizada, puede transformarse en “fuerza de salvación”.

Esta característica, sin embargo, aunque pueda aparecer como un sentimiento superficial o epidérmico por aquellos males que afectan a la sociedad o a determinados grupos sociales más vulnerables, debe ser tomada como un desafío que habrá que educar y darle la consistencia cristiana y evangélica.

Si queremos que esta actitud solidaria de los jóvenes se convierta —como dice el Santo Padre— en una verdadera “virtud”, será necesaria cultivarla y otorgarle un sentido evangélico. La solidaridad en su más profundo sentido, puede “brotar solamente desde la fe”.

4. *Hambre de sentido*

Es cada vez más notorio el vacío al que ha sido conducido el hombre por la modernidad; algunas características como el “desenfreno sexual de las últimas décadas, la disminución del número de hijos a fin de evitarse

afanes, la proliferación de las relaciones sexuales prematrimoniales, la crisis de la familia, que es la formadora primordial del género humano, han llevado a un vacío peor. El hombre de este siglo, debemos reconocerlo, se encuentra marchando a la deriva como un anónimo entre muchedumbres de anónimos, esperando cada día emociones más fuertes que le oculten la pérdida de sentido de su existencia”.

¿Cómo propiciar este hambre de sentido?

Ciertamente que tal sentido sólo puede otorgarlo el trascender al mundo espiritual, dándose al otro, luchando generosamente por el bien. A mi modo de ver, esta “hambre de sentido” exige una atención muy esmerada para que se transforme en un potencial de apertura a lo trascendente y a lo escatológico, y a las propuestas evangélicas fundamentales: como son “la cruz” y “el morir para encontrar la vida plena”; “el dejarlo todo”, por el Reino.

5. Necesidad de modelos de vida sugerentes

Este anhelo está arraigado hoy más que nunca. El Papa Pablo VI lo afirma en *Evangelii Nuntiandi*: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio” (Nº 41).

Los jóvenes de hoy tienen necesidad de modelos “de padre héroe y sabio” según un estudio de Juan de Castro, ex Rector del Seminario de Santiago de Chile.

6. Religiosidad de nuestro Continente

Todos sabemos que la religiosidad popular encierra valores y defectos. Valores que pueden provocar un

camino de crecimiento impresionante y una apertura a la trascendencia y defectos que detienen y paralizan.

Una formación espiritual consistente no puede eludir una comprensión adecuada de la religiosidad popular que expresan los postulantes al sacerdocio.

B. Factores que dificultan una formación adecuada para nuestro tiempo

1. *Subjetivismo endémico*

Hoy, es una realidad patente: “se vive a flor de piel”; a nivel impulsivo más que reflexivo, y esto tiene resonancias en realidades de peso para la vida sea cristiana o sacerdotal. Lo constata un psiquiatra español “Hoy en la gente joven se da con relativa frecuencia lo que yo he llamado la filosofía de lo que me apetece: ‘es que no tengo ganas, es que no me apetece, eso me cuesta...’. Por este derrotero se llega a ir teniendo una personalidad débil, caprichosa, blanda, veleta que gira según el viento del momento, inconstante, incapaz de ponerse metas y objetivos concretos, a merced del primer estímulo que le llega de fuera y le hace abandonar lo que estaba haciendo. El perfil psicológico final de este sujeto es el siguiente: alguien echado a perder, consentido, mal criado, estropeado para cualquier tarea seria, que no doblará el cabo de sus propias posibilidades”.

A nivel espiritual, las consecuencias son preocupantes: casi inconscientemente se quiere “choferear” al Espíritu Santo, principal protagonista de la vida espiritual y del crecimiento en el Espíritu.

Además esta actitud desencadena una paralización interior preocupante: "cualquier sugerencia que sea exigente se califica como atropello a la libertad o legalismo inapropiado". Esto expone al joven a la improvisación a la inestabilidad y a una visión errónea de la libertad.

2. *Relativismo*

Esta actitud ante la vida, ante propuestas importantes, está muy ligada a lo anterior. Aparece como un "mecanismo de defensa". No existe lo objetivo, todo depende y cualquier análisis puede ser positivo y negativo. Se cae así en nuevo absoluto: todo es relativo.

De esta forma se relativiza todo lo definitivo, lo absolutamente importante, como por otra parte se tiende a minimizar el peligro, el mal objetivo.

3. *El inconsciente colectivo*

En nuestro continente existe una baja auto-estima preocupante. Tenemos la tendencia al estar sumiso, al fatalismo, a la dependencia, al mesianismo.

Existe una suerte de mala imagen de sí mismo, con enormes necesidades afectivas y que puede condicionar fuertemente todo proyecto de vida. Tal vez se perciba el mundo externo como hostil y amenazante. Esta actitud, sin duda, dificulta la formación espiritual en que cada cual tiene que ser protagonista de su proyecto de vida sacerdotal.

Este rasgo, además, permite que los medios de comunicación social penetren profundamente en la vida, transformándola a su antojo.

4. Disgregación familiar

Este fenómeno cada vez más extenso y profundo según el Papa en su Exhortación dice que influye “de modo negativo en la educación de los jóvenes”.

La ruptura de los vínculos conyugales, las relaciones al interior de la familia, la imagen del Padre producen daños difíciles de sanar o que requieren una atención peculiar en el proceso formativo.

¿Por qué? esta realidad condiciona la opción afectiva por el celibato y por una consagración total para toda la vida.

5. La pérdida del sentido del misterio

Nuestra sociedad tecnificada aprecia lo que se mide y por ello favorece una actitud casi agnóstica o como dice el Papa en PDV “un ateísmo existencial”. A ello se debe agregar las grandes conquistas humanas logradas por el hombre en este siglo. Los paradigmas que antaño otorgaban sentido a la vida ya no son los mismos y han sido reemplazados por la técnica y la ciencia. Todo el espíritu científico de nuestra época crea una mentalidad diferente que va modificando progresivamente los esquemas y estilos de vida, las conductas, agregándose a esto profundos cambios psicológicos, morales, religiosos y sociales.

Una sociedad que trata de medir y cuantificar todo, en donde los criterios de valor son la utilidad, el rendimiento y la eficiencia, deja de lado el “misterio”: aquella dimensión de la realidad humana que no se explica por sí misma y que tiene un sentido trascendente o meta-histórico.

Conclusión

El Santo Padre en su exhortación hace una afirmación que personalmente considero genial, en el N° 10:

La compleja situación actual, someramente expuesta mediante alusiones y a modo de ejemplo, exige no sólo ser conocida sino sobre todo interpretada. Únicamente así se podrá responder de forma adecuada a la pregunta fundamental: ¿Cómo formar sacerdotes que estén verdaderamente a la altura de estos tiempos, capaces de evangelizar al mundo de hoy?.

Y más adelante el Santo Padre habla de un conocimiento no descriptivo sino científico y agrega: “Es aún más importante la *interpretación de la situación*”.

El Papa sugiere un permanente discernimiento espiritual para distinguir lo que es bueno y santo:

De este modo el discernimiento evangélico toma de la situación histórica y de sus vicisitudes y circunstancias no un simple “dato” que hay que registrar con precisión y frente al cual no se puede quedar indiferente y pasivo, sino un reto a la libertad responsable tanto de la persona individual como de la comunitaria (PDV 10).

Y en el mismo número nos recuerda lo que dice el Vaticano II:

Es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda ella responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente (G S 4).

DESAFÍOS PARA UNA FORMACIÓN ESPIRITUAL SÓLIDA, HOY

Los Seminarios mayores son necesarios para la formación sacerdotal. En ellos, toda la educación de los alumnos debe tender a la formación de verdaderos pastores de las almas a ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor (OT 4).

Este es el objetivo central de toda la formación y de manera especial de la formación espiritual.

Ahora, surge nuevamente la pregunta que se plantea el Papa Juan Pablo II: “¿Cómo formar sacerdotes que estén a la altura de estos tiempos, capaces de evangelizar al mundo de hoy?”.

Es una pregunta desafiante de cara al presente y al futuro. Personalmente me ha tocado reflexionar mucho sobre este interrogante.

Basándome en la revelación, en los Documentos de la Iglesia y en la experiencia personal he elaborado algunos desafíos importantes que pueden permitir abordar mejor la formación espiritual, en el tiempo actual. No trataré aspectos de la formación espiritual que están ya bien asentados en nuestros Seminarios.

A. Formar a verdaderos creyentes en el Dios de Jesucristo

San Agustín afirmó de manera asombrosa su itinerario espiritual con estas palabras: “con ustedes soy cristiano y para ustedes soy Obispo”.

Este Santo tenía muy presente que la vida en el Espíritu es siempre un empezar de nuevo, es un nacer todos los días de arriba.

Sin embargo, desde hace tiempo, hay una toma de conciencia en los Seminarios de América de que la fe de los que ingresan es sumamente frágil y, a veces, inconsistente. Muchos inician el proceso con una adhesión al Dios de Jesucristo desprovista de fundamentos asumidos.

Esta constatación viene avalada por los mismos Documentos del Episcopado Latinoamericano.

Puebla señala:

las situaciones de injusticia y pobreza son índice acusador de que la fe no ha tenido la fuerza para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos (DP 437).

El Documento de Puebla no cuestiona el contenido de la fe, sino la calidad de la fe.

Sin duda; todos deseamos que los candidatos al sacerdocio vayan “configurándose con Cristo, Sacerdote y Pastor” (OT 8). Pero vienen las preguntas: ¿Qué Cristo deseamos que se configure en nuestros seminaristas?, ¿En qué Cristo creen nuestros jóvenes candidatos al sacerdocio?

La Escritura nos consigna que el mismo Jesús ha sido: “Pionero de la fe”. Fue el primer creyente, pero no creyó en cualquier Dios, sino en el Dios Padre, Padre que vive en cada persona y en el corazón del mundo para transformarlo en Reino.

Todos sabemos que el itinerario para lograr una fe en el Dios de Jesucristo es un proceso largo. Llegar a creer en un Dios profundamente encarnado en la Persona de Jesucristo, "en un Dios que asume todo lo humano, en un Dios que irrumpe en la historia humana" (DP 185).

Creer en un Dios que ama tanto al mundo hasta el extremo, creer en el Dios de Jesucristo crucificado que asume el dolor, el rechazo, el fracaso y por último creer en el Cristo Resucitado "vencedor de la muerte y del pecado", es un itinerario que se recorre entre luces y sombras; entre asombros y oscuridades; entre momentos de audacia y otros de miedo paralizante.

Me parece necesario precisar algunos obstáculos que van emergiendo cada vez con mayor fuerza. Existe una búsqueda de un Dios sin el Rostro del Padre de Jesucristo. Se busca a un Dios Trascendente pero que se acomoda a las propias aspiraciones.

Aún más, se constata una adhesión significativa a Cristo Encarnado pero con gran dificultad se opta por un Cristo Crucificado y Resucitado.

Hay una resistencia creciente a la cruz que se expresa con evasivas a todo lo que requiere renuncia, sacrificio y muerte así mismo. Existe miedo al compromiso definitivo, o a una ruptura con los anti-valores que pregona la cultura moderna.

Está demás decir que para el candidato al sacerdocio es fundamental que llegue a una adhesión a Jesucristo Encarnado que "se hace obediente hasta la muerte y muerte en cruz" (Flp 2, 8).

Sin embargo, el proceso de fe debe desembocar evidentemente en una sólida adhesión al Cristo Resucitado: "Vencedor de la muerte y del pecado".

Solamente una fe consistente permitirá al sacerdote de nuestros tiempos ser "Pionero en la fe".

Este camino no se puede recorrer solos. La fe llega por intermediarios: ¿Cómo van a creer si no hay nadie que evangelice?

En una época compleja, se requiere Verdaderos Testigos de Jesús, o como dijo Pablo VI, "Evangelios de Dios" que irradian una fe que no claudica y no tranza.

1. Formar discípulos

Un gran pensador moderno afirma que para mejorar la calidad es necesario ser humildes, tener el propósito de aprender.

Por ello, en el proceso formativo es necesario estimular sin vacilaciones la dimensión evangélica del discipulado.

El verdadero discípulo sigue radicalmente al Divino Maestro, Quien, "tiene palabras de vida". A través de una vida de discipulado se llega a una fe verdadera.

En efecto, la adhesión a Él debe llegar a ser total, expresada en una profunda vinculación religiosa que hace reconocerlo y servirlo como el Único Absoluto.

Jesús en la formación de sus Apóstoles se ve decidido en exigir actitudes de discípulo.

Los acepta como son, pero les exige confianza y apertura a sus propuestas.

Juan Pablo II en su Exhortación confirma la necesidad de que el candidato al sacerdocio sea discípulo: Solamente,

permaneciendo en la Palabra el sacerdote será perfecto discípulo del Señor, conocerá la verdad y verdaderamente será libre,... el sacerdote debe ser el primer creyente" (PDV 26).

Para alcanzar ser un verdadero creyente en el Dios de Jesucristo se requiere, además, ser contemplativo.

2. Educar a la contemplación

En la historia de la Iglesia aparece claramente demostrado que los contemplativos han sido los que descubrieron el paso del Dios de Jesucristo.

Jesús fue el Primer Gran Contemplativo.

En la contemplación perseverante y prolongada Jesús descubre al Dios cercano, rico en misericordia, un Dios que recorre todos los caminos de los hombres para encontrarlos.

Se estremece cuando constata: "El Espíritu Santo está sobre mí. Él me ha ungido para traer Buenas Noticias a los pobres" (Lc 4, 18).

Se conmueve al constatar que las muchedumbres "estaban vejadas y abatidas como ovejas sin pastor" (Mt 9, 36).

La contemplación da acceso al Dios Viviente que habita en el corazón de cada hombre y de cada pueblo, y eso permite una experiencia de Dios.

"Sepan que viene la hora y ya entonces en ella, en la que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios y los que escuchen tendrán vida" (Jn 5, 25).

El que tenga una experiencia vital del Dios de Jesucristo y de su Reino se convierta en un Creyente responsable.

El creyente verdadero vive asombrado de su vocación, de la misión que Dios da a cada seguidor de Jesucristo, de la Pasión de Dios por el mundo.

¿Cómo acompañar a los candidatos al sacerdocio en su camino de fe?

El mejor camino es el testimonio de vida del formador, de fe tremendamente personal.

El Papa Pablo VI afirma que el testimonio de vida evangélica provoca "interrogantes irresistibles": ¿Por qué son así?, ¿Por qué viven de esa manera?, ¿Qué es o quién es Él que los inspira?

Evidentemente nuestro testimonio debe ser explicitado, nuestra experiencia de fe en el Dios de Jesucristo debe ser contada. La comunicación sencilla, auténtica de nuestra vida en el Espíritu es tremendamente formadora.

3. *Orientar hacia una obediencia religiosa*

La fe se concreta en último término en hacer la Voluntad de Dios.

A ejemplo de Jesucristo, quien "se hizo obediente hasta la muerte y muerte en cruz" el verdadero creyente es un buscador del Querer de Dios.

Jesús aprendió a obedecer entre dolores y gemidos. La obediencia es respuesta radical a Dios, a su proyecto y a sus intervenciones insospechadas.

El creyente vive su entrega a Dios porque se sabe amado y está convencido que Él merece ser amado con todo el corazón.

El obediente demuestra lo que realmente cree. Si es esclavo de sí mismo, será un ególatra, si se apega a algo será idólatra.

“Sólo el hombre profundamente obediente será verdadero testigo del Absoluto de Dios” (NBFS 37).

Por otra parte, no se trata de formar sacerdotes que no piensen, sin ideas propias, carentes de personalidad, es todo lo contrario, ser discípulos significa ser lúcidos, creativos:

Mi Señor me ha dado lengua de discípulo para saber decir al abatido una palabra de aliento... El Señor abrió mi oído y yo no me resistí ni me eché atrás. Cada mañana me da el oído para que escuche como iniciado (Is 50, 4).

No es fácil acompañar a nuestros candidatos en este camino evangélico, ya que sabemos que impera el relativismo y subjetivismo en nuestro tiempo; existe una sensibilidad, casi dañada, acerca de la libertad.

Es preciso descubrir con ellos que la obediencia es el acto máximo de la libertad cristiana y de la fe en Jesucristo.

B. Animar profundamente el carisma de la caridad pastoral

El Papa Juan Pablo II en PDV, siguiendo la Doctrina del Vaticano II, precisa que el carisma específico del sacerdote es la “Caridad Pastoral”.

Seguramente la tarea de la formación espiritual más importante es la de animar rectamente el "Don de la caridad pastoral".

Se trata de ayudar a desarrollar este don del Espíritu como fuente para forjar la verdadera *identidad sacerdotal* y como horizonte de la Misión que da sentido a su *modo de ser persona y de actuar* en el mundo y en la Iglesia.

Ahora bien, educar a la caridad pastoral en nuestro tiempo, pensando en los destinatarios que provienen de familias dañadas en lo constitutivo del vínculo familiar que es el amor y que han crecido en un contexto con una visión distorsionada de lo que es el amor; que han respirado aire de individualismo o de competitividad desleal o de resentimiento social, es un desafío que requiere una comprensión teológica clara y profunda de la caridad, una pedagogía de gran calidad y un proyecto educativo adecuado para nuestro tiempo.

1. *Comprensión teológica de la caridad pastoral*

El Santo Padre en la Exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis* ha presentado este carisma de la caridad pastoral en forma muy rica.

Es indispensable que los formadores vayamos profundizando cada vez más con mayor esmero este "don del Espíritu" frente del ser sacerdotal. El Santo Padre hace algunas afirmaciones que son *fundantes*.

- a) **El carisma de la caridad pastoral** "anima y guía la vida espiritual del presbítero", PDV. Esta expresión es de una claridad meridiana. El Espíritu Santo a

través del “don de la caridad pastoral” que reparte a quien quiere es el que va animando, impulsando el desarrollo de tal carisma y le va dando una dirección.

Y el don, fundamentalmente, es fuente para vivir según “el Espíritu”.

La caridad pastoral antes que sea una acción “en Persona Christi” es vida espiritual, es santidad.

- b) **“Es participación de la misma caridad de Jesucristo”.** Es un don que abre caminos para que el candidato al sacerdocio se vaya posesionando del amor de Dios, encarnando en Jesucristo: Buen Pastor. Comunica un cúmulo de gracias inspiradoras para que como Jesús: sienta compasión de las gentes, porque están cansadas y abatidas como ovejas sin pastor (Mt 9, 35-36); busquen las ovejas dispersas o descarriadas (Mt 18, 12-14); sea capaz de conocer a cada oveja y conducir las a los pastos frescos y a las aguas tranquilas (Salmo 22-23).

Este amor que viene de Cristo debe ser vivido radicalmente en todas las instancias de la vida del Seminario.

El seminarista es “ontológicamente ya sacerdote”: “Antes que te concibiera tu madre, yo te había elegido y te consagré” (Jr 1, 5). El seminario es lugar para vivir la caridad de Jesucristo, Buen Pastor.

- c) **La caridad pastoral es vocación.** El Santo Padre afirma que la caridad pastoral es “don gratuito del Espíritu Santo y al mismo tiempo deber y llamada a la respuesta libre y responsable del presbítero”.

Más adelante el Santo Padre señala:

“es donación de sí, no es sólo aquello que hacemos, sino la donación de nosotros mismos”. La caridad pastoral es una fuerza que debe ir configurando “nuestro modo de pensar y de actuar” (PDV 23).

La formación espiritual en nuestros seminarios debe apuntar una profunda provocación en los candidatos *vivir en estado de vocación.*

Esto significa vivir como afirma el cántico de Isaías: “Cada mañana, él me despierta y lo escucho como hacen los discípulos”. “Aquí estoy yo para hacer tu voluntad” (Hb 10, 5-9).

- d) La caridad pastoral es misión apostólica.** La caridad es fuente, también de la misión, y la misión según el Santo Padre tiene dos direcciones hacia dentro de la Iglesia y hacia fuera.

El dinamismo de la caridad pastoral tiene que alcanzar todas las realidades del mundo actual “fuertemente marcado por la complejidad, la fragmentación y la dispersión” (PDV 23). Además tiene que orientar con los criterios del Evangelio todas las esperanzas y sueños del mundo de hoy.

La caridad pastoral es la fuerza interior que lleva al candidato al sacerdocio desde el comienzo de su vida seminarística hasta el final de su ministerio a recorrer el camino de Jesús: “No tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno probado en todo igual que nosotros, excluido el pecado” (Hb 4,15). Es el camino de la caridad solidaria profunda que es capaz de asumir en carne propia la tragedia del excluido, del

hombre que carece de poder para solucionar sus propios problemas. La experiencia de la caridad solidaria de Jesús fue todavía más radical. Ha sido "capaz de ser indulgente con los ignorantes y extraviados" (Hb 5,2). Llegó a suplicar al Buen Dios: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 34).

La solidaridad del amor se puede vivir a dos niveles diferentes: desde la exterioridad de la tragedia, contemplando lo que está sucediendo; o participando como paciente de la misma tragedia. Cuando el amor participa de esta experiencia trágica es cuando busca las soluciones heroicas. Jesús murió por el hombre, se hizo obediente a su misión "hasta la muerte y muerte en cruz".

El dinamismo misionero encuentra su fuerza en la caridad pastoral que lleva al sacerdote a vivir un sacerdocio misericordioso y digno de crédito por el testimonio de su propia vida.

El Santo Padre Juan Pablo II habló por primera vez de la nueva Evangelización en América Latina precisamente en Haití el 9 de Marzo de 1983. Y dijo que debe ser "Nueva en su ardor, en sus métodos y expresión". Al invitar a vivir nuestra misión con un nuevo ardor plantea la urgencia de un impulso misionero nuevo que proviene de una "Nueva experiencia del Dios compasivo". "Los pobres no pueden esperar más" dijo el Papa como Vicario de Cristo.

Preparar espiritualmente al sacerdote para la Nueva Evangelización implica educar a una caridad pastoral, misericordiosa y heroica. Pablo VI decía: "Es necesario que nuestro celo evangelizador brote de una verdadera santidad.

Nuestro desafío es apasionante. Nos parece inalcanzable. Así son las cosas de Dios.

Surge la pregunta ¿cómo ayudar a los candidatos al sacerdocio a tener conciencia de que la caridad pastoral requiere heroísmo y radicalidad?, ¿cómo alimentar en ellos el heroísmo evangélico?

La única respuesta es ésta: “ayudar a vivir profundamente la Eucaristía”.

Puebla dice:

Todo el ser y el obrar del sacerdote está referido a la Eucaristía, raíz y quicio de toda la comunidad, centro de la vida sacramental... por eso donde hay Eucaristía hay, Iglesia (662).

También, hay una afirmación de un teólogo que afirma que la Eucaristía es reflejo de lo que es la comunidad.

Sin embargo, la mejor expresión es la del Vaticano II: “la Eucaristía es cumbre y fuente” de la vida en Cristo.

La caridad pastoral viene alimentada por la Eucaristía, por el Sumo y Eterno sacerdote que se entrega hasta las últimas consecuencias: “Tomad y comed: Esto es mi Cuerpo Entregado”, “Tomad y bebed esta es mi Sangre Derramada... para el perdón de los pecados”.

En cada Eucaristía expresamos nuestra caridad y la alimentamos para la vida heroica en favor del pueblo.

Y esta caridad se vive: en las relaciones fraternas, en la entrega total a la voluntad de Dios, en la vida de disciplina, en la oración, en la renuncia a los propios gustos. Se vive en el Seminario.

C. Dar una clara orientación a la Espiritualidad Diocesana

La formación espiritual del sacerdote, en último término, debe procurar que el candidato vaya asumiendo las características de la espiritualidad secular y diocesana.

Para ello, quiero profundizar algunos aspectos.

1. *Sacerdotes seculares o encarnados como Jesús*

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Juan 1, 14). El sacerdote debe concretar su modo de ser sacerdote encarnándose en la historia al estilo de Jesús.

Jesús se encarna haciéndose uno de tantos, es decir, se hace ciudadano, vive y celebra la vida concreta de todos los hombres. Sin embargo, vive en el mundo, sin ser del mundo; no está separado de lo humano porque está colocado al servicio de los hombres "en lo que se refiere a las cosas de Dios" (Hb 5, 1).

Así mismo, el candidato al sacerdocio está llamado a empaparse del amor de Dios por el mundo y el mundo de hoy. Es un cristiano que intenta conducir el mundo a su realidad plena, encarnado en la situación presente con sus alegrías y penas, gozos y esperanzas del mundo.

El sacerdote secular es un hombre de Dios y hombre de su tiempo. Está llamado a ser levadura en la masa, sal de la tierra, luz del mundo, consagrado al servicio del Reino.

El sacerdote encarnado sufrirá la tentación de mimetizarse con el mundo, ser un laico más. Está tentado de perder su identidad apostólica.

Para vivir un sacerdocio atrayente encarnado en el siglo está llamado a ser un hombre traspasado por Dios, por el Dios que vive entre los hombres construyendo el Reino y preparando la glorificación final de los hijos (Rm 8). Es un experto en humanidad.

Ser sacerdote secular, enviado como Jesús, debe ser alguien a quien "nada de lo humano podrá serle extraño" (Terencio).

El sacerdote secular tiene que estar preparado para conocer a fondo las reacciones y mecanismos humanos, sociales y culturales que van construyendo o destruyendo al hombre.

La superficialidad de un sacerdote perjudica al pueblo que Dios le ha confiado y arriesga utilizar el Evangelio.

El sacerdote necesita estar encarnado en la realidad de la vida, pues no es algo accesorio o secundario. Es un sacerdote secular. El siglo, la realidad es el lugar donde se santifica y santifica como apóstol, es allí donde tendrá que descubrir las maravillas de Dios. Esa realidad tendrá que evangelizar, inculturizar el evangelio y llevarle la plenitud.

2. Sacerdotes solidarios con los pobres

Puebla y también Santo Domingo, teniendo como telón de fondo a Jesucristo Buen Pastor, señala dos rasgos de la espiritualidad del sacerdote Latinoamericano que son inseparables: solidaridad con Dios y con los hombres y de preferencia con los pobres.

Solidaridad con el Dios que está pendiente del hombre como creatura predilecta: "He visto la opresión de mi pueblo" (Ex 3, 6). "¿Acaso quiero yo la muerte del malvado y no que se convierta de su conducta y viva? (Ex 18, 23).

Ahora bien, no basta tener conciencia viva de esta relación solidaria con el Dios que salva a su pueblo, es necesario mantenerla. Y para ello, Puebla habla al candidato al sacerdocio y al sacerdote de la necesidad de la oración bajo todas sus formas. Sin embargo, el Episcopado Latinoamericano insiste que esta oración sea hecha desde el corazón del pueblo de nuestro continente flagelado por una insoportable división y marginación entre los cristianos que claman liberación.

Esta oración debe llevarnos a todos: formadores y formandos a una solidaridad espiritual afectiva y efectiva con los pobres o marginados.

Dice Puebla de Jesús: "quien, pobre entre los pobres, anunció que todos somos hijos del mismo Padre y por consiguiente hermanos" (DP 682).

En América Latina estamos llamados a encarnar este rasgo de la espiritualidad constitutiva del discípulo de Jesús.

3. Sacerdotes Diocesanos

El sacerdote secular no puede vivir a la intemperie, necesita pertenecer a una familia concreta. Al hombre no le basta ser conocido, necesita ser reconocido. No le basta que sepa que existe, necesita ser alguien.

La Iglesia particular es comunidad de Jesucristo. Es familia de Dios, Pueblo Santo, Pueblo Sacerdotal. El sacerdote en su consagración sacerdotal entra a participar del sacerdocio del Obispo "la razón de ser de los presbíteros consiste en ayudar al Obispo".

Formar para vivir comunitariamente el sacerdocio es una exigencia teológica. Ser sacerdote significa ser cristiano que ama a su Iglesia, la asume como su familia, y la conduce con el Obispo.

Amar a la Iglesia como a su propia familia implica vivir profundamente el misterio de la Iglesia; implica "ponerse la camiseta" de la Iglesia como "Luz de los Pueblos" para captar los signos de los tiempos. No sirve tomar actitudes de franco-tiradores en contra de las deficiencias de la Iglesia Diocesana.

El Seminario debe ser alma, centro irradiador de la Iglesia como Sacramento de salvación.

La vida de Comunión fraterna, el impulso misionero del Seminario debe ser fuente inspiradora de toda la Iglesia Diocesana.

El Seminario debe ser una comunidad cristiana que ayuda al Obispo, vive en profunda comunión con él y colabora para que la Iglesia Particular sea cada vez más fiel a su misión.

ALGUNOS PRINCIPIOS BÁSICOS PARA UNA FORMACIÓN ESPIRITUAL, HOY

1. La formación debe basarse en la autoformación

Existe un primer principio subrayado por el Santo Padre: "No hay verdadera formación espiritual si no hay autoformación bajo la guía del Espíritu Santo". Si no se logra que el candidato trabaje en primera persona, la formación del Seminario resultará un maquillaje o un barniz. Es un principio innovador e introduce a una pedagogía de gran calidad.

Su Santidad Juan Pablo II escribe textualmente:

Toda formación –incluida la sacerdotal– es en definitiva una autoformación. Nadie nos puede sustituir en la libertad responsable que tenemos cada uno como persona.

Ciertamente, también el futuro sacerdote, él el primero, debe crecer en la conciencia de que el protagonista por antonomasia de su formación es el Espíritu Santo, que, con el don de un corazón nuevo, configura y hace semejante a Jesucristo el Buen Pastor; en este sentido, el aspirante fortalecerá de una manera más radical su libertad acogiendo la acción formativa del Espíritu. Pero acoger esta acción significa, también, por parte del aspirante al sacerdocio acoger las "mediaciones" humanas de las que el Espíritu se sirve. Por esto la acción de los varios educadores resulta verdadera y plenamente eficaz sólo si el futuro sacerdote ofrece su colaboración personal, convencida y cordial (PDV 69).

En el pensamiento profundo del Santo Padre están planteados dos requisitos: Primero, la apertura del candidato y también del formador a la acción del Espíritu. Segundo, espacios de libertad para todos los protagonistas de la formación del futuro sacerdote. La experiencia enseña que toda formación impuesta crea sumisión e infantilismo. En un documento reciente, en que se analizan las deserciones sacerdotales a partir de las opiniones de ellos mismos, se señala que existe una formación muy exigente en lo externo y no cala en la vida espiritual.

Por otra parte, se señala que hay una formación aparentemente abierta, un “dejar hacer” ingenuo y sentimentalista, incapaz de crear convicciones profundas.

La autoformación requiere de una apropiada articulación entre la *responsabilidad personal y coherencia de vida*, ya que sin esta articulación no habrá crecimiento verdadero de la vida en el Espíritu.

El descuido de este principio puede llevar a un tremendo y sostenido engaño. Quizás, en el Seminario no se presenten problemas porque externamente todo marcha bien. Pero, surgen varias preguntas ¿estarán internalizando todo lo que reciben?, ¿estarán viviendo todo desde la fe en Jesucristo? La autoformación requiere varios pasos profundos de vida interior. Veamos algunos.

- a) **Opción fundamental por ser sacerdote.** En mi experiencia como formador he notado que no pocos seminaristas se pasan años sin definir claramente su decisión por ser sacerdotes. Yo siempre les digo que “ya son sacerdotes”, no son futuros sacerdotes sino del presente (Cf. Jr 1, 4-6).

Vivir todo el período o gran parte del período de la formación en un estado de indecisión conlleva un gran peligro para la perseverancia y para la misma formación.

Es fundamental, como formadores, ayudarles a optar por tomar en serio la vocación como un don de Dios que funda su proyecto de vida. Luego será necesario un acompañamiento para lograr una estabilidad y profundización de la vocación como don "irrevocable" (Rm 11, 29).

El formando debe llegar a comprender que la vocación no es "algo negociable".

Por otra parte, el Padre espiritual, especialmente no puede o pueden confundir la *dificultad con la ausencia de vocación*. Una cosa es tener dificultades en la oración, en la obediencia y otra cosa es tener o no tener el don de la vocación.

- b) **Auto-estima.** Otro gran escollo para provocar un proceso de autoformación es la baja auto-estima que se palpa en nuestro continente, mi experiencia me ha indicado que un camino válido es estimular los varios carismas personales como son los dones particulares de cada uno, el don de la vocación, el don de la caridad pastoral, el don del celibato.

El descubrir y el valorar lo que uno es, lleva al candidato a experimentar que puede realizar varias cosas para el bien de los demás, puede armar su propia identidad sacerdotal.

Aún más, puesto que toda su riqueza viene de Dios el candidato comprenderá que el Señor lo ha elegido como es y de esa manera es posible tallar la figura de Cristo Sacerdote en su vida personal.

- c) **Autoformación no es anti-guía.** Quizás, el término "autoformación" podría sugerir una visión equivocada de formación, como independencia, aislamiento, vivir solitariamente el proceso, es todo lo contrario.

Sostener que el primer responsable es el seminarista y que sin su compromiso personal no hay nada que hacer, no quiere decir que no necesita guía y orientación.

Un seminarista que toma el peso de los dones de Dios y busca intensamente la ayuda de Dios y las mediaciones que Él ha puesto a su lado para crecer.

El camino al sacerdocio es arduo, requiere discernimiento, contempla una serie de elecciones que compromete todo el ser, exige una serie de renunciadas radicales a realidades aún lícitas para todo tipo de vocación que sin la ayuda sabia del Equipo y sobre todo del Padre Espiritual es imposible un crecimiento armónico.

2. *Formación como transformación o conversión permanente*

En la formación sacerdotal es fundamental focalizar el proceso hacia la transformación o conversión permanente.

No se puede concebir como un adoctrinamiento, un realizar un "currículum". Eso sería colocar un caparazón postizo que no le configura por dentro. El Sacramento se encarnará en una personalidad no dispuesta armónicamente para él.

Una formación intelectual o puramente humana, no llega a cambiar el modo de ser y dará muy pocas garantías de perseverancia.

Nuestra fe nos afirma categóricamente que sin la gracia es imposible. Pero el horizonte de la formación sacerdotal es el logro de una real transformación en Cristo Sacerdote, de modo que cada candidato llegue a poder decir: "ya no soy yo, sino es Cristo que vive en mí" (Ga 2, 20).

El equipo de formadores debe proveer el acompañamiento de cada candidato y de la comunidad, de modo que se logre transformar toda la personalidad del candidato: su modo de pensar, sentir, amar, reaccionar, actuar, relacionarse con los demás...: todo debe quedar configurado en Cristo Sacerdote.

Pues, como sabemos del Concilio, el sacerdote debe actuar "en la Persona de Cristo".

La tarea es desafiante. Los formadores tendrán la delicada tarea de vigilar y ver si realmente cada seminarista va haciendo suyo el proyecto formativo. Será necesario escuchar atentamente a cada joven, estimular todos sus carismas personales, entablar lazos de comunión profunda. Pues cada persona es única e irrepetible. Cada uno de los jóvenes que ingresa al Seminario está marcado por su historia, sus talentos y defectos, su formación familiar y social. La pedagogía nos enseña que la atención personal estimula y promueve eficazmente al educando.

3. *Experiencia fundante del Dios de Jesucristo*

Existe en todos los manuales de formación espiritual la necesidad de asentar el principio de que es imposi-

ble animar un proceso formativo sin que el candidato tenga una experiencia de Dios capaz de provocar un seguimiento radical de Jesucristo.

Lo primero que se debe asegurar en los candidatos al sacerdocio es una profunda experiencia del Dios de Jesucristo o también un encuentro personal con el Maestro: "Andrés, fue a buscar a su hermano Simón y le dijo: hemos encontrado al Mesías" (Jn 1, 41). Sin encuentro no hay relación vinculante. Un encuentro poco profundo establece una relación superficial.

Lo fundante es que se realice un encuentro vivencial con el Dios de Jesucristo: Padre, Hijo y Espíritu Santo que todo lo crea, todo lo anima y todo lo conduce.

Esto implica que se provoque un encuentro con la Humanidad y con la Divinidad del Hijo.

Hay que destacar que solamente el encuentro con el Cristo permitirá la experiencia plenamente fundante del Dios de Jesucristo. "El Presbítero es un hombre de Dios y puede serlo... en la medida que haya hecho la experiencia del Dios vivo" (Puebla 693).

4. *El principal referente: Jesucristo Buen Pastor*

La experiencia del Dios vivo introduce al candidato al misterio, sin embargo, por estar llamado a participar místicamente del sacerdocio ministerial de Jesucristo necesariamente debe ir configurando su vida a Jesucristo Buen pastor. En efecto para Jesús la Caridad Pastoral es vivir el misterio del amor del Padre, es sacramentar el Misterio del amor de Dios Padre: "En-

vió Dios a su Hijo único a este mundo para darnos la vida por medio de Él. Así manifestó el amor de Dios entre nosotros" (1 Jn 4, 9-10).

Además, los Evangelios nos muestran el camino pedagógico de Jesús con sus apóstoles. Jesús se sumerge en lo más hondo del ser humano y desde dentro, desde las heridas profundas, desde el abismo de la miseria humana va despertando la confianza en la misericordia, en el verdadero amor de Dios: "El amor es paciente, servicial y sin envidia... El amor no se deja llevar por la ira... El amor disculpa todo; todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta" (1 Co 13, 4-7).

Él con su modo de ser y de vivir, no necesita recurrir al testimonio de otro. Su vida y su palabra tienen autoridad, muestra el amor del Padre.

Es Buen Pastor pero no asalariado. La acción pedagógica de Jesús está llena de la lógica del amor paciente y misericordioso. Jesús quiere ser Presencia de la Misericordia del Padre. Se demuestra lleno de paciencia y de confianza en la fuerza del amor y no teme quedar en ridículo.

El Padre espiritual en especial debe vivir traspasado por la caridad pastoral de Jesús que no ha venido para los sanos, sino para los enfermos.

El documento "Directrices" sobre los formadores habla del perfil pastoral del Formador y señala algunos aspectos que deben estremecernos a todos. No porque sean exagerados sino porque nos llevan a lo más profundo y delicado de la misión que la Iglesia nos encomienda. El perfil es desafiante y nos obliga a superar muchas tentaciones propias de nuestro tiempo.

- a) Apurar los procesos con impaciencia.
- b) Ser implacables, rígidos e inflexibles.
- c) Angustiar-se por ausencia de resultados inmediatos.
- d) Tener ceguera y miopía espiritual por no estar abiertos a las iniciativas del Espíritu.

¿Cómo poder evitar caer en estas tentaciones? "Velad y orad para no caer en la tentación". El secreto para vencer la tentación es la contemplación para captar el paso de Dios, posesionarse de su amor por cada persona. Es vivir más sosegado sin caer en la apatía.

La Santa Sede nos indica que para ser verdaderos formadores debemos ser cada uno de nosotros: "‘hombre magnánimo’, esto es de amplias miras, que le permitan comprender los acontecimientos con sus causas, su complejidad y sus implicancias" (Dir. N° 42).

Estamos llamados a dar testimonio del amor de Cristo por sus apóstoles. Este amor vivido plenamente será, también, fuente inspiradora para vivir el celibato con alegría y entrega radical.

5. *Un equipo comprometido con un proyecto común*

Los jóvenes de hoy necesitan padres espirituales y formadores de gran calidad espiritual y equipados de una pedagogía adecuada para formar pastores según el corazón de Dios.

Una pedagogía de calidad requiere según las Directrices de la Santa Sede, un equipo comprometido con un proyecto común. El Padre Espiritual no puede ser una isla, un solitario.

La experiencia demuestra en efecto que sin un trabajo en equipo es imposible que un Seminario funcione bien. Esto constituye la premisa de un Verdadero progreso en la labor formativa (Nº 10).

El equipo debe tener claro que el horizonte mancomunado de todos los componentes educativos es hacer que "La comunidad del Seminario sea una escuela de formación a la santidad". Estoy consciente que estoy tocando un punto delicado. El Padre Espiritual tiene el rol fundamental de mantener vivo este horizonte en todos.

Pensando en toda la enseñanza de la Iglesia desde el Vaticano II hasta los últimos documentos, y, considerando la sensibilidad de los jóvenes de nuestro tiempo que como decía el Papa Pablo VI "dan más importancia al testimonio que a la palabra, me parece urgente enriquecer nuestro modo de ser, de estar y de vivir" en nuestros Seminarios, formular y concretar un modelo de ser sacerdotes.

Si los Formadores están en el Seminario para formar pastores, me parece obvio que deban vivir "en un grado casi desconocido" la caridad pastoral y la fraternidad.

ALGUNAS EXPERIENCIAS PARA UNA FORMACIÓN ESPIRITUAL PROFUNDA, HOY

La Santa Sede señala en sus documentos varias exigencias para la formación sacerdotal, que surgen de la compleja realidad moderna.

Ahora bien, en el contexto Latinoamericano aparecen esas y otras que no podemos eludir. Reflexionemos sobre algunas.

1. Realismo antropológico

La formación integral y específicamente la espiritual requieren antes que nada, tener un sano realismo antropológico.

No es lo mismo edificar una casa con adobe, hojas de palma o con cemento armado.

Cuando el joven candidato se deja sólo y formarse como pueda, sin encauzar sus dones, sin iniciarlo en la oración, sin orientarlo en los valores evangélicos, como el celibato, la entrega radical por el Reino ¿qué concepto de hombre tenemos?, o por otra parte, cuando lo encerramos en un sistema que controla y determina todos sus pasos, le imponemos la conducta o le impedimos que desarrolle sus potencialidades, ¿qué concepto de hombre tenemos?

Es indispensable, entonces, el conocimiento profundo y realista del sujeto que se va formando. Tener una visión antropológica realista significa tomar en cuenta todos los talentos (Mt 25, 15) los carismas (1 Co 12, 7-11) la gracia de Dios, la fuerza misteriosa de la vocación. Realista será el formador que no olvida estas verdades y que, sin dejarse atrapar por una visión miope y pesimista, desconoce las maravillas de la obra de Dios.

Al mismo tiempo, tener una visión antropológica realista significa tomar en cuenta los límites, y hasta las miserias que trae cada persona. Reconocer las heridas y sus secuelas es índice de un realismo profundo, curar las heridas es índice de una caridad pastoral de gran calidad.

El buen formador sabe discernir la presencia de la acción del Espíritu como la fuerza del mal.

En su difícil tarea puede servirle de inspiración la figura de Cristo, formador, que es realista por excelencia. El Evangelio nos presenta a un Cristo profundo conocedor del hombre.

Jesús es capaz de descubrir la sinceridad de un verdadero israelita como Natanael (Jn 1, 47) y la mentira de los fariseos (Mt 23, 18-32). Cristo reconoce las maravillas divinas que están presentes en el alma del ser humano. No cierra los ojos ante el cariño y transparencia de Pedro, ni ante la fidelidad de Juan. Sin embargo, los conoce muy bien por dentro. Sabe que "el espíritu está presente, pero la carne es débil" (Mc 14, 38).

Sabe que sus apóstoles son capaces de gestos generosos, como también de actos de traición y de abandono.

Pero, lo más sorprendente es que a pesar de conocer perfectamente su fragilidad, los llama y los destina a una misión muy superior a sus fuerzas.

¡Qué difícil es para nosotros ser realistas como Jesús!

Podemos caer en ingenuidades como en durezas. No podemos silenciar otro aspecto de esta visión antropológica realista. Cada uno de nosotros formadores es también mezcla de grandeza y de miseria.

2. *Un acompañamiento mancomunado*

En nuestro tiempo, la formación requiere un acompañamiento que sea la colaboración concreta de varias personas y desde diferentes perspectivas. Se suele restringir al mero acompañamiento del Padre Espiritual. Es un gravísimo error, está bien que exista la separación de fueros, sin embargo, la formación espiritual

requiere un acompañamiento concertado y orgánico de todos los componentes del Seminario: Formadores, profesores, personal administrativo, ambiente, etc.

- a) **El acompañamiento es el encuentro personalizado** entre caminantes que van compartiendo la historia de cada persona, esperanzas, logros y frustraciones. Es un caminar juntos, como los discípulos de Emaús, en este caminar juntos son fundamentales las preguntas: ¿cómo estás?, ¿para dónde vas?

Es sumamente importante dialogar para escuchar y aclarar; releer la historia personal y la realidad con los ojos de la experiencia y de la fe (Lc 24, 13-35; discípulos de Emaús).

- b) **El acompañamiento es el acercamiento profundo a cada persona** para alcanzar un mutuo conocimiento (El Buen Pastor). Los formadores no son consultores, no son terapeutas, son pastores. San Pablo se expresa de esta forma:

Hijitos míos, de nuevo sufro los dolores de parto hasta que Cristo tome forma en Ustedes. Cuánto desearía estar con Ustedes para adaptar mi lenguaje, ya no sé como hablarles (Ga 4, 19-20).

La tarea es provocar un mutuo conocimiento y una aspiración común y dejarse conducir por el Espíritu Santo. En efecto, en el acompañamiento lo que interesa es la persona, cada persona más que los problemas.

- c) **El acompañamiento es un lugar de gracia.** Un Seminario llega a formar verdaderos Pastores según el corazón de Dios, cuando hay claridad en los formadores de que "El Espíritu Santo es el Primer protagonista de la formación".

Por ello, todos los que acompañan en el proceso formativo deben vivir atentos al Espíritu y posesionados del amor de Dios por cada persona.

El acompañamiento debe ser el reflejo del amor personalizado de Dios a cada candidato, y ese amor pasa por el amor y la comprensión de cada acompañante.

Esto exige profunda vida de fe y gran madurez humana que se manifiesta en el grado de flexibilidad y libertad muy grande en los acompañantes.

Los acompañantes, más que unos especialistas en introspección son un especialista en ver "como Dios opera". Son los que saben, por experiencia personal, y por experiencia de otros, *cómo* la fuerza del Espíritu penetra y purifica las honduras de cada persona.

Tienen que ser hombres de gran sabiduría y no personas inmaduras o inspectores rígidos que no dejen espacio a la acción del Espíritu.

- d) El acompañamiento se purifica en lo comunitario.** La formación espiritual no es cristiana si no es comunitaria: "Padre que todos sean uno como nosotros somos uno" (Jn 17, 22), Jesús aparece como el Maestro que enseña a vivir la vida de Hijos en comunidad.

El acompañamiento espiritual requiere hombres de comunión, capaces de ser hermanos de todos y educadores a la vida fraterna.

Además, requiere la necesidad de crear:

- Un ambiente de confianza familiar entre formadores y jóvenes.
- Un clima de libertad que tenga en cuenta el pluralismo de actitudes, de dones, de disposiciones de los alumnos.
- Un acompañamiento comunitario integral porque la opción sacerdotal compromete todo el ser humano, debe abarcar todas las dimensiones fundamentales en forma equilibrada y complementaria.

3. La implementación de un crecimiento afectivo integral

El desarrollo de la afectividad, tal vez, en nuestro tiempo, sea la exigencia más urgente y apremiante para lograr una formación espiritual sólida.

Existen estadísticas serias que señalan como fenómeno inédito el retraso notable de la madurez afectiva.

Esto, según la interpretación de las estadísticas provienen de varios factores: la inadecuada comprensión del cuerpo humano, la manipulación abusiva y desarmónica de la sexualidad, la difícil integración de los jóvenes al mundo del trabajo y a las responsabilidades.

Charles André Bernard en su libro: "Teología Espiritual" acoge como realidad desafiante este fenómeno y plantea la imperiosa obligación de tratar el desarrollo de la afectividad con profundidad y seriedad para una formación espiritual consistente.

En Nuestros Seminarios de América Latina la formación espiritual requiere abordar profundamente la afectividad porque se presenta como un problema serio, complejo y difícil.

Un documento de la OSLAM donde habla de las causas de la deserción sacerdotal, destaca el problema de la inmadurez afectiva como su factor principal.

Esta tiene origen, en algunos casos, en el ambiente familiar donde la infidelidad llega a ser una situación normal; donde la convivencia es brutalmente difícil. Muchos jóvenes que provienen de este ambiente familiar llegan al Seminario con daños psicológicos que es difícil o imposible sanar de raíz, sin la ayuda adecuada de buenos educadores y de especialistas.

La inmadurez afectiva proviene, también del impacto causado por el medio ambiente erotizado y permisivo de modo que la integración afectivo-sexual se hace dificultosa para una consagración al celibato. Muchas veces se silencian problemas serios y caídas graves hasta la Ordenación Sacerdotal. El Documento de la OSLAM, también señala como causa de la inmadurez afectiva un acompañamiento espiritual inadecuado y superficial, que no logra provocar un encuentro personal con Cristo, capaz de invadir todos los ámbitos de la persona del futuro sacerdote y de prepararlo para enfrentar maduramente la problemática de la cultura moderna.

Es urgente, entonces, abordar la afectividad y su desarrollo en nuestros Seminaristas.

Para nadie es novedad que la afectividad es el motor de la vida humana. Entonces compartamos algunas reflexiones sobre ella. La afectividad según los expertos es concebida como *resonancia activa en la conciencia del hombre*.

“La resonancia activa en la conciencia tiene varias vertientes: el cuerpo, los sentimientos, el medio ambiente, las relaciones interpersonales”.

Es decir, el hombre viene afectado en su interioridad por estos factores. Y además no hay que olvidar que la afectividad tiene repercusiones ambiguas que pueden mover a buscar ardientemente el bien como también el mal; pueden ser placenteras o frustrantes; pueden producir pasión o rechazo.

Charles André Bernard, con el propósito de visualizar un camino para la formación de la afectividad invita a tomar conciencia que es un asunto complejo. No solo porque es ambigua y tiene varias fuentes que la configuran, sino también, porque cada persona tiene varios niveles de "resonancia activa".

Este autor habla de tres tipos de afectividad:

- Afectividad *psico-orgánica*.
- Afectividad *superior*.
- Afectividad *espiritual*.

El desarrollo de la afectividad exige el crecimiento orgánico y armónico de estos tres tipos de afectividad.

El doctor Mérzeville, a partir de una propuesta de Erikson, gran psicólogo de nuestro tiempo, plantea tres etapas para el crecimiento de la persona:

- a) La identidad personal Versus la dispersión
- b) La intimidad Versus el aislamiento
- c) La generatividad Versus el estancamiento

Hemos señalado que los jóvenes de hoy tienen una baja auto-estima. Es necesario entonces procurar que ellos busquen seriamente dar una respuesta consistente a la pregunta: "¿Quién soy yo?". Se trata pues de que queden profundamente afectados por la Identidad psicológica y vocacional. Aún más, es indispensable para el

logro de un desarrollo sólido de la vida espiritual que los candidatos al sacerdocio vayan encontrando su Identidad más profunda en el Misterio de Jesucristo, Único y Eterno Sacerdote, porque participan ontológicamente de Él.

Para este fin es aconsejable estimular el descubrimiento y el crecimiento de los carismas personales de modo que cada seminarista se asuma como único e irrepetible.

La afectividad espiritual como acción libre del Espíritu Santo, seguramente concurre a que el candidato se compenetre del Misterio de Cristo. Y a partir de esta *resonancia activa* producida por el Espíritu, el joven que aspira al sacerdocio será capaz de relacionarse positivamente con los demás y capacitarse para el Ministerio Pastoral.

Ahora bien, la acción del Espíritu Santo no actúa en forma mágica, sino con la colaboración libre de cada persona.

Sabemos desde la revelación que el hombre está dividido en su interioridad (Rm 7).

Se plantea entonces, la necesidad de impulsar un proceso que vaya integrando los varios factores que concurren al crecimiento de la afectividad, y esta integración debe traspasar todos los niveles.

Voy a destacar algunos que me parecen importantes para el logro de una madurez afectiva fundamental, hoy, en los candidatos al sacerdocio.

- a) **La integración del cuerpo.** El cuerpo que tiene un rol importante en el desarrollo de la afectividad.

Cada acción o situación del cuerpo repercute en todo el ser: enfermedad, cansancio, vitalidad.

Un proceso de integración del cuerpo y cuerpo sexuado requiere un acompañamiento pedagógico bien cualificado.

Requiere un control de los impulsos y una disciplina exigente de los sentidos, de modo que el candidato quede afectado profundamente por la experiencia vital de que el manejo de impulsos y de los sentidos exige diversas renunciaciones y opciones generosas.

Esta tarea educativa se hace imperiosa en nuestro tiempo, ya que se pregona la idolatría del cuerpo como objeto de placer.

Además, el candidato al sacerdocio, por la acción de la gracia santificadora está llamado a vivir con asombro su corporalidad como templo Santo de Dios, como Sacramento Vivo del Cristo Encarnado que hoy se hace presente como Buen Samaritano o Peregrino de Emaús.

San Bernardo en su tiempo decía que "el ejercicio de la caridad supone el dominio del cuerpo".

- b) La integración de la sensibilidad.** Todo ser humano es sensible a lo que sucede en su entorno. Le afecta la aceptación o el rechazo, el buen trato o la frialdad.

Según los expertos lo que más tiene resonancia activa es la imaginación.

La imagen afecta profundamente la sensibilidad. En efecto una buena o mala imagen del padre, de la

madre o del hermano inciden profundamente en la formación de la vida afectiva.

Por eso, la Iglesia siempre ha dado importancia al cultivo de las imágenes y de los símbolos.

Las celebraciones litúrgicas, las celebraciones de los acontecimientos importantes tienen profundas repercusiones en el crecimiento de la afectividad.

El ambiente del Seminario incide profundamente en la formación afectiva.

- c) **La integración profunda de la Vocación Sacerdotal.** La Vocación como Don que introduce en una profunda participación del Misterio de Jesucristo Sacerdote y Buen Pastor, necesariamente tiene que tener una "resonancia activa" determinante.

Tal resonancia permite al candidato vivir seducido por lo que "es y está llamado a realizar" y le permite vivir con "pasión de amor" la consagración al Reino de Dios.

De no lograr esta integración seguramente el candidato al sacerdocio tendrá dificultades para fortalecer su identidad, su capacidad de relación con los demás y sobre todo, entregarse con todas sus capacidades a la misión.

Esta afirmación tiene un valor de suma importancia. En efecto, se constata poca claridad y seguridad en explicitar su identidad vocacional; y esto acarrea problemas de relación con el mundo femenino.

En este aspecto, el Equipo del Seminario tiene una tarea delicada y de suma importancia.

Antes que nada, tiene que mostrar un modelo de madurez afectiva, tienen que ser hombres plenos y llenos de paz interior. La carencia de estos rasgos pueden traspasar amargura y ansiedad.

En segundo lugar una capacidad pedagógica para formar a personas adultas.

Las Directrices nos señalan:

los formadores necesitan un auténtico sentido pedagógico, esto es, aquella actitud de paternidad espiritual que se manifiesta en un acompañamiento solícito, y al mismo tiempo respetuoso y discreto del crecimiento de la persona.

ALGUNAS INSISTENCIAS PARA LA VIDA EN EL ESPÍRITU, HOY

1. Educar a la oración apostólica

Los apóstoles en contacto personal con Jesús sintieron como necesaria la enseñanza sobre la oración "Señor, enseñas a orar" (Jn 10, 1). Y más tarde cuando se sintieron agobiados por la inmensa tarea se expresaron así: "Nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra" (Hch 6, 4).

El Santo Padre Juan Pablo II afirmó en un discurso el 11 de marzo de 1990.

Es... muy importante que los candidatos al sacerdocio se formen en la oración. Ante todo, deben adquirir la convicción de que la oración es necesaria para su vida sacerdotal y para su ministerio. Luego, deben aprender a orar; a orar bien, a utilizar de la mejor manera posible, según el método que les resulte más conve-

niente, los momentos de oración. Finalmente, deben desarrollar el gusto por la oración, el deseo, y al mismo tiempo la voluntad de la oración.

El Seminario debe ser una escuela de oración cristiana y sacerdotal, no se trata de introducir rezos, sino hábitos de oración profunda como enseña Jesús. Hábitos de oración que se transformen en diálogos profundos con el Dios viviente sobre la vida personal y comunitaria, sobre el mundo y su problemática.

Debemos ayudar a descubrir que la oración es una necesidad para alimentar la fe, para generar un amor sin límites a Dios y a los hermanos, para enfrentar la tentación, para salir del mal de este mundo.

Tengo la impresión que es uno de los aspectos más deficientes de la formación en nuestros Seminarios. No se si quedan vestigios de oración con estructura monacal o impera la oración apostólica que se encuentra explicitada en el capítulo 17 de San Juan.

El espíritu de oración es mucho más que la práctica de la oración. El candidato que anhela ser sacerdote según el corazón de Cristo, no se conforma con cumplir el deber de orar, como quien paga una deuda, sino que busca alimentar su vida de creyente y consagrado.

Los candidatos al sacerdocio necesitan ver en nosotros los formadores "hombres orantes" que con su testimonio hacen pensar en Dios.

2. Ayudar a descubrir la importancia del testimonio de vida evangélica, hoy

El llamado de los últimos Papas está centrado en dar al sacerdote un perfil testimonial.

Pablo VI dice:

Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena (EN 7).

La vida de Jesús es una novedad de vida sorprendente. Inaugura una "nueva manera de ser, de vivir y de vivir juntos" (EN 23). Su relación con Dios es novedosa. Dios es "Abba". Su relación con los demás es asombrosa, sorprendente hasta escandalosa para sus contemporáneos, pues es muy buena para algunos y mala para otros. Llama a sus hermanos los excluidos, pecadores, samaritanos, leprosos y pobres.

Ser hombre del Evangelio implica, para el candidato al sacerdocio de América Latina, un proceso profundo de vida espiritual que lo lleve a una "adhesión al programa de vida que inaugura el Evangelio" (EN 23). En un contexto de profundas desigualdades entre ricos y pobres se requiere sacerdotes que sean testigos transparentes del Cristo pobre. En un mundo competitivo hace falta ver hombres solidarios, realmente hermanos, que sean "luz del mundo y sal de la tierra".

3. *Hombres de la Misericordia Divina*

Juan Pablo II en su encíclica *Dives Misericordia* señala que vivimos en una época en que muchos hombres han llegado a ser implacables e incapaces de misericordia. Esta afirmación es más válida que nunca en nuestro tiempo en América Latina. La sociedad del neoliberalismo es implacable y va endureciendo el corazón. Los valores constitutivos de la vida cristiana se van dañando profundamente.

La misericordia es el rasgo fundamental del rostro de Dios, "Dios es rico en misericordia y tardo a la ira" (Ex 34, 6). Y el sacerdote de Jesucristo debe ser presencia de la misericordia de Dios, hombre capaz de participar del anonadamiento de Jesús, es decir bajar a lo profundo del dolor, a la fragilidad, a la impotencia humana frente a los abusos del poder.

El candidato, como señala González Dorado, debe prepararse progresivamente a

poner su confianza en el amor capaz de acercarse con ternura a la miseria humana y no aferrarse al poder o a los privilegios; debe ser un hombre que acepte padecer la agresión e inclusive la privación activa de los derechos humanos como consecuencia del ejercicio de su ministerio.

Por parte del formador, es importante que valore en toda su profundidad las heridas y condicionamientos que traen los poderes de hoy y suelen ser profundos. No habrá que olvidar que es el Dios de misericordia el principal gestor de este valor en el corazón de sus elegidos. Veo con pavor la dureza de muchos sacerdotes, que, a mi modo de ver, evidencian una inmadurez afectiva y de vida interior.

Conclusión

La formación espiritual, en nuestros Seminarios de América Latina, se presenta como la tarea más importante y determinante de cara al futuro de nuestra Iglesia.

La Virgen María nos acompañe para ser fieles y alcanzar la meta que nos ha señalado el Santo Padre "formar sacerdotes a la altura de nuestro tiempo".

II. LA FORMACIÓN ESPIRITUAL DE LOS FUTUROS SACERDOTES

*Pbro. Dr. José María Recondo
Vitoria (Brasil)**

ORIENTACIONES GENERALES

FORMACIÓN ESPIRITUAL DESDE UNA PERSPECTIVA INTEGRADORA

Puesto que “empeña a la persona en su totalidad” (n. 45), la formación espiritual de los futuros sacerdotes está presentada por *Pastores Dabo Vobis* en estrecha relación con las otras dimensiones del proceso formativo¹.

* El autor es doctor en Teología (sección Espiritualidad) por la Facultad de Teología del Norte de España y, actualmente, rector del Seminario diocesano de Morón, Argentina. El presente trabajo fue expuesto en el curso de la OSLAM para Formadores de Seminarios que tuvo lugar en Vitoria (Brasil), en julio de 1996. El texto incluye, sin embargo, para esta publicación, algunas correcciones y ampliaciones que son fruto del desarrollo del curso mismo. Las siglas empleadas en él son las siguientes: Del Concilio Vaticano II, LG = *Lumen Gentium*, GS = *Gaudium et Spes*, PO = *Presbiterorum Ordinis*; DP = Documento de Puebla (1979); PDV = *Pastores Dabo Vobis* (1992); CATIC = Catecismo de la Iglesia Católica (1992).

1 Ya *Optatam Totius* indicaba que “la formación espiritual ha de estar estrechamente unida a la doctrinal y pastoral” (n. 8).

Así como la Exhortación advierte –citando a los Padres sinodales– que “sin una adecuada *formación humana* toda la formación sacerdotal estaría privada de su fundamento necesario” (n. 43), señala a su vez que “la misma formación humana, si viene desarrollada en el contexto de una antropología que abarca toda la verdad sobre el hombre, se abre y se completa en la formación espiritual” (n. 45). Por su parte, “para que pueda ser pastoralmente eficaz, *la formación intelectual* debe integrarse en un camino espiritual marcado por la experiencia personal de Dios” (n. 51). Por último, y en consonancia con la preocupación expresada por el Concilio Vaticano II, señala PDV que “*la finalidad pastoral* asegura a la formación humana, espiritual e intelectual algunos contenidos y características concretas, a la vez que unifica y determina toda la formación de los futuros sacerdotes” (n.57). Pero advierte igualmente que “sin la formación espiritual, la formación pastoral estaría privada de fundamento” (n. 45).

Será importante, entonces, no perder de vista esta perspectiva integradora del proceso formativo, en orden a favorecer la unidad de vida en el ministerio de los futuros presbíteros. Nos enfrentamos así al reto de formar en los seminaristas *una personalidad unificada e integrada*, lo que constituye un verdadero desafío en medio de una cultura que más bien inclina a la fragmentación y a la dispersión. Se trata con ello de que no convivan en el formando, como a veces ocurre, varias “personalidades”: una en la parroquia, otra en la Facultad, otra cuando reza, otra en vacaciones, otra con sus compañeros de comunidad, y otra con los formadores...

Por otra parte, se busca evitar que se establezcan *atrofias e hipertrofias* en las diversas dimensiones de la vida sacerdotal: que, por ejemplo, se alcance un gran des-

envolvimiento en lo pastoral, pero un muy pobre desarrollo en lo intelectual y espiritual²; o un gran saber teológico, pero, junto a ello, una preocupante limitación para relacionarse, para pensar la propia vida desde los demás, para expresar el afecto, para acoger a los otros...; o un estar en una búsqueda casi compulsiva de contacto con otros, escondiendo tras ello la propia incapacidad para recogerse, para encontrarse consigo mismo, para estar y *quedarse* con Dios. Se nos presenta, pues, el desafío de formar para una vida unificada, en la que la búsqueda de integración no sea sólo conceptual, sino vital. Se trata de que en el Seminario pueda *comenzar* a elaborarse una síntesis (cuya maduración proseguirá durante el ejercicio mismo del ministerio y que, por lo demás, no estará nunca definitivamente conquistada) entre lo que uno *sabe* (teológicamente), lo que uno *vive* (espiritualmente), y lo que uno *hace* (pastoralmente).

Habrà que evitar confundir, sin embargo, este camino interior y personal de integración, con la reducción y absorción del todo a uno de los términos. No se trata de superar la pasada "intelectualización" o "espiritualización" de la pastoral, "pragmatizando" pastoralmente la espiritualidad o el saber teológico. Se acabaría cambiando un reduccionismo por otro. Otra cosa bien distinta es el intento de religar y comunicar estas dimen-

-
- 2 Hubo un tiempo en que la praxis pastoral pasó de ser la asignatura pendiente de otras épocas a adquirir una indebida independencia y autosuficiencia respecto de las otras dimensiones de la formación -la intelectual, la espiritual-, de las que parecía casi no necesitar. Esto hizo que algunos abordaran el sacerdocio no tanto desde la fe y desde la vida (como lo hacen posible la teología y la espiritualidad), sino desde la *función o el rol*, con toda la precariedad que supone el configurar una identidad a partir del hacer y no del ser.

siones de la vida sacerdotal, favoreciendo que se enriquezcan mutuamente, pero en el respeto de la identidad y autonomía que cada una posee³.

No han de esperar entonces los seminaristas que se les entregue una *síntesis ya hecha* entre el saber teológico, la vida espiritual y la praxis pastoral, pues será tarea de cada uno realizar en sí mismo esta síntesis, de modo que lo que uno *sabe* le allane el acceso a la *experiencia* de Dios, y ofrezca a la *praxis* pastoral orientación y raíces, liberando respectivamente estos dos últimos campos del subjetivismo y de la arbitrariedad o el capricho, en los que suelen quedar atrapados cuando se los sustrae de sus bases teológicas. De igual modo, la experiencia que hagamos del Dios vivo ha de permitirnos *saborear* el conocimiento teológico de sus misterios, como así también abordar el quehacer pastoral y el tra-

3 En este sentido, von BALTHASAR advierte: *Teología implorada en la oración no significa teología 'afectiva', en contraposición a la teología auténtica, estrictamente científica. Esto justamente es lo que no significa. [...] Hay que pensar con rigor y con exactitud. Pero hay que pensar también haciendo justicia al tema, es decir, haciendo justicia a este tema único, incomparable en cuanto al contenido y al método [...]. En aquella época [de la patristica] se sabía lo que es estilo teológico: la unidad indiscutida tanto de la actitud de la fe y la actitud del saber como igualmente de la objetividad y el respeto. En tanto fue una teología de santos, la teología fue una teología orante, arrodillada: por ello fueron tan inmensos su provecho para la oración, su fecundidad para la oración, su poder engendrador de oración.*

*Hubo algún momento en que se pasó de la teología arrodillada a la teología sentada. Con ello [...] la teología "científica" se vuelve extraña a la oración y, por consiguiente, desconoce el tono con el que se debe hablar sobre lo santo. Entretanto, la teología "edificante", al ir progresivamente perdiendo contenido, sucumbe no raras veces a una unción falsa. Con ello se entrega a la misma decadencia que el arte cristiano de la Edad Moderna, que amenaza con disgregarse en una "objetividad moderna" sin respeto y un romanticismo ajeno a la realidad (H.U. von BALTHASAR, *Teología y santidad*, en "Ensayos Teológicos" I, Madrid 1964, 266-267).*

to con los demás desde una manera de mirar, de sentir y de hacer que *no son sólo nuestros*. Por último, el trato pastoral, particularmente con los pobres, y ese *llevar en uno* la vida de los otros, van dando *otra manera* de ir al encuentro de Dios, y de internarse en la teología en busca de lo que Dios tiene para decirnos acerca de sí, de nosotros, y de su Reino.

FORMACIÓN ESPIRITUAL Y CRECIMIENTO HUMANO, INTELECTUAL Y PASTORAL

La vida espiritual está llamada a influir de modo singular en todos los órdenes de la formación sacerdotal, ofreciendo –en la caridad pastoral– el *talante* propio desde el cual abordar la maduración humana, la preparación intelectual y la praxis pastoral. Porque “así como para todo fiel la formación espiritual debe ser central y unificadora en su ser y en su vida de cristiano [...], de la misma manera, para todo presbítero la formación espiritual constituye el centro vital que unifica y vivifica su ser sacerdote y su ejercer el sacerdocio” (PDV, 45).

1. Formación espiritual y maduración humana

Porque “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS, 22), y estamos invitados a alcanzar el “estado de hombre perfecto, y a la madurez que corresponde a la plenitud de Cristo” (Ef 4,13), sería un serio error pedagógico pensar la maduración humana de los seminaristas como algo dissociado de su desarrollo espiritual (esto es, cristiano y vocacional). Es cierto que hay problemáticas que pertenecen específicamente a un ámbito y no al otro. Tan-

to el orden humano como el sobrenatural tienen leyes propias que es preciso conocer para un diagnóstico y discernimiento adecuados en la vida de cada persona. Pero son dimensiones que se entrelazan e influyen mutuamente. Por lo que habrá que saber, a la vez, relacionarlas y distinguir las. Pues tan equivocado como considerarlas “en paralelo” sería incurrir en reduccionismos en los que un orden pretendiera ser explicado adecuadamente desde el otro. Podríamos decir que, teniendo nuestra búsqueda de maduración humana un fundamento en última instancia cristológico –por el que estamos llamados a reflejar en nosotros mismos, “en la medida de lo posible, aquella perfección humana que brilla en el Hijo de Dios hecho hombre” (PDV, 43)–, hemos de aprender a integrar lo humano y lo sobrenatural “sin confusión”, puesto que la gracia (contra los sobrenaturalismos) supone la naturaleza, a la vez que (contra los falsos humanismos) la perfecciona. De aquí que el itinerario de maduración humana que recorre el seminarista a lo largo de su tiempo de formación no sea sólo de orden psicológico y no pueda ser separado de su crecimiento espiritual, lo que constituye ese camino en un verdadero proceso de gracia que atraviesa toda su persona.

En el marco de la formación humana de los candidatos al sacerdocio, PDV destaca como un “cometido determinante y decisivo”, la formación en la madurez afectiva (cf. 43). El Papa afirma que el hombre “permanece para sí mismo un ser incomprensible [y] su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace propio, si no participa en él vivamente” (n. 44). Ahora bien, “respecto a los condicionamientos de la afectividad, han de considerarse no sólo los factores naturales, sino también las repercusiones afectivas del hecho de estar insertos, por el Bautismo, en la vida de

Cristo..."⁴. En este sentido, podemos afirmar que no alcanza el hombre plena maduración afectiva, si no ha conocido el amor que Dios le tiene y no ha creído en él (cf. 1 Jn 4,16), si no ha hecho la experiencia de sentirse amado por Dios, aprendiendo a mirarlo como Padre. No acabaremos de sentirnos seguros, contenidos y queridos, mientras no vivamos sabiéndonos bajo la amorosa mirada de Dios. Y esto se explica –si nos remitimos a una antropología cristiana–, por la naturaleza misma de nuestra afectividad: Hemos sido hechos para Dios, y nuestro corazón estará inquieto [inseguro, insuficientemente contenido, insatisfecho], mientras no descanse en Él⁵.

Por otra parte, es preciso tener también en cuenta que “el cristiano vive en la Iglesia, que es esencialmente fraternidad y caridad, ‘una comunión de vida, de caridad y de verdad’ (LG 9), pudiendo encontrar en ella “las mayores aperturas del amor en unión con Dios y con los hermanos”⁶.

Por eso, muchas de las carencias y de las heridas que uno tiene como fruto de su propia historia personal no habrán quizá de sanar sin una auténtica experiencia de fraternidad y, sobre todo, sin hacer la experiencia del amor de Dios. Sólo Él puede penetrar hasta los últimos rincones y pliegues de nuestra alma. Allí donde nadie puede llegar. Ni nosotros mismos. Sólo su amor puede darle al corazón, si le ha faltado por alguna razón, aquello que debimos recibir de otros y de lo que hemos carecido⁷.

4 S. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal* (11-4-74), n. 26.

5 Cf. SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, I, 1.

6 S.C. EDUC. CAT., *Orientaciones...*, n. 26.

7 Podemos pensar aquí en lo que debimos recibir por efecto del cariño materno (como el experimentarnos contenidos, el pensarnos queribles, la capacidad para expresar los sentimientos, o para

De aquí que la maduración afectiva no pueda resolverse adecuadamente con la *sola* ayuda de la psicología. Será en el marco de su maduración espiritual –entendida como maduración en el amor– donde habrá de integrar, el cristiano, el proceso de su desarrollo propiamente psicológico.

Cabe hacer notar, por ello, que cuando un seminarista lleva adelante una psicoterapia, es tarea de los formadores y, en particular, del director espiritual, ayudar a que integre el desarrollo de la misma a su personal proceso de maduración espiritual. Se trata de evitar, de esta manera, un cierto paralelismo entre estos dos órdenes –como si no influyera el uno en el otro– o la subversión que tiene lugar cuando lo espiritual acaba siendo *leído* –y *secularizado*– por lo psicológico.

2. Formación espiritual y estudio teológico

Es de particular importancia que los formandos lleguen a vincular el estudio de la teología con el desarrollo de su propia fe; esto es, hacer que la fe objetiva (*fides quae*) alimente la fe personal (*fides qua*). Porque al cabo de los estudios teológicos, puede uno *saber mucho más y,*

empezar mirándonos a nosotros mismos desde lo positivo y no desde lo negativo, etc.) o de la presencia del padre en la vida familiar (como el experimentar seguridad a la hora de enfrentar las exigencias de la vida, la capacidad de iniciativa, la experiencia de pertenencia, o de protección...). Y no es que, de esta manera –como podrían objetarnos–, *proyectamos* sobre Dios lo que pertenece solamente al rol de nuestros padres y a la imagen que de ellos tenemos, por haber carecido de ello. Es al revés. El padre y la madre, viviendo plenamente su vocación de tales, son *semejanza* y reflejo de lo que Dios *es* para nosotros desde siempre. Están llamados a ser como un sacramento del rostro y del corazón de Dios ante sus hijos. De aquí lo hondas que resultan las heridas que se siguen de una experiencia infeliz en este sentido.

sin embargo, *no haber crecido* en la fe. El saber teológico, que debiera conducirnos cada vez más a la hondura del misterio introduciéndonos a la experiencia del mismo, cuando no va acompañado por una adecuada disposición espiritual, puede, paradójicamente, convertirse en un obstáculo para ello.

Es preciso, entonces, entender que la teología nos pone en un camino que ha de llevarnos al encuentro de Alguien, permitiéndonos penetrar en un misterio del que siempre nos quedará mucho más por conocer que lo que hayamos aprehendido. Si nuestro estudio teológico no es un mero ejercicio de la razón sino un ejercicio de la fe, nuestro puerto ha de ser *la realidad* del Dios Vivo y no la sola consideración de las proposiciones sobre Él formuladas (cf. ST 2-2, 1, 2, ad 2). Por ello, mientras recorremos este camino, hemos de preguntarnos qué somos en él: si buscadores de Dios o tan sólo buscadores de saber. Quizá una buena manera de conocer en dónde termina nuestra búsqueda –si en los textos o en el misterio del mismo Dios– sea preguntarnos qué lugar tiene la dimensión afectiva de nuestra fe cuando estudiamos (o hacemos) teología; si se involucra nuestro corazón –conscientes de que “no el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar las cosas internamente”⁸. Porque “la gracia de la fe abre ‘los ojos del corazón’ (Ef 1,18) para una inteligencia viva de los contenidos de la Revelación” (CATIC 158). Preguntarnos si el movimiento que nos lleva a avanzar en esta búsqueda acaba en un descanso contemplativo del Otro o, por el contrario, desemboca en una autocomplacencia que pone al descubierto que el destino de nuestro caminar no era Otro, sino nosotros mismos. Si va forjando en nosotros una actitud de asombro ante el miste-

8 San Ignacio DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 2ª anotación.

rio, de humilde aceptación de que hemos de vernos siempre sobrepasados por el contenido de la revelación o, por el contrario, nos hace más autosuficientes, menos dialogantes, menos dispuestos a la escucha de los otros y del Otro, más *creídos* y no más *creyentes*, dando la impresión de que estamos de pie y no de rodillas ante el misterio. Si, por último, lo que vamos conociendo pensamos que lo estamos tomando o, más bien, *recibiendo*, pues es “gracias a la asistencia del Espíritu Santo [que] puede crecer la inteligencia tanto de las realidades como de las palabras del depósito de la fe, en la vida de la Iglesia” (CATIC 94). Por eso “los santos quieren recibir siempre, es decir, ser orantes. Su teología es esencialmente un acto de adoración y de oración. El que la teología sea esto es algo que se encuentra más allá del sistema, como su presupuesto inexpresso, tácito”⁹. Los santos “se sientan, como María, a los pies de Jesús”¹⁰.

3. Formación espiritual y vida pastoral

La vida pastoral no se reduce a un *hacer* sino que implica, ante todo –si no está animada por la sola eficiencia sino por la caridad pastoral–, un *modo de hacer*. Y a esto no se llega únicamente por medio de cursos o “prácticas” pastorales, sino por el cultivo de *actitudes* de las que es responsable la formación espiritual. Porque “el estudio y la actividad pastoral se apoyan en una fuente interior que la formación deberá custodiar y valorizar: se trata de *la comunión cada vez más profunda con la caridad pastoral de Jesús*” (PDV 57). De este modo, nos encontramos con una formación que no se

9 H.U. von BALTHASAR, *o.c.*, 265.

10 *Ibid.*, 264.

limita a asegurar una competencia pastoral científica y una calificada preparación práctica, sino que procura también, y sobre todo, garantizar el crecimiento de un *modo de estar*, en el ministerio, en comunión con los mismos sentimientos y actitudes de Cristo, Buen Pastor (cf. *ibid.*). La formación espiritual es, en este sentido, responsable de que las actitudes pastorales del sacerdote no sean producto de un cálculo u opción táctica (porque “conviene” proceder así...) sino fruto de una verdadera experiencia de comunión con los sentimientos de Cristo.

Por todo lo dicho, la formación espiritual en el Seminario no habrá de contentarse con forjar en el seminarista determinados hábitos de piedad; antes bien, realizando “una verdadera iniciación a la sensibilidad del pastor” (PDV 58), buscará cultivar en él las actitudes que son fruto de una vida según el Espíritu, para llegar a experimentar y a “comunicar la caridad de Cristo, buen Pastor” (PDV 57).

Ya *Optatam Totius* (OT) advertía, en este sentido que, si bien el Seminario ha de fomentar “intensamente los ejercicios de piedad recomendados por la venerable costumbre de la Iglesia”, es preciso sin embargo cuidarse de “que la formación espiritual no consista sólo en ellos y no cultive únicamente el afecto religioso” (OT 8). Indicando este riesgo de disociación –presente, por lo demás, en toda vida espiritual–, el Concilio propone más adelante: “Fórmeles más bien para una vida espiritual cuyo máximo vigor ha de provenir de su propia actividad pastoral” (OT 9).

Vemos, pues, que la caridad pastoral es el lugar donde han de encontrarse –y fecundarse mutuamente– la formación (y la vida) espiritual y la formación (y la vida) pastoral.

LA COMUNIDAD EDUCATIVA DEL SEMINARIO, RESPONSABLE POR LA FORMACIÓN ESPIRITUAL DE LOS FUTUROS SACERDOTES

Si bien el director espiritual tiene un fundamental protagonismo en la formación espiritual de los seminaristas, es el Seminario, en su comunidad educativa –articulada en torno al rector, el director o padre espiritual, los superiores y los profesores (cf. PDV 66)–, quien, con propiedad, ha de hacerse cargo de esta responsabilidad formativa. La distinción de fueros, indispensable para el respeto a la conciencia del sujeto, no debe conducir a una suerte de esquizofrenia formativa, por la cual los superiores sólo se ocupan de la disciplina externa y el seminarista sólo es conocido por el director espiritual. Porque, en definitiva, será el rector quien habrá de presentar responsablemente al seminarista al obispo como apto para ser ordenado: Sería contradictorio que el único que conociera al candidato fuera quien no puede dar opinión sobre él... La formación postconciliar tiende a que el conocimiento y el acompañamiento del formando por parte de los superiores sea más integral, a partir de un diálogo confiado, franco, a la vez que respetuoso y discreto.

A este respecto, Juan Pablo II afirma:

Respetando la distinción entre foro interno y externo, la conveniente libertad en escoger confesores, y la prudencia y discreción del ministerio del director espiritual, la comunidad presbiteral de los educadores debe sentirse solidaria en la responsabilidad de educar a los aspirantes al sacerdocio. A ella, siempre contando con la conjunta valoración del Obispo y del rector, corresponde en primer lugar la misión de procurar y comprobar la idoneidad de los aspirantes en lo que se re-

fiere a las dotes espirituales, humanas e intelectuales, principalmente en cuanto al espíritu de oración, asimilación profunda de la doctrina de la fe, capacidad de auténtica fraternidad y carisma del celibato (PDV 66; cf. 35)¹¹.

EL SEMINARIO COMO AMBIENTE ESPIRITUAL

El Seminario ha de ofrecer la posibilidad de revivir la experiencia formativa que el Señor dedicó a los Doce (cf. PDV 60): “Vivir en el Seminario, escuela del Evangelio, es vivir en el seguimiento de Cristo como los apóstoles; es dejarse educar por él para el servicio del Padre y de los hombres, bajo la conducción del Espíritu Santo”¹². Por eso, “antes que ser un lugar o un espacio material, debe ser un ambiente espiritual, un itinerario de vida, una atmósfera que favorezca y asegure un proceso formativo” (PDV 42).

Es conveniente preguntarse, entonces, si en nuestros Seminarios existe siempre este *ambiente espiritual* que la formación reclama, y que suele tener mayor influencia en la trasmisión de valores y en la formación de actitudes que muchos de nuestros mensajes y esfuerzos pedagógicos. Porque no necesariamente los “códigos” que prevalecen en la “cultura” que va gestando la

11 En este sentido, los obispos argentinos señalan: *Es Dios quien llama y es la Iglesia quien debe hacer el discernimiento de la vocación por medio del Obispo y de la comunidad. Por lo tanto, no basta la espontánea decisión del sujeto, ni una pretendida formación personal sin más injerencia que la del propio director espiritual. Es necesaria la mediación de la comunidad del Seminario a fin de cumplir con la tarea de discernimiento y formación de los candidatos* (CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *La formación para el sacerdocio ministerial. Plan para los Seminarios de la República Argentina*, 1994, n. 242).

12 *Mensaje de los Padres sinodales al Pueblo de Dios* (28-10-90), IV.

comunidad educativa del Seminario expresan valores cristianos y disponen a un obrar evangélico: por el contrario, ciertos criterios que a veces forman parte de la conciencia colectiva de la comunidad pueden expresar una suerte de "contracultura" respecto de la formación¹³. No hemos de olvidar, por ello, que, la del Seminario, siendo una comunidad cristiana, ha de seguir, como tal, siendo siempre evangelizada.

Se trata de que los que participan de la vida del Seminario puedan hacer la experiencia de una comunidad

13 Puede ocurrir, por ejemplo, que no exista en los seminaristas la libertad de participar creativamente en la vida del Seminario, de manifestar cercanía respecto de sus formadores, de expresar sus ideas o de mostrarse tal cual son, por temor a ser descalificados, ridiculizados, o marginados por sus mismos compañeros. La existencia de grupos de comportamiento sectario, la falta de respeto a lo diverso, o la intolerancia ideológica, suelen ser fuente de autocensuras, de falta de transparencia, de prevención, o de cierta doblez. Puede existir también cierta inhibición para hablar de lo que se vive espiritualmente e, incluso, que avergüence y se oculte la virtud... (al ser mejor visto, por ejemplo, ser astuto o pícaro que bueno o servicial).

Otro ejemplo, nada infrecuente, por cierto, es el de los Seminarios en los que *el estilo de vida común* no prepara para la pobreza evangélica, el sacrificio, la entrega desinteresada, la vida como servicio al otro, sino que consolida (o, lo que es peor, inicia en) un modo de vida aburguesado, cómodo, afecto a los privilegios.

Un último ejemplo que quisiera señalar es el de la *cultura clerical* a la que puede introducir la vida del Seminario, llevando a que el mundo con el que aprenda a soñar el seminarista a lo largo de su formación no sea el de los hombres y mujeres a los que será enviado a evangelizar sino, antes bien, *el mundo eclesialístico*, con todo ese cosmos narcisista de distinciones, dignidades, cargos y títulos que lo caracteriza. El Concilio Vaticano II nos pide, en este sentido, que "entiendan con toda claridad los alumnos que su destino no es el mando ni los honores, sino la entrega total al servicio de Dios y al ministerio pastoral" (OT 9). Pero no olvidemos que estas fantasías estaban ya presentes en el corazón de los apóstoles (cf. Mc 10,35-45), por lo que el desafío de evangelizar estas flaquezas en sus ministros es tan antiguo como la Iglesia misma.

eclesial, en la que el obispo se hace presente a través del ministerio del rector y del servicio de corresponsabilidad y de comunión de los demás educadores, y donde todos sus miembros, reunidos por el Espíritu en una sola fraternidad, colaboran, cada uno según su propio don, al crecimiento de los otros en su preparación para el sacerdocio (cf. PDV 60). Esto implica "dar al ambiente mismo en el que se vive el carácter y el estilo de servicio recíproco, donde cada uno concurre a crear las condiciones para el desarrollo de los demás"¹⁴.

De esta manera, es preciso crear las condiciones para que: a) "cada uno busque *libremente* su vocación, sin sentirse automáticamente destinado al sacerdocio por el hecho de haber iniciado la experiencia seminarística"; b) que las relaciones interpersonales se distingan por "una *confianza familiar* y una *amistad fraterna*", llevando a "una vida de comunidad fraternal, armónica, laboriosa, llena de calor humano y sobrenatural"; c) que sea "un clima impregnado de *verdad*, es decir, de sinceridad, lealtad, afecto, respeto y diálogo"¹⁵.

El Concilio Vaticano II reclama para el Seminario la atmósfera de "una familia que responda a la oración del Señor: "que todos sean una sola cosa" (cf. Jn 17,11), y fomente en los alumnos el gozo por su propia vocación" (OT 5).

FORMACIÓN ESPIRITUAL DESDE LA IDENTIDAD Y ESPIRITUALIDAD PRESBITERALES

La formación espiritual de los futuros sacerdotes ha de estar orientada e inspirada por la identidad y espiritua-

14 S.C. EDUC. CAT., *Orientaciones...*, n. 71.

15 Cf. *ibid.*, nn. 71-72.

lidad del presbítero. De aquí ha de recibir su *forma*; desde aquí hemos de pensar el proceso formativo.

1. *Espiritualidad desde la identidad*

En su discurso final al Sínodo de 1990, Juan Pablo II nos recordaba que la identidad sacerdotal se funda en

la ligazón ontológica específica que une al sacerdote con Cristo, Sumo Sacerdote y buen Pastor. Esta identidad está en la raíz de la naturaleza de la formación que debe darse en vista del sacerdocio y, por tanto, a lo largo de toda la vida sacerdotal (n. 11).

Si abordamos la formación espiritual de los seminaristas sin una referencia permanente al misterio del sacerdocio en su identidad teológica corremos el riesgo de no plasmar en los formandos una verdadera *personalidad sacerdotal y pastoral*, convirtiéndose la espiritualidad en un conjunto de *prácticas* que, por otra parte, tendrán vida precaria en el ejercicio concreto del ministerio¹⁶. Es, pues, desde el misterio del que somos portadores (en unión con Cristo Cabeza y buen Pastor para el servicio de la Iglesia y del mundo), como habrá de formularse lo que estamos llamados a *vivir*.

16 En la tabulación de la encuesta que el CELAM realizara en 1994 a los Obispos y Superiores mayores de América Latina sobre las causas del abandono del ministerio sacerdotal, se hacía notar que, en un número considerable de respuestas: *se tiene la impresión de que, durante todo el período del Seminario, no se logra un encuentro personal con Cristo capaz de invadir todos los ámbitos de la persona del futuro sacerdote; que la espiritualidad se hace consistir en prácticas religiosas externas, desconectadas del seguimiento radical de Jesús; que hay mucha apariencia, pero poco convencimiento interior* (F. ARIZMENDI ESQUIVEL, *Causas del abandono del ministerio presbiteral en América Latina*, "Boletín Oslam" (1995) n. 28, 6).

2. La vida espiritual

Cuando Juan Pablo II nos habla, en el cap. III de PDV, de la vida espiritual del sacerdote, afirma que toda existencia cristiana es “vida espiritual”, es decir, una “vida animada y dirigida por el Espíritu hacia la santidad o perfección de la caridad” (n.19). Es importante destacar que no refiere aquí “espiritual” al espíritu humano –como tantas veces se lo ha entendido– sino al Espíritu de Dios¹⁷. Entendiendo así la “vida espiritual”, PDV va más allá de ciertas aporías del pasado (cuerpo-espíritu, tiempo-eternidad, acción-contemplación, etc.), y se aparta, a su vez, del abordaje subjetivista de lo espiritual que conduce al ensimismamiento o a la búsqueda de la *experiencia* espiritual como fin en sí misma –reiterada tentación a lo largo de la historia, que vemos reeditada en la cultura postmoderna con el auge de las técnicas orientales o de libros de autoayuda occidentales dirigidos a sentirse o estar *uno bien*–. El camino *espiritual* cristiano no conduce al ensimismamiento sino –como podemos ver en Cristo, animado por el Espíri-

17 En esta misma línea, Walter Kasper afirma: *¿Qué es un hombre espiritual? No simplemente un hombre interior. Pues en la Biblia no existe la diferencia platónica entre dentro y fuera, entre cuerpo y alma. Para la Biblia la línea fronteriza no pasa entre dentro y fuera, sino entre Dios y el hombre, creador y creatura. Un hombre espiritual es, por tanto, quien no considera lo visible, lo factible, lo planificable como la única realidad, sino que hace sitio para la acción indisponible del Espíritu de Dios y vive de lo indisponible del Espíritu de Dios. Esta vida por el Espíritu significa concretamente vivir por la fe, la esperanza y el amor, vivir por la confianza en el poder de la oración, en la fuerza de la palabra de Dios, en la fuerza que viene de la celebración de los sacramentos y, no en último término, vivir por la fe en el significado del sacrificio, de la renuncia, del dolor* (W. KASPER, *El futuro desde la fe*, Salamanca 1980, 115-116). Para ver el concepto de “hombre espiritual” en los Padres de la Iglesia, cf. J. RIVERA-J.M. IRABURU, *Espiritualidad católica*, Madrid 1982, 398-400.

tu— a una disponible escucha de la voluntad del Padre y a la entrega de la vida por los hermanos.

Por eso, en la formación y el acompañamiento espiritual de los seminaristas, hemos de ayudar a que ellos noten que no es lo mismo *interioridad* (la cual todo “hombre espiritual” ha de cultivar) que *ensimismamiento* (del cual todo “hombre espiritual” ha de ir liberándose). Porque no es raro que lo uno se confunda con lo otro, y se termine haciendo del defecto, virtud. De la misma manera, es preciso que los seminaristas aprendan a distinguir entre saber *verse* y *vivir mirándose*. Porque el ensimismamiento no ayuda a que nos veamos. Todo lo contrario. Sólo cuando comenzamos a autotrascendernos somos capaces de vernos. La verdadera interioridad implica (y provoca) autotranscendencia, *nos saca* de nosotros mismos por medio del amor —la señal más auténtica de madurez en la vida espiritual—.

Las personalidades afectivamente ensimismadas fácilmente desembocan en una espiritualidad y en una pastoral marcadas por el subjetivismo: en una vida espiritual diseñada no ya en contacto con la *objetividad* del misterio —según Dios se nos ha revelado y quiere dársenos—, sino a partir de las propias *necesidades*, inclinaciones, y apegos. Y en una vida pastoral adecuada no ya a las posibilidades, a las necesidades y a la historia de una comunidad concreta en la que el pueblo de Dios se hace presente, sino a las fantasías, los humores, el capricho o la arbitrariedad del mismo sacerdote.

Cuando el ensimismamiento se concentra, en cambio, en el plano intelectual, aparecen, tanto en el orden espiritual como en el pastoral, esas construcciones perfectas en sí mismas pero de espaldas a la vida y a la realidad, que suelen ofrecer las ideologías, cualquiera sea el signo que las caracterice.

No sería raro, por otra parte, que más de un joven llegado a nuestros Seminarios traiga en su espiritualidad cierta influencia de la llamada “nueva religiosidad”. Actualmente, los medios de comunicación suelen crear, en torno a la *espiritualidad*, un mundo bastante “promiscuo”. Es por ello importante poder orientar un discernimiento en el que se distinga la espiritualidad cristiana de esa “espiritualidad sin religión” que caracteriza a la “New Age”. Pues ésta –siendo de algún modo una *hija no deseada* del secularismo– es fruto de una humanidad sin Padre, a través de una cultura en la que Dios está ausente: prescinde, por ello, de la realidad objetiva de lo divino, llegando a hacer de la misma búsqueda espiritual un objeto de consumo para el propio e individual “bienestar”. Y al perseguirse, de este modo, una experiencia que rehúye todo lo que altere esa “armonía” interior buscada, se cultiva una *espiritualidad* que difícilmente se compadezca con los avatares propios de un compromiso solidario. Puede llegar a suscitar, más bien, una cierta *resignación* frente a la injusticia, y un preferir *no ver* la situación del hermano (pues “ojos que no ven, corazón que no siente” –ni se *altera*– (cf. Mt 25,31-46).

No hay vida espiritual cristiana sin ir más allá de uno mismo por el amor (cf. Mt 22,34-40; Lc 10,25-28). La *vida espiritual*, si es cristiana, ha de llevarnos a abrir ventanas –desde Cristo, hacia Dios y hacia el prójimo– antes que a llenarnos de espejos.

3. Una vida animada por el Espíritu hacia la santidad

Así como el Espíritu Santo llena, penetra, invade al *Mesías* en su ser y en su obrar (cf. Lc 4,18-19), ese mismo Espíritu está sobre todo el *Pueblo de Dios*, que es constituido como pueblo consagrado por Él y enviado

por Él. De este modo, el Espíritu del Señor se manifiesta como fuente de santidad y llamada a la santificación: “En efecto, *el Espíritu nos revela y comunica la vocación fundamental* que el Padre dirige a todos desde la eternidad: la vocación *a ser santos* [..., y] se hace en nosotros principio y fuente de su realización” (PDV 19). Esta vocación universal a la santidad encuentra una particular aplicación referida a *los presbíteros*, pues ellos “están obligados de manera especial a alcanzar esa perfección” (PO 12): “Puesto que todo sacerdote, a su manera, representa la persona del mismo Cristo, es también enriquecido de gracia particular para que pueda alcanzar mejor, por el servicio de los fieles que se le han confiado y de todo el Pueblo de Dios, la perfección de aquel a quien representa” (*ibid.*).

Convendría preguntarse hasta qué punto no se ha perdido en nuestros Seminarios el deseo de santidad, por encontrarse ésta demasiado asociada aún a una imagen estereotipada de lo que significa. Porque cierta hagiografía ha presentado de tal manera la vida de los santos –al poner de relieve siempre lo extraordinario y lo inimitable– que, en lugar de encender en los bautizados el deseo de imitarlos, ha logrado convencerlos de que *eso no era para ellos*; o sea, ha llevado a todo lo contrario de aquello para lo cual los santos han sido canonizados...

Por eso, con frecuencia, se ha preferido hablar de *seguimiento* de Cristo, de *compromiso* por el Reino, de ser *discípulo* de Jesús, conforme a los términos con que la Biblia suele presentar la santidad. En la enseñanza evangélica, discipulado y santidad coinciden. La llamada de Jesús a sus discípulos, en cualquiera de sus modalidades, implica siempre la llamada a la santidad. ¿Acaso no fue ésta la experiencia en la que se acuñó nuestro llamado a la vida sacerdotal: vivir sólo para

Dios y para los demás, e ir tan lejos como el Padre nos lo pidiera? ¿Y acaso no somos testigos de más de una vida consagrada que arrastra su mediocridad o su decadencia desde el momento en que este ideal se fue desvaneciendo? Quizá se trabaje mucho y se lleve una vida honesta, pero se ha perdido lo que el Apocalipsis llama "el amor del inicio":

Conozco tus obras, tus trabajos y tu constancia. [...] Sé que tienes constancia y que has sufrido mucho por mi Nombre sin desfallecer. Pero debo reprocharte que hayas dejado enfriar el amor que tenías al comienzo. Fíjate bien desde dónde has caído, conviértete y observa tu conducta anterior (2,2-5; cf. 3,15ss).

El Vaticano II ha querido convocarnos a una santidad a la que todos los fieles, de cualquier estado y condición, están llamados (cf. LG 40). Realizar la santidad –esto es, tender a la perfección por los caminos de la espiritualidad evangélica– “es vivir en la sencillez de lo cotidiano la fe, la esperanza y la caridad. Ahí está todo. En definitiva, los santos serán los que ‘han manifestado su fe con obras, su amor con fatigas y su esperanza en nuestro Señor Jesucristo con una firme constancia’” (1 Ts 1,3)¹⁸. Pero esta santidad implica un camino cuyo punto de partida está en el deseo mismo de ser santos: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados” (Mt 5,6). La justicia de la que aquí se habla es la justicia del Reino, que la Biblia identifica con la santidad. Y la promesa contenida en la bienaventuranza es para aquellos que tienen un vivo deseo (“hambre y sed”) de ser santos. El Evangelio, cuando nos encuentra disponibles, “provoca” y “excita” en la esperanza nuestro deseo de

18 E. PIRONIO, *Escritos pastorales*, Madrid 1975, 143-144.

santidad, arrancándonos de horizontes modestos y de un conformismo que acaba despojándonos de nuestros sueños primeros –o, más exactamente, del sueño que Dios tiene desde un comienzo sobre nosotros–; nos hace sentir el llamado a no atrincherarnos en lo limitado, a no engañar el hambre, a no adular la esperanza, cuya medida –si tiene como objeto aquello que Dios ha reservado de sí para nosotros– ha de ser siempre lo desmesurado¹⁹.

4. La vida espiritual del sacerdote

De una única y fundamental santidad cristiana nacen los diversos modos de vivir la vida según el Espíritu. Y la espiritualidad presbiteral no es sino una forma específica de vivir la vida según el Espíritu. Podríamos decir que, “cuando se trata de presbíteros, la caridad toma el rostro de Cristo Pastor”²⁰.

4.1. La configuración con Cristo y la caridad pastoral

Gracias a la “consagración obrada por el Espíritu Santo en la efusión sacramental del Orden, la vida espiritual del sacerdote queda caracterizada, plasmada y definida por aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia y que se compendian en su caridad pastoral” (PDV 21).

19 Tras su primera visita a León Bloy, Jacques Maritain recordaba que “después de transponer el umbral de su casa, todos los valores quedaban fuera de lugar, como por un resorte invisible. Se sabía, o se adivinaba, que no hay sino una tristeza, la de no ser santos. Y todo el resto se volvía crepuscular” (J. MARITAIN en prefacio a L. BLOY, *Cartas a Maritain y Van der Meer*, Buenos Aires 1948, 14).

20 GARCÍA VELASCO, J. “La caridad pastoral en la teología y espiritualidad del ministerio”, en *Seminarios*. 30 (1993), 482.

Aparece aquí, en la determinación del lugar que *la caridad pastoral* tiene en la vida del presbítero, una de las aportaciones más valiosas de *Pastores Dabo Vobis*. Porque el Papa avanza en la explicitación de un concepto que el Vaticano II había ya presentado pero no desarrollado (cf. LG 41; PO 14). Juan Pablo II profundiza, en cambio, en su significado, describiendo asimismo sus principales rasgos:

- La caridad pastoral es “el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero” (n. 23), siendo su contenido esencial la *donación de sí*, la *total* donación de sí a la *Iglesia*, compartiendo el don de Cristo y a su imagen. [...] No es sólo aquello que hacemos, sino la *donación de nosotros mismos* lo que muestra el amor de Cristo por su grey. La caridad pastoral determina nuestro modo de pensar y de actuar, nuestro modo de comportarnos con la gente (*ibid.*).
- Y la donación de nosotros mismos tiene como destinataria *la Iglesia*. Con la caridad pastoral, el sacerdote se hace capaz de amar a la Iglesia con toda la entrega de un esposo hacia su esposa (cf. *ibid.*).
- Pero el don de sí a la Iglesia “se refiere a ella como cuerpo y *esposa de Jesucristo*. Por esto la caridad del sacerdote se refiere primariamente a *Jesucristo*: solamente si ama y sirve a Cristo Cabeza y Esposo, la caridad se hace fuente, criterio, medida, impulso del amor y del servicio del sacerdote a la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo” (*ibid.*).
- Es preciso recordar, además, que la caridad pastoral “le pide y exige [al sacerdote] de manera particular y específica una relación personal con *el presbiterio*, unido en y con *el obispo*” (*ibid.*).

- Por otra parte, es en la Eucaristía “donde se representa, es decir, se hace de nuevo presente el sacrificio de la cruz, el don total de Cristo a su Iglesia. [...] Precisamente por esto la caridad pastoral del sacerdote no sólo fluye de *la Eucaristía*, sino que encuentra su más alta realización en su celebración, así como también recibe de ella la gracia y la responsabilidad de impregnar de manera “sacrificial” toda su existencia” (*ibid.*).
- Por último, frente a un contexto sociocultural y eclesial marcado por la complejidad, la fragmentación y la dispersión, el Papa afirma que

*esta misma caridad pastoral constituye el principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote. [...] Solamente la concentración de cada instante y de cada gesto en torno a la opción fundamental y determinante de “dar la vida por la grey” puede garantizar esta **unidad vital**, indispensable para la armonía y el equilibrio espiritual del sacerdote”* (*ibid.*). *Con todo, no será sino progresivamente que el sacerdote irá alcanzando la unidad interior que la caridad pastoral garantiza* (cf. n. 72), *constituyéndose, ésta, a su vez, en “alma y forma de [su] formación permanente”* (n. 70).

Hemos de valorar que, después de haber vivido los sacerdotes, durante tanto tiempo, dependiendo de espiritualidades “prestadas” o de ensayos sin suficiente articulación y unidad, podamos vislumbrar, a partir de *Presbyterorum ordinis* y *Pastores Dabo Vobis*, y del desarrollo de la teología de la caridad pastoral, una espiritualidad rica en matices y adecuada “desde adentro” a una identidad y un perfil propios. Por eso entendemos que Juan Pablo II pida que *toda* la formación de

los candidatos al sacerdocio esté “orientada a prepararlos de una manera específica para comunicar la caridad de Cristo, buen Pastor” (n. 57).

4.2. *Rasgos espirituales expresivos de la caridad pastoral*

4.2.1. Caridad pastoral y ejercicio evangélico de la autoridad: La primera actitud que Juan Pablo II señala como fruto de la caridad pastoral es la de ejercer la autoridad *para el servicio*, recordando que este tipo concreto de autoridad

debe animar y vivificar la existencia espiritual de todo sacerdote, precisamente como exigencia de su configuración con Jesucristo, Cabeza y Siervo de la Iglesia. San Agustín exhortaba de esta forma a un obispo en el día de su ordenación: “El que es cabeza del pueblo debe, antes que nada, darse cuenta de que es servidor de muchos...” (PDV 21).

De este modo, “la vida espiritual de los ministros del Nuevo Testamento deberá estar caracterizada, pues, por esta actitud esencial de servicio al Pueblo de Dios (cf. Mt 20,24ss; Mc 10,43-44), ajena a toda presunción y a todo deseo de ‘tiranizar’ la grey confiada” (cf. 1 P 5,2-3) (*ibid.*). Por eso la vida pastoral ha de educar al futuro sacerdote “a vivir como ‘servicio’ la propia misión de ‘autoridad’ en la comunidad, alejándose de toda actitud de superioridad o ejercicio de un poder que no esté siempre y exclusivamente justificado por la caridad pastoral” (PDV 58).

Que Jesús se presentara como *servidor* y exigiera que sus discípulos hicieran otro tanto en medio de los hombres resultaba revulsivo para la cultura de su época. Porque el hecho de ser siervo no era considerado un

valor, sino todo lo contrario. Entre los romanos, la esclavitud solía tener rasgos inhumanos. Y entre los griegos, la valoración que tenían por la libertad individual y la propia autonomía hacía que experimentaran un rechazo instintivo hacia toda forma de servidumbre. Incluso en su vida religiosa el gesto de postración –que realizaba el esclavo delante de su señor– estaba excluido de las celebraciones paganas. Ese era, pues, el contexto de la predicación evangélica. El de hoy, en este sentido, no está muy lejos de aquél: el hombre moderno ha ido haciéndose cada vez más celoso de su autonomía, de su libertad, y más consciente de sus posibilidades y de su dignidad, con todo lo bueno que esto implica. Pero también es real que se le ha ido haciendo cada vez más difícil arrodillarse ante Dios, y ponerse al servicio del otro –al menos en las culturas que se atribuyen mayor grado de “desarrollo”–. Por ello, para un contexto tanto como para el otro, las enseñanzas y el testimonio de Jesucristo resultan de una particular originalidad. Y el hecho de convertirnos nosotros en *servidores* –servidores de Dios y de los hombres– puede, por esto mismo, resultar particularmente elocuente y perturbador para los hombres de nuestro tiempo. Pero para que esto ocurra deben poder vernos como servidores, y no sé si es ésta la imagen que ellos tienen de la Iglesia y de sus ministros... Y el servicio no sólo es una manera de revelarles a los hombres cómo es un cristiano, sino también, de algún modo, cómo es Dios.

En el presbiterio “no deberían existir puestos de mayor o menor prestigio, carreras más o menos obligadas, promociones anheladas o retrocesos temidos. El modelo es la presidencia de la caridad de Jesús, que está entre nosotros ‘como el que sirve’”²¹. Por eso, el

21 C.M. MARTINI, *Al servicio del Pueblo de Dios*, Bogotá 1991, 154-155.

Seminario debiera ser como un largo catecumenado para esta misión de servidores que recibimos sacramentalmente en el diaconado, purificando toda tendencia al poder, a los honores o privilegios, a la dominación, o al autoritarismo; a toda esa clase de actitudes que nos llevan, en más de una ocasión, a preguntarnos quién está, en última instancia, al servicio de quién... Se nos dice que no es raro encontrar actualmente, en sacerdotes jóvenes, cierto autoritarismo o maltrato de los fieles, que no eran tan previsibles cuando ellos eran seminaristas. ¿No hubo omisiones, al respecto, en su formación, dándose por supuesta una madurez que no existía? Más allá de la inmadurez humana que siempre subyace a este tipo de comportamiento –e, incluso, el papel que a veces juega un cierto *modelo* teológico-pastoral que da lugar a ese *estilo* sacerdotal–, no podemos soslayar la responsabilidad que la formación espiritual tiene a este respecto.

Por otra parte –y como para considerar el riesgo opuesto al ya señalado–, de la misma manera que hemos de ejercer la autoridad *para el servicio*, hemos de entender también que *es un servicio ejercer autoridad*. Y que uno deja de ofrecer el debido servicio cuando, por respeto humano o cualquier otra razón, no se atreve a ejercerla. El buen ejercicio de la autoridad es un don para la vida de una comunidad, desde donde se favorece la comunión y la participación, el diálogo y la reconciliación, la animación y la iluminación. Por eso el evadirse del ejercicio de la autoridad puede encubrir, tras una máscara de humildad o de exquisito respeto, el temor a comprometerse con un servicio que tiene no poco de cruz, en la medida que es bien vivido. Lo que se presenta a veces como una actitud evangélica puede estar disfrazando comodidad, timidez y, en definitiva, una *omisión* frente a las exigencias concretas de una *misión*: “El mal no consiste solamente en el exceso de autori-

dad, sino también en la falta de mandato. No atreverse a mandar es tanta cobardía como abusar del poder"²².

4.2.2. Saber *estar*: Si bien la vida pastoral hace que se viva "en un clima de constante disponibilidad a dejarse absorber, y casi 'devorar', por las necesidades y exigencias de la grey" (PDV 28), es preciso aprender a conjugar, en nuestro ministerio, la capacidad de *hacer* con la capacidad de *estar*: no basta con hacer mucho por la gente, para ser un buen pastor; es preciso *saber estar* con ella. Cuando lo primero se disocia de lo segundo es fácil acabar en una forma despersonalizada de trato pastoral²³. Por ello, es necesario integrar al ejercicio del ministerio –como el mismo Jesús lo hizo– esta dimensión *femenina* de la vida pastoral; esto es, esa capacidad que la mujer posee por naturaleza, de no circunscribirse a la eficiencia de lo que puede producir con su trabajo –como fácilmente tiende a hacerlo el varón–, donándose en la gratuidad de un "estar", que tan característico es de toda maternidad –tan claro en la Virgen en Belén, en Caná, en la vida pública de Jesús, en el Gólgota, o en el Cenáculo: ella *estaba*...²⁴–. Dimensión *femenina* que se expresa, además, entre otras cosas, en la capacidad para la acogida, en una mirada

22 G.M. GARRONE, "La obediencia y la formación en la obediencia", en *Seminarios*. 15 (1969) 57.

23 Señalan los obispos argentinos que *será necesario educar a los jóvenes candidatos en un estilo de relación y trato sencillo, cordial y respetuoso, donde prevalezca el sentido pastoral de los vínculos humanos, propio de quien está llamado a vivir en medio de los hombres como consagrado* (CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *La formación para el sacerdocio ministerial. Plan para los Seminarios de la República Argentina*, 1994, n. 174).

24 Afirma PDV que, como testigos del amor de Cristo, los sacerdotes son capaces de amar a la gente con un corazón nuevo, "con una ternura que incluso asume matices del cariño materno" (n. 22).

comprensiva sobre la debilidad ajena, en la capacidad de escucha, en la calidez y cercanía del trato, etc.

Mucho tiene que ver en esto la oración, como una instancia fundante del saber "estar". Y aquí es difícil no evocar la escena evangélica que tiene lugar en Betania, cuando Jesús es recibido en casa de Marta y María (cf. Lc 10,38-42). Porque la vida sacerdotal *bien vivida* tiene mucho de la agitación de Marta, quien, en la mirada de Jesús, no había resuelto aún *cómo servirlo sin dejar de escucharlo*; y esto presenta un desafío permanente para nuestra vida espiritual. O dicho de otro modo, cómo no convertirnos en meros siervos, después de haber sido amigos... (cf. Jn 15,15).

Sabemos por experiencia que, a menudo, la caridad pastoral nos impulsa a una abundante actividad. Pero no necesariamente la mucha actividad es fruto de la caridad pastoral. Hay que cuidarse, por ello, de no confundir ésta con el activismo o el eficientismo pastoral, que no son sino su caricatura. El activismo, por lo demás, no tiene en realidad su origen en una excesiva demanda de la gente sino más bien en una demanda *interna*. Cuando experimentamos un cierto desbordamiento y éste se debe realmente a la demanda de la gente, es más fácil que uno pueda reconocer con serenidad sus propios límites, en la consciencia de que *Dios nos llamó para servirlo y no para reemplazarlo*. Pero si el origen de la demanda está en uno, ésta no tiene fin; el hacer adquiere las características de una adicción. Sólo encuentra freno cuando el cuerpo dice *basta...* Es importante, por ello, ser honestos a la hora de preguntarnos si la hiperactividad responde a las necesidades de la gente o a nuestras propias necesidades. Y habrá que iniciar a los seminaristas en este discernimiento, para que lleguen a vivir el ministerio no ya sin tensiones, pero sí en la búsqueda honesta de purificar su entrega

desde la caridad pastoral, conscientes de que el Señor los llamó “*para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar...*” (Mc 3, 14)²⁵.

4.2.3. Caridad pastoral y apertura al diálogo evangelizador: Es preciso superar esa actitud de talante preconiliar –todavía demasiado presente en más de un sacerdote y también en muchos agentes de pastoral–, de situarse *a priori* a la defensiva respecto de quienes no son “de Iglesia”, mirándolos con desconfianza y hasta con agresividad; prontos a la discusión, si no a la descalificación, antes que al diálogo; viéndolos como enemigos y no como aquellos a quienes estamos llamados a comunicarle la Buena Noticia, como aquellos que no han tenido hasta hoy la gracia –como nosotros la hemos tenido– de conocer “el amor que Dios nos tiene” y haber “creído en él” (1 Jn 4,16). Y esta *actitud pastoral* –que ha de condicionar toda la orientación del empeño evangelizador– si bien puede estar revelando toda una cosmovisión teológica subyacente, responde también a una *disposición espiritual* en la que quizá no hemos sabido formar adecuadamente. Se trata entonces de que la caridad pastoral, que está llamada a determinar “nuestro modo de pensar y de actuar, nuestro modo de comportarnos con la gente” (PDV 23), vaya *formando* a los seminaristas en las actitudes propias del buen Pastor, ya que, como ésta, son numerosas las disposiciones espirituales (y humanas) que arrastran tras

25 Será importante tener en cuenta, asimismo, que dada *la multiplicidad y complejidad de las tareas apostólicas, que en ocasiones son fuente de tensión y agotamiento en el ejercicio del ministerio, se ha de educar en los futuros sacerdotes la virtud de la prudencia pastoral que les permita discernir desde la fe cuáles son las auténticas prioridades, de manera que, al tiempo que respondan a las urgencias pastorales, preserven en ellos la necesaria unidad de vida* (CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, o.c., n. 175).

de sí una manera característica y no siempre evangélica de *situarse* en la pastoral.

Juan Pablo II nos dice que la caridad pastoral debe empujar y estimular

al sacerdote a conocer cada vez mejor la situación real de los hombres a quienes ha sido enviado; a discernir la voz del Espíritu en las circunstancias históricas en las que se encuentra; a buscar los métodos más adecuados y las formas más útiles para ejercer hoy su ministerio. De este modo, la caridad pastoral animará y sostendrá los esfuerzos humanos del sacerdote para que su actividad pastoral sea actual, creíble y eficaz (PDV 72).

4.2.4. Sufrimiento humano y caridad pastoral: Siguiendo la mirada que sobre Cristo tiene la carta a los Hebreos, afirma C.M. Martini que:

Jesús "llegó a ser" sacerdote en el hecho de compartir el sufrimiento. Él tenía desde el principio la capacidad de ser sumo sacerdote misericordioso y fiel, pero Dios ha querido que el Hijo integrara esa capacidad en su propio cuerpo al compartir el sufrimiento de los demás. Es un tema importante ya sea como ideal del obispo, ya sea como ideal del sacerdote: estar tan cercanos a la gente y a sus dolores, que se compartan y por consiguiente lleguemos gradualmente a ser "misericordiosos y fieles"²⁶.

26 C.M. MARTINI, *o.c.*, 235-236. Decía, no hace mucho, el recientemente fallecido Krzysztof Kieslowski: No estoy seguro sobre si no es mejor sufrir que no sufrir. Pienso que a veces es mejor sufrir. Todos deberían pasar por eso. El sufrimiento es lo que constituye la naturaleza humana. Si uno tiene una vida fácil, no hay razón alguna para preocuparse.

Si estamos animados, pues, por la caridad pastoral, nuestra alma ha de llegar a ser enteramente receptiva de las preocupaciones, las angustias y las miserias de los otros. Lejos de encerrar nuestra vida interior en un oasis de indiferencia, nuestro encuentro personal con Jesús debe sensibilizarnos cada vez más para experimentar dolorosamente todo aquello que hace mal a nuestros hermanos; e, inversamente, toda esta pena experimentada en nosotros a causa del sufrimiento de nuestros hermanos debe conducirnos a comprender mejor el abismo misterioso del corazón pastoral de Jesús.

El peligro que ha de evitarse es el de llevar esta compasión a una sensibilidad malsana, replegándonos sobre este sufrimiento, o dejándonos aplastar por él. Nuestra alma ha de estar en comunión con el misterio mismo de Cristo, pues el riesgo principal de estos contactos es que ellos no repercutan en nosotros sino de un modo sensible y humano. De allí la necesidad de saber integrar todo esto en nuestra vida eucarística; sólo ella podrá elevar poco a poco a la realidad de una participación en el misterio de la Cruz de Jesús, aquellas preocupaciones, fatigas y sufrimientos que nos alcanzan nuestros contactos con los hombres²⁷: "La Eucaristía es como el lazo que une a cada uno de nosotros y a cada una de nuestras jornadas, con su lote de pobres

parse por los demás. Pienso que para preocuparse realmente de uno mismo, y sobre todo de los otros, es necesario experimentar el sufrimiento y entender lo que es sufrir, de modo que cuando lastima a otro sabe exactamente qué es lastimar (De un reportaje publicado en "Página 12", 26-5-94, p. 29). Ampliando aún más esto, afirmaba **Léon Bloy**: "El hombre posee rincones en su corazón que aún no existen, y donde el dolor entra a fin de que existan" (Citado por J.I. TELLECHEA IDÍGORAS en *Ignacio de Loyola. Solo y a pie*, Salamanca 1990, 89).
27 Cf. R. VOILLAUME, *Au coeur des masses*, París 1950, 202.

miserias y pequeños sufrimientos, con lo que sucedió en la hora del sufrimiento humano de Jesús”²⁸.

Por otra parte, la caridad pastoral implica *una cierta manera* de “estar ante el otro” y de relacionarnos con él. Por eso, aquello que Simone Weil afirma respecto de la relación con el *desdichado*, puede ayudarnos a descubrir el tipo de relación que, desde la caridad pastoral, hemos de establecer –a imagen de Cristo Pastor– con el que sufre:

Los desdichados no tienen en este mundo mayor necesidad que la presencia de alguien que les preste atención. La capacidad de prestar atención a un desdichado es cosa muy rara, muy difícil; es casi –o sin casi– un milagro. Casi todos los que creen tener esta capacidad, en realidad no la tienen. El ardor, el impulso del corazón, la piedad, no son suficientes. [...] La plenitud del amor al prójimo estriba simplemente en ser capaz de preguntar: “¿Cuál es tu tormento?”. Es saber que el desdichado existe, no como una unidad más en una serie, no como ejemplar de una categoría social que porta la etiqueta “desdichados”, sino como hombre, semejante en todo a nosotros, que fue un día golpeado y marcado con la marca inimitable de la desdicha. Para ello es suficiente, pero indispensable, saber dirigirle una cierta mirada. Esta mirada es, ante todo, atenta; una mirada en la que el alma se vacía de todo contenido propio para recibir al ser al que está mirando tal cual es, en toda su verdad. Sólo es capaz de ello quien es capaz de atención”²⁹.

28 ID., *L'Eucharistie et le prêtre dans les Fraternités*, en *Lettres aux Fraternités*, I, París 1960, 63.

29 S. WEIL, *A la espera de Dios*, Madrid 1993, 72-73.

4.2.5. Caridad pastoral y amor misericordioso por los pecadores: El sacerdote está llamado a ser “testigo de la misericordia de Dios por los pecadores” (PDV 26). Se espera de él, que sepa “inclinarse ante los pecadores, ante los marginados de cualquier clase, según el modelo ofrecido por Jesús en su ministerio profético y sacerdotal” (PDV 30)³⁰. Esto implica, por tanto, un modo de “mirar” al pecador o, mejor, de hacerle sentirse mirado, que se comunica antes con el trato que con las palabras. En este sentido, hay “una serie de cualidades del amor de Jesús como Buen Pastor, tales como el respeto, la humildad, la paciencia y la misericordia por los pecadores, que ninguna enseñanza por medio de la palabra podría expresar ni transmitir plenamente”³¹. Por eso Jesús no se contentó con instruirnos con enseñanzas orales. El juzgó necesario manifestarnos los sentimientos de su corazón y ciertas actitudes del amor misericordioso de Dios, a través de su propia manera de vivir, y en su forma de tratar al pecador (cf. Mc 2,17; Mt 11,19; Jn 8,1-11). Se trata, en nuestro caso, de afirmar la insolidaridad con el pecado, mostrándose solidario con el pecador, es decir, como aquel que “puede comprender a los extraviados y a los ignorantes, porque él mismo está envuelto en debilidades” (Hb 5,2).

Por estar llamado el pastor a ser el hombre de la caridad, es necesario “que él mismo se deje educar continuamente por el Espíritu en la caridad del Señor. En este sentido, la preparación al sacerdocio tiene que in-

30 Se trata de entender que “el pecador ocupa el centro mismo de la cristiandad... Nadie es más competente que él en materia de cristianismo. Nadie, salvo el santo” (Ch. PÉGUÉ: Epígrafe puesto por G. GREENE al comienzo de *El revés de la trama*, Barcelona 1985, 9).

31 R. Voillaume, *Règle de vie des Petits Frères de Jésus*, ed. policopiada, s.l. 1962, 24.

cluir una seria formación de la caridad, en particular del amor preferencial por los 'pobres', en los cuales, mediante la fe, descubre la presencia de Jesús (cf. Mt 25, 40) y al amor misericordioso por los pecadores (PDV, 49).

4.3. *La vida espiritual en el ejercicio del ministerio*

En Cristo, porque "la consagración es para la misión" (PDV 24), una y otra se encuentran bajo el signo del Espíritu y bajo su influjo santificador. Así también en sus discípulos: los presbíteros reciben el Espíritu "como don y llamada a la santificación en el cumplimiento de la misión y a través de ella" (*ibid.*). Existe por ello una relación íntima entre la vida espiritual del presbítero y el ejercicio de su ministerio, porque éste "expresa y revive su caridad pastoral" (*ibid.*).

4.3.1. Ungidos y enviados para anunciar a todos los hombres el Evangelio del Reino, los sacerdotes somos, ante todo, *ministros de la palabra*. Esto exigirá siempre de nosotros una doble fidelidad (cf. EN 4): por una parte, estamos llamados a preservar el mensaje intacto y vivo, distinguiendo en su presentación lo esencial de lo mudable, para poder discernir lo que ha de ser cambiado, en orden a que permanezca en su frescura y autenticidad lo perenne del mismo. Pero evangelizar exige más que esto, ya que hemos recibido el mensaje en orden a *transmitirlo*; por lo que uno ha de procurar también la fidelidad a las personas que son sus destinatarios: atender a su situación, a sus búsquedas, a sus necesidades, a su cultura, a su lenguaje –en el sentido más hondo del término–. Pues Dios ha hablado a los hombres *para ser escuchado*. Así, quien quiera ser fiel al mensaje, deberá ser fiel a los hombres, pues aquél nos es dado *para ser transmitido*. Y quien quiera ser fiel a los

hombres, deberá ser fiel al mensaje: ellos *tienen derecho* a escuchar lo que Dios quiere decirles³². De aquí que la Exhortación postsinodal recuerde al sacerdote que

las palabras de su ministerio no son "suyas", sino de Aquél que lo ha enviado. Él no es el dueño de esta Palabra: es su servidor. Él no es el único poseedor de esta Palabra: es deudor ante el Pueblo de Dios (PDV 26).

Este ministerio supondrá en el sacerdote una gran familiaridad con la Palabra de Dios, en orden a que acercándose a ella con corazón orante y disponible, "penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: 'la mente de Cristo' (1 Cor 2,16), de modo que sus palabras, sus opciones y sus actitudes sean cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del Evangelio" (PDV, 26). "Alcánzanos del Padre celestial –reza Juan Pablo II– los guías espirituales que necesitan nuestras comunidades: verdaderos sacerdotes del Dios vivo que, *iluminados por tu palabra, sepan hablar de tí y enseñar a hablar contigo*"³³.

La oración del sacerdote tiene ciertos rasgos que le son propios, tanto por la peculiar situación existencial a la

32 *El hombre actual es, pues, la meta de la predicación del evangelio, pero no es su medida. El Evangelio, por el contrario, tiene 'algo' que decirle, y algo ciertamente decisivo, único, insustituible e insuperable; tiene su contenido previo en Jesucristo. Por tanto no nos es permitido ir recorriendo el mensaje de Jesucristo a la medida de lo actualmente plausible; debemos más bien hacer saltar en pedazos las habituales plausibilidades, por el bien del hombre, en pos de una mayor esperanza, una mayor realización y una mayor alegría del hombre (W. KASPER, o.c., 107-108); Cf. PABLO VI, Evangelii Nuntiandi, n. 4.*

33 JUAN PABLO II, *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones* (1996), "L'Osservatore Romano" ed.cast. 27 (1995), p. 686. El subrayado es nuestro.

que es introducido por el ministerio, como por las condiciones concretas en las que habitualmente tiene lugar su vida de oración.

Por una parte, la oración del sacerdote suele estar *atravesada* por la vida que le da marco. Esto afecta la oración misma "desde dentro", confiriéndole una manera propia, a partir no sólo del *ser* sacerdotal, sino de la "huella" dejada en el alma por *el ejercicio del ministerio*, esto es, por el trato con la gente, por los dolores que van produciendo en nuestro corazón las heridas de los otros, por tantas miradas en busca de descanso, por los sentimientos que van anudando la historia de los demás a la nuestra propia, haciendo que desde allí, *desde todo eso* miremos a Dios en nuestra oración; desde un corazón que lleva en sí la vida de muchos otros. Vamos a la oración sintiendo –si no es osado decirlo así– *nuestros miembros...* (cf. 1 Co 12, 27). ¿Acaso el tiempo no va haciendo que –a imagen de la experiencia que Cristo, por su encarnación, tiene en relación con la Iglesia– uno vaya sintiendo a la comunidad como "hueso de sus huesos y carne de su carne"? (cf. Gn 2,23). Del mismo modo que uno lleva a la oración su cuerpo, sin tener por ello, necesariamente, consciencia actual al respecto, así también podríamos decir que uno va a la oración *con sus miembros*, aunque no piense ni repare en ello.

En muchas oportunidades, además, nuestra oración de pastores recibirá la marca de situaciones o experiencias por las que estamos atravesando junto a nuestra comunidad: bajo circunstancias de particular fecundidad y gozo que nos alegramos de compartir con el Señor ("... movido por el Espíritu, se estremeció de alegría y dijo: Te alabo, Padre..." Lc 10,21), cuando aparecen momentos de cruz que es preciso saber sobrellevar ("Hijos míos, por quienes estoy sufriendo

nuevamente los dolores del parto..." Ga 4,19), o momentos de oscuridad en los que estamos invadidos por la perplejidad ("no se haga mi voluntad..." Mt 26,40) o nos sentimos consolados por la certeza de la cercanía del Padre ("El que me envió está conmigo y no me ha dejado solo..." Jn 8,29); también cuando sólo nos es clara nuestra impotencia ("El mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque no sabemos orar como es debido; pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables" Rm 8,26).

Por otra parte, la vida de oración de un sacerdote no cuenta con la estructura y ritmo de la vida del monje, donde la posibilidad de disponer siempre del tiempo necesario para rezar está asegurada y protegida por un ordenamiento de horarios inamovibles. En la agitación propia del ministerio sacerdotal, el equilibrio de la vida espiritual se alcanza más bien de modo *dinámico*: no es el equilibrio de quien se ha situado sobre una roca, sino más bien del que camina o está de pie sobre una barca: allí el equilibrio ha de estar conquistándose constantemente... Así también, en la vida espiritual del presbítero, el equilibrio no es algo que se encuentre *dado* por el ritmo de vida al que su ministerio le obliga, sino algo que habrá de ser *conquistado* una y otra vez, de manera renovada.

En este sentido, la vida del Seminario, puede dar lugar a un cierto engaño. Porque en cuanto a las facilidades que ofrece para la oración, se parece más a la vida del monasterio que a la vida sacerdotal. Por eso, no obstante el valor de iniciación que la estructura del Seminario tiene para la vida espiritual de los seminaristas, no será allí donde en definitiva *fragüe* su vida de oración, sino más bien *fuera de él*, esto es, durante las vacaciones, las experiencias de misión, las prácticas pastorales del fin de semana, en la visita a sus fami-

lias, y, muy particularmente –donde existe–, en la experiencia de un año en parroquia. Allí se verá si, con realismo, encontrando dificultades similares a las que habrá de enfrentar en el futuro ministerio, el seminarista madura su perseverancia en la búsqueda de Dios. Porque, como reflexionaba un joven sacerdote,

del Seminario, estructura relativamente organizada, fuimos los presbíteros lanzados al ministerio [...] y tuvimos que habérnosla de repente con nuestra propia libertad. La estructuración de la mayor parte de nuestro día y de nuestra vida pasó a depender casi exclusivamente de nosotros mismos y del peso de nuestra conciencia frente a Dios³⁴.

Por todo ello, podemos decir que el Seminario, en este sentido, es *un buen vivero*: toca allí ir desarrollando las raíces; pero la verdad se pondrá de manifiesto cuando el árbol, fuera de él, quede a la intemperie, sin nada que lo proteja ya.

4.3.2. “Es sobre todo en *la celebración de los Sacramentos*, y en la celebración de la Liturgia de las Horas, donde el sacerdote está llamado a vivir y testimoniar la unidad profunda entre el ejercicio de su ministerio y su vida espiritual” (PDV 26).

Podemos observar, sin embargo, que en la vida y el ministerio de los presbíteros, existe a menudo el riesgo de vivir la Liturgia como *algo que se hace* y no tanto como algo que se *celebra*, y donde se *hace* y alimenta *la propia vida...*

34 SALVO, A., “Afectividad y disciplina espiritual”, en Pastores, 1 (1994) n° 1, 11.

Se trata entonces de descubrir la Liturgia como "lugar espiritual" de la vida sacerdotal (en un sentido análogo al del "lugar teológico", es decir, donde se *hace* la vida espiritual). Para ello es necesaria una iniciación tal a la vida litúrgica, que permita a los futuros sacerdotes "una inserción vital en el misterio pascual de Jesucristo muerto y resucitado, presente y operante en los sacramentos de la Iglesia" (PDV 48a).

Si bien la vida litúrgica "tiene su momento culminante en las celebraciones, [...] *se prepara* por la formación, iniciación e interiorización previa y *se amplía* en la profundización y desarrollo posterior a la celebración"³⁵.

El lugar verdaderamente central, tanto del ministerio como de la vida espiritual del sacerdote, es *la Eucaristía* (cf. PDV 26). Mediante la ordenación, "nosotros estamos unidos de manera singular y excepcional a la Eucaristía. Somos, en cierto sentido, 'por ella' y 'para ella'"³⁶. Y para que nuestro sacerdocio sea creíble, es preciso que entremos con nuestra vida en el camino de la Eucaristía que celebramos: darse en sacrificio por los demás, para el perdón de sus pecados, como alimento de vida nueva.

Jesucristo se presentó a los suyos como Vida. Él vino a *dar vida*, para que la tuviéramos en abundancia (cf. Jn 10,10). Lo que los suyos no pudieron prever fue que para que esto sucediera él debía *dar la vida*. En la Eucaristía se reflejan (y realizan) perfectamente estas dos

35 GONZÁLEZ CONGIL, R., "La vida y la formación litúrgica de los candidatos al sacerdocio", en *Seminarios*, 39 (1993), 436.

36 Juan Pablo II, *Carta a todos los obispos de la Iglesia sobre el misterio y el culto de la Eucaristía*, (1980), 2c.

dimensiones: Allí Cristo nos revela que, al dar la vida *por* nosotros, él nos da la vida *a* nosotros. Este doble aspecto de sacrificio y comida que el misterio eucarístico extrae del misterio de Cristo, está llamado a reflejarse (y realizarse), también, en nuestra vida sacerdotal. Dar la vida ("me gastaré y me desgastaré..." 2 Co 12,15) para que los hombres tengan Vida. Sólo así llegaremos a ser, también, *sacramento*. Es la cruz la única levadura capaz de hacernos alimento (pan) para la vida de nuestros hermanos. Quizá por ello Jesús no se dio a sí mismo como alimento, sino entrando ya en el drama de su Pasión ("Sabido Jesús que le había llegado la hora..." Jn 13,1).

Vivir *una vida eucarística* conduce, pues, a ser configurado a Cristo tal como se nos manifiesta en dicho misterio, participando de su oblación al Padre y de su ofrecimiento a los hombres como pan *nuevo*. "Cuando el presbítero se abre a los demás con comprensión y misericordia, evitando las tentaciones de la insensibilidad y la indiferencia, verifica en su propia humanidad el misterio de Cristo que es *sacerdote y víctima* a la vez. Sólo una personalidad dura o endurecida, impermeable por la autodefensa y la negación de su inseguridad, cree que puede salir ileso de tal embate cotidiano. [...] El mismo deterioro humano del sacerdote expresa el peso de quien soporta muchas vidas y contiene muchos corazones. Su mismo llanto –normalmente solitario– expresa la impotencia del hombre que debe representar al Todopoderoso en la paradoja de la debilidad. La sicología aparentemente floja de muchos es el precio de un ministerio más solidario con un pueblo sufriente, que supera la lejanía y la frialdad para compartir con cercanía y calidez. No se trata de pasar de un hombre seguro e intocable a otro perplejo y frágil sino del misterio de un ser que, siendo débil, sea capaz de fortalecer, y siendo pecador, sea capaz de perdonar,

por el poder de Cristo. Esta experiencia permanente de todo presbítero es y debe ser fuente de espiritualidad. La cruz sacerdotal contiene y sintetiza miles de cruces, llevando a participar del misterio cristológico de la *sustitución*. [...] En la Eucaristía el ministro celebra el sacrificio de Cristo incorporando la historia crucificada del Pueblo de Dios. Al decir en primera persona la palabra sacramental: *Esto es mi Cuerpo* sabe –saborea y sufre– que de un modo u otro va a expresar en su propia humanidad doliente tanto dolor visto y tanto pecado escuchado. [...] Al presbítero le corresponde de un modo peculiar actualizar la Eucaristía colaborando en la salvación no sólo con palabras y obras, sino también bebiendo el cáliz del propio sufrimiento y dándose como pan a ser comido por su pueblo”³⁷.

Quedan así expresados los rasgos sacerdotales de *una existencia eucarística* en la que todos los presbíteros estamos ineludiblemente llamados a madurar a lo largo de nuestra vida sacerdotal. Pero ésta comienza a prepararse y, de algún modo, a vivirse, ya en el Seminario. Por eso el Papa, al referirse a la Eucaristía, señala “con gran sencillez y buscando la máxima concreción”, que

es necesario que los seminaristas participen diariamente en la celebración eucarística, de forma que luego tomen como regla de su vida sacerdotal la celebración diaria. Además –dice–, han de ser educados a considerar la celebración eucarística como el momento esencial de su jornada, al que participarán activamente, sin contentarse nunca con una asistencia meramente habitual (PDV, 48).

37 Galli, C., “Hacia un nuevo humanismo sacerdotal (I)”, en *Criterio*, 62 (1990) n° 2049, 230-231.

Por último, conviene recordar el lugar que le cabe al *sacramento de la reconciliación* en la vida espiritual del presbítero. Tanto cuando lo administra como cuando recurre a él para celebrarlo como penitente.

En el primer caso, nos recuerda Juan Pablo II que "el ministerio de la reconciliación es sin duda el más difícil y el más delicado, el más agotador y el más exigente, sobre todo cuando los sacerdotes son pocos"³⁸. Pero —añade— "estad siempre seguros, queridos hermanos sacerdotes, que el ministerio de la misericordia es uno de los más hermosos y consoladores"³⁹. "Conozco vuestras dificultades; tenéis que cumplir muchas tareas pastorales y os falta siempre el tiempo. Pero cada cristiano tiene un derecho, sí, un derecho al encuentro personal con Cristo crucificado que perdona. Y como he dicho en mi primera encíclica, "es al mismo tiempo un derecho de Cristo mismo hacia cada hombre redimido por Él" (*Redemptor hominis*, 20)"⁴⁰. Difícilmente podríamos, por lo demás, predicar con coherencia el Evangelio de la misericordia, si no estamos disponibles para administrarla en el sacramento.

En cuanto a la confesión personal del sacerdote, dice el Papa:

La vida espiritual y pastoral del sacerdote, como la de sus hermanos laicos y religiosos, depende, para su calidad y fervor, de la asidua y consciente práctica personal del Sacramento de la Penitencia. [...] Toda la existencia sacerdotal sufre un inevitable decaimiento, si

38 JUAN PABLO II, "Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo de 1986", n.7, en *L'Osservatore Romano*, 18 (1986), p. 172.

39 *Ibid.*

40 JUAN PABLO II, "Discurso a los sacerdotes y religiosos" (Kinshasa, 4-5-80), n.6, en *L'Osservatore Romano*, 12 (1980), p.261.

*le falta, por negligencia o cualquier otro motivo, el recurso periódico e inspirado en una auténtica fe y devoción al Sacramento de la Penitencia. En un sacerdote que no se confesase o se confesase mal, su ser como sacerdote y su ministerio se resentirían muy pronto, y se daría cuenta también la Comunidad de la que es Pastor*⁴¹.

Por eso el Papa invita a redescubrir, en la formación espiritual de los seminaristas, *la belleza y la alegría del Sacramento de la Penitencia*, en medio de una cultura "en la que, con nuevas y sutiles formas de autojustificación, se corre el riesgo de perder el 'sentido del pecado' y, en consecuencia, la alegría consoladora del perdón y del encuentro con Dios 'rico en misericordia'" (PDV 48).

Unido a esto, es preciso redescubrir el significado de la ascesis, de la disciplina interior, del espíritu de sacrificio y de renuncia, y de la aceptación de la fatiga y de la cruz, que "con frecuencia se presentan particularmente difíciles para muchos candidatos al sacerdocio [...] dentro de la actual cultura imbuida de secularismo, codicia y hedonismo" (*ibid.*): La madurez afectiva supone no sólo el desarrollo armónico del "concupiscible" sino también del "irascible". En los muchachos de hoy no es difícil encontrar una *atrofia de la agresividad*, entendida como capacidad para enfrentar lo arduo, para resistir frente a lo adverso, para asumir la renuncia y el sacrificio; esto, propiciado por esa cultura consumista a la que el Papa alude, que invita a evitar todo lo que resulte incómodo, exigente, sacrificado. Todo lo que no lleve, de manera actual, a *sentirse bien*. Pero todo amor bien vivido requiere un desarrollo im-

41. JUAN PABLO II, *Reconciliatio et paenitentia*, 31.

portante del irascible, pide un compromiso de la agresividad en favor de aquello que se ama.

Me pregunto cuántas crisis sacerdotales no tienen quizá su origen más en la falta de agresividad que en problemas afectivo-sexuales –que a veces no son sino derivados de aquélla–...

Optatam Totius pide que los seminaristas se habitúen “a dominar bien el propio carácter”, y que se formen “en la reciedumbre de espíritu” (n. 11). Pues bien, hay jóvenes que no son constantes, perseverantes, que carecen de fortaleza, quizá *porque nadie les ayudó a desarrollar la agresividad*. Y la vida sacerdotal les pedirá fortaleza: estar al frente de una comunidad exige reciedumbre, capacidad para afrontar las cosas, para resistir los temporales, para sobrellevar los malos momentos, en orden a no *quebrarse*⁴². Es sumamente im-

42 Es muy rica la descripción que Segundo Galilea realiza sobre la tentación de *falta de reciedumbre* que a menudo asalta la vida del apóstol “diríamos, del pastor”. Comienza describiendo la carencia de reciedumbre física: *Blandura y comodidad en la comida: uno se pone exigente en la calidad y cantidad; en el horario; se apega a ciertos hábitos; uno se hace incapaz de dar un sentido evangélico a comer poco o nada cuando lo requiere el servicio pastoral. Lo mismo sucede con el sueño y el descanso, que el mismo servicio pide a menudo sacrificar. Se convierte en dificultad habitual viajar en medios pobres, a pie, en transporte colectivo. Se busca sistemáticamente lo más rápido y cómodo, con la excusa de la eficacia apostólica, sin discernir, pues la excusa en muchos casos puede ser válida. El cuidado excesivo de la salud, y el adoptar todas las formas de prevención a que recurren los más privilegiados, puede agudizar esta falta de austeridad y reciedumbre. [...] La tentación afecta igualmente a la reciedumbre psicológica, tanto o más necesaria que la anterior para el verdadero apóstol. En este campo, hay que educarse en un alto grado de resistencia psicológica, lo cual no excluye ser emocionalmente vulnerable como todo ser humano normal. La reciedumbre consiste en asimilar los golpes psicológicos sin desanimarse ni menos quebrarse. Esa debe ser la actitud ante las críticas injustas o parcia-*

portante el desafío que la formación ha de enfrentar, en este sentido, en nuestros días.

4.3.3. El sacerdote está llamado, finalmente, a *ser pastor*. Esto significa revivir la autoridad y el servicio de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, animando, acompañando y guiando la comunidad eclesial. Se trata de "una misión muy delicada y compleja, que incluye, además de la atención a cada una de las personas y a las diversas vocaciones, la capacidad de coordinar todos los dones y carismas que el Espíritu suscita en la comunidad, examinándolos y valorándolos para la edificación de la Iglesia, siempre en unión con los Obispos. Se trata de un ministerio que pide al sacerdote una vida espiritual intensa, rica de aquellas cualidades y virtudes que son típicas de la persona que preside y 'guía' una comunidad; del 'anciano' en el sentido más noble y rico de la palabra" (PDV 26)⁴³.

Podríamos señalar un rasgo específico de la vida y espiritualidad del sacerdote diocesano secular, en el hecho de contribuir de manera peculiar al desarrollo

les, ante las calumnias, las acusaciones... Y por supuesto ante las persecuciones y diversas formas de sufrimiento, que pueden llegar al martirio, a causa del Reino. La aspiración de muchos apóstoles a la última bienaventuranza, "bienaventurados los perseguidos por mi causa y la justicia del Reino", no se improvisa, y es vana si no se prepara y acompaña con la aceptación de las pruebas y crisis psicológicas con reciedumbre evangélica (GALILEA, S., Tentación y discernimiento, Madrid 1991, 61-62).

43 *En él se esperan ver virtudes como la fidelidad, la coherencia, la sabiduría, la acogida de todos, la afabilidad, la firmeza doctrinal en las cosas esenciales. La libertad sobre los puntos de vista subjetivos, el desprendimiento personal, la paciencia, el gusto por el esfuerzo diario, la confianza en la acción escondida de la gracia que se manifiesta en los sencillos y en los pobres (cf. Tit 1, 7-8) (PDV 26). Cf. PO 13.*

de la evangelización no tanto al llevar adelante una *pastoral de grupos* (como es más frecuente entre los religiosos o en los sacerdotes de los movimientos) sino siendo un *pastor de comunidad*.

Esto significa, en su quehacer pastoral, estar siempre *asomado* –por encima de cada grupo o persona– a la vida de la comunidad, para velar por ella y vivir para ella. Como una madre que, a la vez que conoce y atiende a lo que cada hijo vive, *piensa la familia*, percibe su pulso, lo que se vive entre todos, reparando en *el aire que se respira*, auscultando, promoviendo y preservando esa suerte de espacio espiritual que define, por encima de los lazos de sangre, la vida familiar. Se trata, entonces, a su imagen, de que el cura diocesano sepa *pensar la comunidad*: cómo está, qué momento está atravesando, hacia dónde va, de qué modo contenerla, qué es oportuno predicar, por qué inmadureces evangélicas o flaquezas está pasando, etc. De todo esto, San Pablo nos deja testimonios preciosos, conmovedores, luminosos. ¡Qué bien está expresada en Pablo la peculiar *psicología de pastor* del cura diocesano! Uno se imagina su vida *pensando* cada comunidad, la de Corinto, la de Éfeso, la de Tesalónica, etc., lo cual puede verse en cada una de sus cartas: consideremos que él quería presentarles a todos, sin distinción, *la misma Buena Noticia* y, sin embargo, ¡a cada comunidad le escribe cosas distintas...! Junto a contenidos comunes –imprescindibles para que todos recibieran la misma fe–, hay un sinnúmero de recomendaciones que señalan que, al escribirles, *se situaba* en cada comunidad, para decirle *lo que cada una necesitaba recibir* y no lo último que él estaba entusiasmado en comunicar. Así debiéramos preparar nuestras predicaciones...

Esta actitud o, mejor, esta “psicología” es determinante en nuestro ministerio, porque señala sobre quién está

centrada y orientada nuestra acción pastoral: si sobre nosotros mismos o sobre la comunidad, si sobre nuestras propias necesidades (o las de *algunos*) o sobre las de la comunidad en su conjunto, pensada y amada como *nuestra esposa*.

En Pablo, por otra parte, se ve claro que la vida pastoral entendida o vivida como un *hacer cosas*, es muy distinta de cuando la experimentamos como un *llevar en uno* la vida de la gente (a modo de "cuerpo místico" del que nosotros somos la "cabeza"), resonando en nosotros todo lo bueno, lo malo, lo gozoso y lo doloroso, la gracia y el pecado de su existencia cotidiana. Acompañando para iluminar desde la fe, para com-padecer, para com-partir y con-vivir. El testimonio de Pablo, en este sentido, dista mucho de un mero *ir a hacer*, en el que *la vida* de uno pasara por un lado, y la "actividad pastoral" o *función* por otro.

Cabe agregar, finalmente, que el vivir entre la gente incluso físicamente, a través de una inserción real y efectiva, pareciera que realiza más perfectamente —si consideramos lo que contiene esta imagen— nuestra vocación de *pastores*.

Hay que evitar pensar, por todo lo expuesto, que mientras ejercemos el ministerio vivimos como de algo adquirido fuera de él, consumiendo energías espirituales almacenadas durante nuestros momentos de recogimiento y soledad. Este concepto responde a una visión reduccionista de la vida espiritual que es necesario superar. Si no, correríamos el riesgo de acabar pensando que ella se constituye exclusivamente sobre las "huídas" a la soledad —por lo demás, siempre necesarias—.

Vemos, por el contrario, cómo *la vida espiritual* del sacerdote no encuentra su fuente al margen de su fatiga

pastoral sino que, por el contrario, se va vertebrando y ha de madurar en contacto y a través del ejercicio mismo de su *ministerio*.

4.4. *Existencia sacerdotal y radicalismo evangélico*

Si para todos los cristianos el radicalismo evangélico es una exigencia irrenunciable que brota de la llamada de Cristo a seguirlo, el sacerdote ha de vivir esa expresión privilegiada del radicalismo que son los consejos de obediencia, castidad y pobreza, según el estilo y el significado original que nacen de su identidad propia y que la caridad pastoral expresa (cf. PDV 27).

4.4.1. "Entre las virtudes que mayormente se requieren para el ministerio de los presbíteros hay que contar aquella disposición de ánimo por la que están siempre prontos a buscar no su propia voluntad, sino la voluntad de Aquel que los ha enviado" (PO 15). Según PDV, *la obediencia* presenta, en la vida espiritual del sacerdote, ciertas características particulares: es "apostólica" –por ser relativa al Sumo Pontífice, al Colegio Episcopal, y particularmente al Obispo diocesano–, "comunitaria" –por ser relativa a la comunión con el presbiterio–, y posee "carácter de pastoralidad" –por ser relativa a la disponibilidad frente a las necesidades de la grey–. La dimensión *apostólica* de la obediencia nace "de la libertad responsable del presbítero que acoge no sólo las exigencias de una vida eclesial orgánica y organizada, sino también aquella gracia de discernimiento y de responsabilidad en las decisiones eclesiales, que Jesús ha garantizado a sus apóstoles y a sus sucesores, para que sea guardado fielmente el misterio de la Iglesia..." (PDV, 27). La dimensión *comunitaria* exige del sacerdote "una gran ascesis, tanto en el senti-

do de capacidad a no dejarse atar demasiado a las propias preferencias o a los propios puntos de vista, como en el sentido de permitir a los hermanos que puedan desarrollar sus talentos y sus aptitudes, más allá de todo celo, envidia o rivalidad" (*ibid.*). Y el carácter de *pastoralidad* de la obediencia se vive en un clima de constante disponibilidad a dejarse absorber, y casi "devorar", por las necesidades y exigencias de la grey" (*ibid.*).

Quisiera decir que echo de menos, en PDV, algún tipo de referencia al *diálogo*. En este sentido, el Vaticano II (cf. PO 15) era más explícito. Y el ejercicio de la obediencia que no está acompañado por el diálogo, fácilmente deriva hacia el servilismo –cosa que el Papa expresamente señala como riesgo–, o hacia la doblez. Se trata de entender el diálogo no como algo opuesto a la obediencia sino al servicio de la misma: al servicio de que tanto quien ejerce la autoridad como quien es destinatario de ella puedan ayudarse mutuamente a encontrar los caminos de Dios y a obedecer su voluntad. La autosuficiencia, tanto de un lado como del otro, puede hacer estéril el servicio que el diálogo está llamado a ofrecer a la obediencia, llevándonos a pensar que ésta es incompatible con aquél, o viceversa. Al respecto, es importante lo que el Cardenal Pío Laghi, expresaba a los obispos encargados de Seminarios y Vocaciones del CELAM, en Bogotá, a fines de 1992, al señalar que

la propuesta del diálogo formadores-formandos por la cercanía mutua y el acompañamiento fraternal y amistoso pone la base segura para una espiritualidad de una obediencia que sea activa y entregada, y para un arte del mando que sea respetuoso de los valores profundos de la persona y contemporáneamente de las inderogables exigencias de la disciplina. Por eso, la pedagogía de la obediencia de hoy varía considerable-

mente de la del pasado que era simple y marcada imposición autoritaria; y se fundamenta en el diálogo respetuoso y motivador, pero presupone la sincera voluntad en el formando de hacer la voluntad de Dios tal cual se manifiesta en el mandato de la legítima autoridad, sin desconfianzas y sin el horizontalismo que sugiere la mera racionalidad⁴⁴.

Es importante hacer notar que –como lo señalaba el card. Garrone, siendo Prefecto de la Congregación para la Educación Católica–

han podido producirse confusiones y contaminaciones, y por ello la obediencia en los Seminarios ha tomado algunas de las características de la obediencia propiamente “religiosa”, con sus exigencias específicas, pero sin los medios sobrenaturales correspondientes, y de ahí el malestar y las dificultades innecesarias⁴⁵.

De aquí que Garrone, en busca de clarificar los principios fundamentales sobre los que se apoya una doctrina de la obediencia, afirme:

1º) No hay obediencia posible si no dice relación a Dios: toda obediencia, si es cristiana, ha de dirigirse finalmente a Dios y a su voluntad. “Esta es la razón de por qué se encuentra en el Evangelio y en la vida de los Santos, cargada de un extraordinario potencial espiritual. [...] En la medida en que tal obediencia es real, tiene el gusto de Dios, da el gusto de Dios y, creciendo en profundidad, profundiza en ese mismo gusto divi-

44 Boletín OSLAM, dic. 1992, 8-9. Cuando en el texto original aparece la palabra *súbdito*, nos hemos tomado la libertad de cambiarla por *formando*.

45 GARRONE, G.M., o.c., 47.

no"⁴⁶. 2º) "No existe autoridad alguna sino en dependencia de Dios. Solamente Dios puede exigir la obediencia a una conciencia humana. Nadie tiene derecho sobre la conciencia de otro. [...] Jamás estamos subordinados a otra persona, sino solamente a Dios a través de otro. Si el que ejerce la autoridad no tiene conciencia de esto, falsifica todo". Con todo, "afirmar que en último término es a Dios a quien se obedece, no quiere decir que se esté dispensado de obedecer a aquellos puestos por él para hablarnos en su nombre, pero, sobre todo y ante todo, éstos deben saber que están encargados de unir las almas a Dios y no de separarlas de Él". En este sentido, "el que no siente la dependencia de Dios en la autoridad que ejerce, es incapaz de ejercerla. Y, ciertamente, es más difícil obedecer a través del ejercicio del mandato que someterse al mandato, pues los peligros interiores acechan más en el primer caso. El que obedece debe caer en la cuenta de que el que manda obedece más que él"⁴⁷. 3º) La autoridad no existe sino en la medida en que Dios organiza a los hombres entre sí, y "quiere pasar a través de unos lo que debe llegar a los otros". Cuando los que detentan autoridad se preguntan qué es lo que Dios quiere de la comunidad a ellos encomendada, entonces empiezan a ver claro y a comprender lo que deben exigir a los otros. La norma de la autoridad es el deseo de buscar el bien común y el de conseguir que sea buscado por todos. Cuando la autoridad intenta exigir algo que no es el bien común, se convierte en abuso de poder. Por eso, es necesario que este bien común se exprese claramente y por encima de toda discusión: entonces la autoridad recobra todo su sentido y descubre su verdad y su única razón de ser"⁴⁸. 4º) La obediencia debe ser hu-

46 *Ibid.*, 51.

47 *Ibid.*, 52-53.

48 *Ibid.*, 53.

mana. La voluntad que tiene que responder al querer de Dios es una voluntad de hombre. Por consiguiente, una voluntad con toda la lucidez que supone un acto voluntario iluminado por la inteligencia. Se llega a proponer la obediencia "ciega" como un ápice de la perfección. Habría que decir, por el contrario, que aquí hay, de alguna manera, una contradicción. Esto va contra el honor de Dios que no ha creado a los hombres racionales para que después obedezcan como irracionales. Es necesario que el superior sea capaz, en la medida de lo posible, de decir el porqué de lo que manda. Y, en todo caso, al menos siempre será necesario que él lo sepa perfectamente y que permita a los otros discernirlo, de manera que, si no da sus razones, los demás estén bien seguros de que las tiene, y seguros igualmente de la finalidad que las inspira"⁴⁹.

Ejercer bien la autoridad es, indudablemente, un difícil arte, y no debemos pensar que lo poseemos, sin más, por el solo hecho de ver claro las deficiencias que otros tienen a la hora de mandar.. Hay que pedir la gracia de *aprender a hacerlo*, antes de dar por descontado que –sea en la formación o en el ejercicio parroquial del ministerio– lo hacemos bien.

La obediencia, por su parte, siempre ha sido difícil, y lo seguirá siendo (cf. Hb 5,8). En la obediencia "probamos todo aquello que nuestra humanidad presenta de ingrato y doloroso. Pero es, al mismo tiempo, el punto donde se opera más profunda y realmente nuestro encuentro con Dios. El que se esfuerza en practicar esta virtud, obedeciendo a un humilde intermediario, llega a Dios. Y esto hace patente, por otra parte, la responsabilidad de esos intermediarios: deben dejar al descu-

49 Ibid., 53-54.

bierto el manantial, y no utilizarle para su propio provecho, reduciendo así la obediencia a lo que tiene de doloroso, y privando a los demás de gustar ese manantial”⁵⁰.

4.4.2. Reafirma el Papa, en PDV “la decisión multiseccular que la Iglesia de Occidente tomó y sigue manteniendo –a pesar de todas las dificultades y objeciones surgidas a través de los siglos–, de conferir el orden presbiteral sólo a hombres que den pruebas de ser llamados por Dios al don de la castidad en *el celibato absoluto y perpetuo*” (PDV 29). Por eso ha de dedicarse “una atención particular a preparar al futuro sacerdote para conocer, *estimar, amar y vivir el celibato en su verdadera naturaleza*” (PDV 50). Y no ha de ser considerado simplemente como “una norma jurídica, ni como una condición totalmente extrínseca para ser admitidos a la ordenación, sino como un valor profundamente ligado con la sagrada Ordenación, que configura a Jesucristo buen Pastor y Esposo de la Iglesia” (*ibid.*). Afirma igualmente que “este carisma del Espíritu lleva consigo también la gracia para que el que lo recibe permanezca fiel durante toda su vida” (*ibid.*), recordándonos que “será la oración, unida a los sacramentos de la Iglesia y al esfuerzo ascético, los que infundan esperanza en las dificultades, perdón en las faltas, confianza y ánimo en el volver a comenzar” (n. 29).

A la luz de lo que PDV pretende, habrá que preguntarse si en los Seminarios acompañamos adecuadamente la formación en el celibato. Pues para ser bien vivido, éste supone toda una elaboración a lo largo del proceso formativo, es decir, un “aprender a vivir como célibe” –lo cual no ha de ser confundido sin más con el

50 *Ibid.*, 51-52.

hecho de ser casto, pues si bien el celibato supone castidad, no necesariamente la castidad asegura el saber vivir como célibe por el Reino-. El Seminario puede terminar dejando claro lo que uno *no* debe hacer -aspecto de la continencia-, pero no tanto cómo tiene uno que ir madurando el celibato para *vivirlo bien* -esto es, con alegría, sin *acidez*, de modo viril pero sin misoginias ni machismo, permitiéndonos delicadezas pero sin afectación ni amaneramientos, sin solterías ni búsqueda de compensaciones económicas, sin ensimismamientos ni egocentrismos, sabiendo amar y dejarse amar, etc.-. Y esto supone todo un proceso de elaboración afectiva e integración espiritual que es preciso saber acompañar. Porque un muchacho puede ya ser casto al ingresar al Seminario, pero tiene que *hacerse* célibe, siendo la maduración en el celibato una dimensión integrante de su maduración vocacional. Y aquello en vistas de lo cual esta maduración ha de realizarse, no es otra cosa que la caridad pastoral.

Por lo pronto, hay que aprender a *querer bien* a la mujer. Sobre todo si caemos en la cuenta de que la mayor parte de nuestro ministerio se desarrolla entre mujeres. Es preciso aprender a *caminar junto a la mujer* sin llevar a una reducción erótica nuestras relaciones con ella. Esto último se pone de manifiesto en la visión y abordaje *genitalizados* del otro (que dispone por igual a un juego de conquista sexual, o a la retracción o endurecimiento de la actitud), así como también en la búsqueda sutil de *poseer* afectivamente al otro o de seducirlo.

Evidentemente, porque estos elementos son parte integrante de toda relación varón-mujer, sería ingenuo (e ineficaz) pretender ignorarlos o suprimirlos. En quien madura afectivamente, todos ellos buscan su lugar y su servicio respecto del amor, siendo *con* estas

tendencias –no siempre dóciles–, y no *a pesar de* ellas, como se camina hacia la madurez del corazón.

Esta manera de situarse frente a la mujer no ha de ser, sin embargo, presupuesta ingenuamente como algo *dado*, sin más. Es, por el contrario, fruto de todo un *cultivo* que implica tiempo, “riegos”, cuidados, “tormentas” y “podas”. Porque “las justas y sanas relaciones con la mujer no se improvisan, sino que se entablan a través de una larga y delicada educación”⁵¹. De aquí que se diga que para establecer –el seminarista o el sacerdote– una relación de amistad con la mujer, sean necesarios “una perspicaz atención y un equilibrio no común”. Porque “es muy difícil conocer, desde un principio, el carácter de las relaciones, juzgando quizá espiritual lo que no lo es; y luego, aun en la hipótesis de una gran rectitud de intención, hay que tener en cuenta la fuerza idealizadora de las relaciones afectivas, que induce a despreciar y a ignorar los peligros reales que dichas relaciones envuelven. En efecto, el amor sensible, por su naturaleza ambivalente, fácilmente inclina a la concupiscencia, con el peligro de comprometer el pleno desarrollo de la persona, que, en cambio, debería favorecer. [...] En este campo, un justo realismo llevará a tener presente que la naturaleza engaña fácilmente, haciendo creer necesarias ciertas relaciones, y coloreando con motivaciones sobrenaturales lo que solamente es instinto de la naturaleza”⁵².

Por ello, para llegar a vivir *bien* la amistad con una mujer será preciso que se den ciertas condiciones: que lo que anime esta relación sea un movimiento de recíproca *donación* –manifestado en la libertad con que se

51 S.C. EDUC. CAT., *Orientaciones...*, n. 60.

52 *Ibid.*, n. 61.

vive el vínculo– y no de *necesidad* –habitualmente expresada en la dependencia o el deseo de posesión del otro–. Esto implica, pues, de las dos partes, personalidades maduras e integradas (pues la inmadurez del comportamiento de uno puede acabar desestabilizando la quizá frágil madurez del otro): Que cada uno pueda amarse adecuadamente a sí mismo, que ame auténticamente aquello a lo que está llamado, y que sepa, también, reconocer sin engañarse la evolución de sus propios sentimientos, advirtiéndolo, asimismo, lo que uno pueda estar produciendo en el otro (pues no basta, en este sentido, experimentar que uno tiene lo propio bajo control; hemos de tener en cuenta, aquí, entre otras cosas, que la sensibilidad del varón es diferente a la sensibilidad de la mujer). Y que haya conciencia de que los límites, en la relación, nunca están definitivamente establecidos ni, mucho menos, resueltos. Por eso, existirá siempre *la tarea* de velar por el equilibrio, y la necesidad de constante discernimiento para custodiar –o recuperar– el mismo.

Finalmente, por tratarse de la maduración afectiva *del sacerdote* –o del que se prepara a serlo–, el cultivo del celibato no ha de concebirse como una empresa aislada, sino –insistimos– en el marco y como *parte del proceso de maduración vocacional*. Pues lo propio del corazón célibe no consiste en *poder vivir sin mujer*: sería perverso definirlo por *lo que no ha de amar...* Aquello que caracteriza el corazón del célibe no es la simple represión de ciertos afectos, sino, positivamente, *una nueva manera de amar*, que se configura y consolida por el trato que aquél tiene con Dios y con su pueblo *desde* su vocación pastoral.

Por ello, también al célibe pueden aplicarse las palabras del Génesis: “No es bueno que el hombre esté solo” (2,18): “el sacerdote está llamado a ser imagen viva de

Jesucristo Esposo de la Iglesia" (PDV 22). Por ello, podemos afirmar que no es posible vivir bien el celibato, si uno no *se casa...* De este modo, nos relacionaremos con la mujer como *célibes*, y no como solteros.

Es, pues, en el marco de la *maduración del afecto* como *caridad pastoral*, donde la mujer adquiere un nuevo significado en relación a nosotros. Y desde aquí se hace posible (y necesario) que tenga un lugar en el proceso de nuestra maduración afectiva.

4.4.3. Al atribuirle a *la pobreza* del sacerdote connotaciones "pastorales" bien precisas, señala PDV que "sólo la pobreza asegura al sacerdote su disponibilidad a ser enviado allí donde su trabajo sea más útil y urgente, aunque comporte sacrificio personal", y lo prepara "para estar al lado de los más débiles, para hacerse solidario con sus esfuerzos por una sociedad más justa, para ser más sensible y más capaz de comprensión y de discernimiento de los fenómenos relativos a los aspectos económicos y sociales de la vida, para promover la opción preferencial por los pobres, ésta, sin excluir a nadie del anuncio y del don de la salvación, sabe inclinarse ante los pequeños, ante los pecadores, ante los marginados de cualquier clase, según el modelo ofrecido por Jesús..." (n. 30). Se nota aquí, en relación con lo que el Vaticano II expresaba respecto de la pobreza en la vida de los sacerdotes, la incorporación de una dimensión nueva, que se agrega a la exigencia evangélica de pobreza *personal*, y que es —relativa ya a su misma caridad pastoral—, *la opción preferencial por los pobres*: ya no se habla sólo de la relación que el sacerdote ha de tener con los bienes materiales en el ejercicio de su ministerio, sino del lugar que los pobres han de ocupar en su corazón de pastor. Se reclama, por otra parte, transparencia en la administración de los bienes, una distribución más justa de los mismos en el

presbiterio –así como un cierto uso en común–, y se recuerda el significado profético que posee la pobreza sacerdotal para nuestro tiempo (cf. *ibid.*).

Es importante advertir que “el proceso de conversión hacia los pobres de la Iglesia latinoamericana es, sin duda alguna, la experiencia más sensible de la acción del Espíritu Santo en nuestro medio. Después de tantos años de alineamiento de la Iglesia con el poder, se va operando, por la acción del Espíritu, una verdadera conversión, una mudanza de ubicación social que va llevando a nuestra Iglesia al espíritu del Evangelio. [...] Trátase, por lo tanto, y sin sombra de duda, de una inmensa ola levantada por el Espíritu, cuya acción consiste fundamentalmente en configurarnos siempre cada vez más con Jesucristo, con sus preferencias, sus valores, sus actitudes y sus criterios para juzgar la realidad.”⁵³. Con todo, también hemos de tener en cuenta que, como señalaban los obispos en Puebla,

no todos en la Iglesia de América Latina nos hemos comprometido suficientemente con los pobres; no siempre nos preocupamos por ellos y somos solidarios con ellos. Su servicio exige, en efecto, una conversión y purificación constantes, en todos los cristianos, para el logro de una identificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres (DP 1140).

Porque “el hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y los hechos que en las teorías. [...] El testimonio evangélico al que el mundo es más sensible, es el de la atención a las personas y el de

⁵³ Netto de Oliveira, J., “Opción evangélica y opción ideológica por los pobres”, en *Vida espiritual*, n. 95 (1989), 62.

la caridad para con los pobres y los pequeños, con los que sufren. La gratuidad de esta actitud y de estas acciones, que contrastan profundamente con el egoísmo presente en el hombre, hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y el Evangelio"⁵⁴.

En relación a la pobreza personal a la que el presbítero está llamado, el reciente *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* nos ofrece sugestivas orientaciones:

Difícilmente el sacerdote podrá ser verdadero servidor y ministro de sus hermanos si está excesivamente preocupado por su comodidad y por un bienestar excesivo. [...] Recordando que el don que ha recibido es gratuito, ha de estar dispuesto a dar gratuitamente (Mt 10,8; Hch 8,18-25); y a emplear para el bien de la Iglesia y para obras de caridad todo lo que recibe por ejercer su oficio, después de haber satisfecho su honesto sustento y de haber cumplido los deberes del propio estado. El presbítero –si bien no asume la pobreza con una promesa pública– está obligado a llevar una vida sencilla; por tanto, se abstendrá de todo lo que huela a vanidad; abrazará, pues, la pobreza voluntaria, con el fin de seguir a Jesucristo más de cerca. En todo (habitación, medios de transporte, vacaciones, etc.), el presbítero elimine todo tipo de afectación y de lujo (n. 67).

Hemos de tener presente, en esto, que sin pobreza de espíritu, las diversas formas de pobreza exterior, aun las más radicales, pueden carecer de una verdadera motivación evangélica. Como que, a su vez, sin pobreza efectiva, la pobreza de espíritu es una ilusión. La pobreza evangélica "une la actitud de la apertura confia-

54 JUAN PABLO II, *Carta encíclica Redemptoris Missio* (1990), n. 42.

da a Dios con una vida sencilla, sobria y austera" (DP 1149). Para ello, ha de estar animada por un gran acto de fe: no hay motivación humana que lleve a asumir tal opción de modo definitivo, y a vivirla bien. Sin experiencia de Dios, tanto la pobreza personal como la opción por los pobres se convierten en una nueva expresión de moralismo. Es asumir una "conducta" determinada y no una "vida nueva"... Y no olvidemos que en todos los moralismos hay, encubierto, un cierto pelagianismo. Un recto discernimiento evangélico ha de garantizar que la forma de pobreza que practicamos es la que Dios quiere para nosotros. Pues podemos apegarnos a nuestra definida forma de pobreza, haciendo de ella un plan propio. El discernimiento nos permite no quedar atados a ello, y estar disponibles ante nuevas formas de pobreza, sin instalarnos en ninguna. El mismo Cristo vivió la pobreza de esa manera: aceptó una forma de pobreza en Belén, otra en Nazaret, un nuevo estilo en su vida apostólica, y la pobreza radical de su pasión y su cruz⁵⁵.

Por lo demás, debemos reconocer que "el solo hecho de ser sacerdotes diocesanos configura en nosotros un 'status' que nos marca ya desde un punto de vista cultural y socioeconómico. Incluso cuando optemos a nivel personal y comunitario por vivir entre los pobres, continuaremos siendo 'privilegiados', a no ser que realicemos una ruptura radical. Pero éstos son carismas extraordinarios (Francisco de Asís, Charles de Foucauld...). Es preciso advertir esto, no para suscitar sentimientos de conformismo o tranquilidad, sino para motivar sentimientos de sano realismo que evitarán posiciones neuróticas de resentimiento y amargura que

55 Cf. GALILEA, S., *Ascenso a la libertad*, Buenos Aires 1991, 91-92.

pronto se convierten en actitudes de “rico” y están en abierta contradicción con el evangelio”⁵⁶.

El camino espiritual que hemos de recorrer para integrar *los consejos evangélicos* en nuestra vida ha de ir siempre de lo teologal a lo moral. Tiene cortas raíces cuando el punto de partida está puesto en la sola decisión de nuestra voluntad, de vivir “algo” que vemos virtuoso, noble, heroico quizá. Cuando queremos ser pobres antes de haber encontrado en Jesús nuestro tesoro; cuando buscamos ser célibes antes de estar dispuestos a vivir “casados” para siempre con Dios y con su pueblo, dándole a Jesús nuestro corazón y nuestra vida; cuando nos decidimos a la obediencia sin estar plenamente convencidos de vivir haciendo la voluntad de Dios, y de que en ella estará “nuestro alimento”... No se puede entrar por la puerta de salida, no se puede pretender la cosecha si uno no ha puesto la semilla.

4.5. *Dimensión eclesial de la espiritualidad sacerdotal*

Subraya Juan Pablo II que,

“como toda vida espiritual auténticamente cristiana, también la del sacerdote posee una esencial e irrenunciable dimensión eclesial”. Es, pues, necesario que el sacerdote “tenga la conciencia de que su “estar en una Iglesia particular” constituye, por su propia naturaleza, un elemento calificativo para vivir una espiritualidad cristiana. Por ello, el presbítero

⁵⁶ Del testimonio de un sacerdote colombiano del Prado, recogido en Guerre, R., *Espiritualidade do sacerdote diocesano*, São Paulo 1987, 66.

encuentra, precisamente en su pertenencia y dedicación a la Iglesia particular, una fuente de significados, de criterios de discernimiento y de acción, que configuran tanto su misión pastoral, como su vida espiritual” (PDV 31; cf n.74).

La diócesis, el presbiterio, y el obispo son, pues, realidades que *determinan* la vida y la espiritualidad del sacerdote diocesano, y de las que no puede abstraerse caprichosamente: El participa su sacerdocio del obispo, compartiendo o condividiendo la preocupación y solicitud por toda la Iglesia diocesana, con todo el presbiterio. Es más, “el ministerio ordenado tiene una radical *forma comunitaria* y puede ser ejercido sólo como ‘una tarea colectiva’” (PDV, 17). Es éste, pues, un elemento *constitutivo* de la vida sacerdotal. No es para la sola adhesión de quienes se sienten atraídos a ello; no es objeto de *devoción*, sino que hace a la madurez de esa vida.

La eclesialidad es mucho más que un concepto al que el sacerdote adhiere; para él significa *un modo concreto de vivir*. Es preciso evitar, pues, la tentación de “privatizar” el ministerio, ya sea encerrándose en la propia huerta, como si a uno le dieran un lote para sí, y fuera, en él, señor feudal; ya sea “adueñándose” de su sacerdocio a partir de un proyecto puramente personal, sin ponerse al servicio in-condicional de la Iglesia diocesana, ni reparar en sus necesidades. Es todo lo contrario, igualmente, de la tentación sectaria que conduce a tener trato, en el presbiterio, sólo con los que piensan igual a uno o hemos incluido afectivamente. En este sentido, puede haber quien crea tener muy bien entendida y vivida la fraternidad sacerdotal, cuando en realidad no se vincula sino por motivos afectivos, y con las personas que elige. Y en el presbiterio, “los vínculos no proceden de la carne o de la sangre, sino de la

gracia del Orden”⁵⁷. Por esto mismo, a todos se pide “un sincero esfuerzo de estima recíproca, de respeto mutuo y de valoración coordinada de todas las diferencias positivas y justificadas, presentes en el presbiterio. Todo esto forma parte también de la vida espiritual y de la constante ascesis del sacerdote” (PDV 31).

Los seminaristas han de adquirir, a lo largo de su proceso formativo, un vivo sentido de pertenencia y dedicación a la Iglesia particular en la que se incardinarán para el servicio pastoral. Deberán, por ello, comprender que la “incardinación” no se agota en un vínculo puramente jurídico, sino que comporta también una serie de actitudes y de opciones espirituales y pastorales que contribuyen a dar una fisonomía específica al perfil vocacional y espiritual del presbítero (cf. PDV 31). Esto significa concretamente aprender a “compartir la historia o experiencia de vida de esta Iglesia particular en sus valores y debilidades, en sus dificultades y esperanzas, y a trabajar en ella para su crecimiento” (PDV 74)⁵⁸. Significa también desarrollar una

57 CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 25.

58 No es buen signo, a mi entender, que un muchacho ande viendo, sin vínculo alguno, en qué Seminario prefiere entrar. Tampoco lo es, de manera correlativa, que a los Superiores de un Seminario les sea indiferente, en principio, si el candidato es o no diocesano: Porque la vocación al sacerdocio secular diocesano no es independiente, *en su misma identidad*, de la Iglesia particular concreta en la que uno ha hecho la experiencia cristiana y eclesial-comunitaria donde el llamado se hizo sentir. La vocación es recibida, normalmente, a través de una mediación concreta, que en el caso de la vida religiosa se da por una determinada Congregación, y en el sacerdocio secular diocesano, por una definida Iglesia particular. Por ello, cuando un muchacho se asoma como a un “mercado vocacional” para ver qué oferta le convence más, está disociando, en la lectura de su vocación, el llamado, del *desde dónde y para dónde*

relación estrecha y filial con el Obispo y un vínculo sincero y fraterno con los sacerdotes para llegar a formar un mismo presbiterio con ellos, disponiéndose al servicio pastoral de todo el Pueblo de Dios. Este compromiso con la Iglesia particular ha de vivirse, con todo, de tal manera, que promueva, al mismo tiempo, una generosa disponibilidad misionera, de cara a la Iglesia universal⁵⁹. Se trata, en este sentido, de estar abiertos y disponibles “para todas las posibilidades ofrecidas hoy para el anuncio del Evangelio, sin olvidar la valiosa ayuda que pueden y deben dar al respecto los medios de comunicación social; y a prepararse para un ministerio que podrá exigirle la disponibilidad concreta al Espíritu Santo y al Obispo para ser enviado a predicar el Evangelio fuera de su país” (PDV 59).

éste ha sido realizado; de este modo, acaba “privatizando” algo que -como la vocación- Dios no nos regala en principio *para nosotros sino para la Iglesia*. Por lo demás, a menudo queda de manifiesto, con el andar del tiempo, la precariedad con que ese joven se ha vinculado a la diócesis que “elige” para sí: cuando ya no le satisface por hache o por be, se busca otro lugar. ¿Cómo puede decirse que esa vocación sea al clero *diocesano*? La relación que la Iglesia particular (entendida como una determinada y concreta porción del Pueblo de Dios), el presbiterio y el obispo tienen con nuestra vocación no es, pues, de índole afectiva o sentimental, sino teológica. De este modo, si uno lee en la fe su vocación e integra en esa misma lectura el proceso a través del cual ésta se ha puesto de manifiesto, *no puede separarse* el hecho de que haya tenido lugar a partir de una experiencia religiosa y eclesial que fue vivida en una concreta Iglesia particular. La fidelidad al Espíritu pide, pues, que *en principio* deba uno recurrir al Seminario que -más que geográficamente, ya que en ocasiones puede no coincidir-, *eclesialmente* le corresponde.

59 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, o.c., 1994, n. 101. Como recuerda el Concilio, *el don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación hasta los confines del mundo, pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles* (PO 10).

Un párrafo aparte merece el papel que juegan, durante el proceso formativo en el Seminario, las asociaciones y los movimientos de los que a veces provienen las vocaciones. El Papa afirma que resulta beneficiosa la participación del seminarista en espiritualidades particulares o instituciones eclesiales para su crecimiento y la fraternidad sacerdotal, “pero esta participación no debe obstaculizar sino ayudar el ejercicio del ministerio y la vida espiritual que son propios del sacerdote diocesano, el cual sigue siendo siempre pastor de todo el conjunto” (PDV 68). Pide por ello a los jóvenes provenientes de asociaciones y movimientos eclesiales “que se atengan con coherencia y cordialidad a las indicaciones formativas del Obispo y de los educadores del Seminario, confiándose con actitud sincera a su dirección y valoraciones. Dicha actitud prepara y, de algún modo anticipa la genuina opción presbiteral de servicio a todo el Pueblo de Dios, en la comunión fraterna del presbiterio y en la obediencia al Obispo” (*ibid.*). Por su parte, el cardenal Pío Laghi, Prefecto de la Congregación para la Educación Católica, decía a los rectores de los Seminarios mayores españoles –al presentar PDV– que los rasgos de los candidatos al sacerdocio que provienen de movimientos y asociaciones

deberán integrarse armónicamente en el camino de formación al sacerdocio y en la espiritualidad ministerial, evitando el peligro de la yuxtaposición o de la alternativa. Esto significa que los jóvenes que provienen de estas nuevas realidades agregativas deben acoger plenamente el proyecto educativo del Seminario y, en perspectiva, hacerse plenamente disponibles al servicio de la diócesis y a la coparticipación en el presbiterio. Me doy cuenta de que estas indicaciones –dijo– exigen una auténtica conversión en la postura de muchos seminaristas y también de alguno que otro

rector. Me doy cuenta también de que, en la situación concreta, es difícil armonizar juntamente historias y exigencias diversas. Pero la tarea del educador es un arte y un desafío. El arte y el desafío de estos tiempos son los de formar hombres de comunión, capaces de respeto, de espíritu de diálogo y de cooperación y, más aún, capaces de construir unidad⁶⁰.

Se trata, pues, de acompañar estas vocaciones, para que lleguen a integrar la experiencia espiritual con que llegan al Seminario *en y desde* la identidad y espiritualidad que la vocación al sacerdocio diocesano secular posee. Para ello, la disponibilidad del seminarista es de suma importancia, en orden a que *el eje* de su formación (y de su vida espiritual) no pase por “fuera” de la vida del Seminario –llevándolo a “filtrar” lo que en él recibe, conforme se adecúe o no a las categorías de su experiencia precedente–, sino que pueda caminar con la riqueza de lo vivido hacia una nueva síntesis, hecha desde la específica vocación al sacerdocio diocesano, y no a la inversa.

4.6. *Espiritualidad sacerdotal y secularidad*

Dice Kasper que

el sacerdote, como hombre espiritual, también ha de ser un hombre mundano. Esta afirmación puede sorprender. Pero según la Biblia el Espíritu de Dios es más vasto y mayor que la Iglesia; [...] sopla donde y como quiere; actúa en todas partes, en toda la creación y en toda la historia. Por eso, “un hombre espiritual está obligado a no replegarse sencillamente en su si-

60 “Vida Nueva” n.1861 (26-9-92), 13.

lencioso camarín y a atender a los signos del tiempo, a escuchar la lejana profecía del mundo, para que a partir de las cuestiones del tiempo pueda comprender de forma nueva y profunda el evangelio y lo predique adaptadamente a las situaciones concretas. La misión del sacerdote no es, pues, sólo una misión en la Iglesia, sino una misión en, con y desde la Iglesia hacia el mundo. Entenderíamos mal la misión del sacerdote si pensáramos que basta con mantener a duras penas las posesiones. Debemos dejarnos desafiar por las cuestiones de la juventud y de los llamados marginados. Desde su propio cimiento, el compromiso por un orden digno del hombre y por la justicia social forma parte de la misión del sacerdote”⁶¹.

La eclesiología del Vaticano II ha presentado a la Iglesia como Pueblo de Dios en el mundo, que camina por la historia. Eclesialidad y secularidad son, de esta manera, dimensiones que afectan a todos los cristianos. Todos estamos llamados a realizar nuestra eclesialidad en la secularidad, aunque cada uno según su propia vocación⁶². Se trata, pues, para nosotros, de que, sin ser complacientes con el secularismo, *aprendamos a amar al hombre secularizado*; y como fruto de esto, sepamos *encontrarnos* con él. La Iglesia está llamada a guardar su identidad, a la vez que busca el diálogo con el mundo. Consciente de *no ser* del mundo debe, a su vez, saber *estar* en él. Suprimir esta tensión por la reducción de uno de los términos en el otro es la tentación recurrente de integristas y progresistas, que no hacen sino retrasar la obra evangelizadora de la Iglesia. Y en esto se encuentra, a mi juicio, uno de los principales desa-

61 KASPER, W., *o.c.*, 118-119.

62 Cf. GALLI, C., “Hacia un nuevo humanismo sacerdotal (II)”, en *Criterio*, 62 (1990) n° 2050, 266.

fíos en la formación de los sacerdotes del siglo XXI: que posean una clara identidad en la fe y una gran apertura al mundo, inspirada, ésta última, por amor a los hombres pero, sobre todo, por amor a Cristo: "¿Me amas? Apacienta mis ovejas" (Jn 21,16). Es decir, por la caridad pastoral.

No es posible vivir adecuadamente el ministerio sacerdotal diocesano secular sin atención al hombre y a su tiempo. Su identidad está marcada por la secularidad, por lo que "este mismo rasgo ha de marcar y conformar esencialmente su espiritualidad. Integrar la cultura de hoy en su vida no es cuestión de moda o de modernidad; es cuestión de fidelidad a su vocación"⁶³. No puede, por ello, el pastor, carecer de *preocupación política*, en su sentido más amplio (cf. DP 521); es ésta una dimensión constitutiva del hombre (cf. DP 513), y la Iglesia está llamada, en este campo, a "iluminar las conciencias y anunciar una palabra transformadora de la sociedad" (DP 518). La madurez del "hombre espiritual" supone esta atención a la realidad, haciéndose solidario de "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren", pues "nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón" (GS 1).

Conviene preguntarse si en nuestros seminaristas encontramos siempre esta inquietud por informarse, formarse una opinión e involucrarse en lo que la realidad muestra a diario. "Se dijo alguna vez que un teólogo

63 MORENO MARTÍNEZ, J.L., "La cultura de hoy y la espiritualidad del sacerdote", en *Seminarios*, 39 (1993) 35. Cf. LORENZO, A., "La secularidad en la vida y en la misión del sacerdote", en *Seminarios*, 35 (1989) 195-214.

había de tener en una mano la Biblia y en la otra el periódico; ciertamente sería un mal párroco quien no tuviera ninguna noción de las necesidades de los hombres, de sus problemas; cuidados y angustias y que no participara de su vida en el sentido amplio de la palabra"⁶⁴.

4.7. *Caridad pastoral y unidad de vida*

Es éste, quizá, uno de los temas que ofrecen mayor reto a la existencia sacerdotal. Lo sabemos por experiencia, y a la vez que buscamos formar a los futuros sacerdotes con vistas a una vida unificada, no dejamos de enfrentar, en nuestra formación permanente, el desafío de seguir madurando en este sentido. Sabemos que "el camino hacia la madurez no requiere sólo que el sacerdote continúe profundizando los diversos aspectos de su formación sino que exige también, y sobre todo, que sepa integrar cada vez más armónicamente estos mismos aspectos entre sí alcanzando progresivamente la unidad interior, que la caridad pastoral garantiza" (PDV 72).

En los últimos años, al hablar del sacerdocio, la atención se ha concentrado no tanto en el problema de su identidad –como ocurriera en décadas anteriores– sino más bien en *la manera concreta de vivir el ministerio*: Puede verse, en este sentido, que los sacerdotes sufren hoy "una excesiva dispersión en las crecientes actividades pastorales y, frente a la problemática de la sociedad y de la cultura contemporánea, se sienten impulsados a replantearse su estilo de vida y las prioridades de los trabajos pastorales, a la vez que notan, cada vez más,

64 KASPER, W., o.c., 119.

la necesidad de una formación permanente” (PDV 3). Ya el Concilio expresaba esta preocupación, señalando que

en el mundo moderno, en que los hombres deben cumplir tan múltiples deberes y es tanta la variedad de los problemas que los angustian y que deben ser a menudo rápidamente resueltos, corren no raras veces peligro de disiparse en diversidad de cosas. En cuanto a los presbíteros, envueltos y distraídos en las muchísimas obligaciones de su ministerio, no sin ansiedad buscan cómo puedan reducir a unidad su vida interior con el tráfago de la acción externa (PO 14).

Transcribiremos a continuación –aunque nos extendamos un poco– parte del análisis que sobre esta cuestión hiciera el P. Lucio Gera, por considerarlo particularmente esclarecedor:

Las expresiones con que se suele proponer la oposición inherente a los extremos de este problema, resultan a veces imprecisas y hasta ambiguas, pero sugestivas. Así cuando se lo plantea como contraste entre estado de disipación en el mundo exterior sensible y la búsqueda de recogimiento en la interioridad del sujeto, diáspora hacia fuera y retorno a sí mismo. O bien, entrega a la acción y regreso a la contemplación; solicitud con las criaturas y desatención de Dios.

Tal vez lo más acertado sea ingresar al problema proponiéndolo, como hacen los citados textos del Magisterio, en término de multiplicidad y unidad, dispersión y unificación. Multiplicidad no quiere decir tan sólo diversidad sino disociación; y no es un mero atributo de las realidades exteriores en relación a las cuales el sacerdote actúa pastoralmente, sino un estado que afecta al sujeto, al sacerdote actuante. La experiencia interior del sacerdote disperso o falto de uni-

dad, es la de tener que "multiplicarse" en muchas cosas, en muchos quehaceres. El mismo sujeto se vive como "muchos". En la ausencia de una unidad de vida la conciencia se vive disgregada, se experimenta en un estado de disociación; uno se vive como múltiples fragmentos; la vida no es vivida como una continuidad, sino constantemente interrumpida, rota, "a trozos". Es obvio que semejante estado, canse. Porque las fuerzas psíquicas y espirituales, al desparramarse, se desconcentran y debilitan. Por eso precisamente, en el recogimiento, que es lo contrario de la disipación, uno busca recoger las fuerzas y reunir las. Quien no logra recogerse, y sigue en múltiples acciones pero sin recogimiento, actúa de manera disociada. El sujeto se disocia de sus propias actividades y, al realizarlas, no habita en ellas. Lo que se disocia es el sujeto de su propia acción, o bien, la acción, de la interioridad del sujeto. Se hacen las tareas pastorales pero no "desde dentro", y, por lo tanto sin "autenticidad", desde otro origen, esto es, espúrias. La interioridad está paralizada, no otorga sentido, valor, en una palabra, "espíritu" a las acciones que realiza, no les otorga novedad, en último término, la novedad del amor, que siempre hace nuevas las cosas viejas, repetidas, y reúne las acciones dispersas. Por eso las acciones brotan voluntarísticamente, esto es, mecánicamente, embargadas por la rutina, el tedio, el fastidio. Al cansancio exterior, orgánico y psicológico, comienza a añadirse la fatiga espiritual, con tintes de la clásica "acedia".

Se trata de un problema crucial para el sacerdote, porque atañe al centro unificador de su personalidad, a la unidad de su conciencia, de la que le brotan el sentido y el valor –por eso la unidad– que damos a nuestra vida⁶⁵.

65 GERA, L., "Caridad pastoral y unidad de vida", en Pastores, 2 (1995) n. 4, 15.

La respuesta a esta situación de dispersión de la vida sacerdotal no puede ser buscada –opina Gera– en la sola supresión de la multiplicidad de tareas. Puede convenir, evidentemente, una disminución de las mismas, pero “aun cuando éstas disminuyeran, subsiste el problema de darles una unidad a partir de un elemento positivo y subjetivo que las apropie o articule”⁶⁶.

La multiplicidad de tareas exteriores y su recíproca dispersión y falta de unidad, tiende a dispersar al sacerdote, a extraviarlo desde el centro de unidad interior hacia la exterioridad del múltiple hacer, desdoblándolo en dos niveles de existencia: el de las tareas exteriores, como actividad “pastoral”, por un lado y, por el otro, el de su vida interior, que no sería ya pastoral, sino puramente “espiritual”. [...] Pero la actividad pastoral del sacerdote ha de desarrollarse en la doble dimensión exterior e interior, así como su vida espiritual se establece normalmente en la interioridad de su conciencia y en la exterioridad de la acción. Debido a esta compenetración de ambas dimensiones, la solución a la falta de unidad de vida hay que buscarla íntegramente, esto es, por un lado, tratando de disminuir los condicionamientos negativos provenientes de la multiplicidad externa de las tareas, y, por otro, fortaleciendo la interioridad espiritual hasta un grado que permita superar los condicionamientos negativos. Pero, como la situación exterior es más inmediata y fácilmente percibida, puede parecer lo más obvio acometer la tarea de mantener una unidad de vida amenazada o, eventualmente, de rehacerla, poniendo remedio a la multiplicidad de las tareas externas; vale decir, poniendo orden en ellas, organizándolas.

66 Ibid., 16.

A partir de este criterio podrá juzgarse necesario limitar el espacio y actuación pastoral, suprimiendo alguno de los varios lugares donde se actúa pastoralmente (por ejemplo, parroquia, cárcel, hospital, colegio, otras tareas extraparroquiales, etc.). También podrá ser necesario reducir el tiempo directamente dedicado a la ejecución de tareas pastorales cediéndolo al descanso, a la oración, a la lectura y reflexión, etc. [...] De este modo, el sacerdote comienza a organizar —y así a unificar— la propia actividad pastoral y con ello la propia vida, poniendo límites, trazando fronteras a la propia actividad. Así como ha de rehuir la pereza y la inacción, así también ha de evitar la tentación de dejarse llevar por el “moto perpetuo” del activismo; ha de eludir la ilusión de que el espacio y tiempo de actuación pastoral son indefinidos, que el propio hacer pastoral es infinito. El sacerdote ha de aprender a dejar espacio de actuación a otros; sobre todo a dejarle su específico espacio de actuación a Dios, de quien el sacerdote no es más que un instrumento y a quien solamente pertenece la omnipotencia. Todavía, para organizar la propia actividad pastoral, ha de ser distribuido y ordenado el conjunto de tareas pastorales que se quiera realizar dentro del espacio y tiempo preestablecidos. Se las ordena fijando prioridades, esto es, estableciendo una jerarquía entre ellas. [...] Al jerarquizar dichos trabajos conforme a determinados centros o fines prioritarios, se los ordena y así se les confiere un nuevo elemento unificador. Nuevo, porque las prioridades pueden ser fijadas no ya a partir de una medida cuantitativa (delimitación de espacio y tiempo), sino de un criterio cualitativo, a saber, del juicio sobre la cualidad axiológica de las tareas que se quiere realizar, juicio que discierne entre mayor o menor sentido y valor de las mismas.

Por cierto —afirma Gera—, la tarea de construir una unidad de vida sacerdotal no se concluye con todo lo

dicho. Ya el Decreto PO [...] llamaba la atención sobre el hecho de que "la unidad de vida no pueden lograrla ni la mera ordenación exterior de las obras del ministerio, ni, por mucho que contribuya a fomentarla, la sola práctica de los ejercicios de piedad" (n. 14). La organización externa de las tareas pastorales es necesaria, pero no lo es todo; no es siquiera lo principal.

Si bien en el nivel afectivo tiene el amor una amplitud universal, en el de la eficacia de la acción externa es limitado. Quisiera poder llegar a todos, pero no puede. De aquí el desequilibrio inherente a nuestro amor, en el tiempo de esta presente historia. [...] En este orden externo, el amor ha de optar entre proyectos de vida y de acción diversos y excluyentes, porque cada uno de ellos implica prioridades diversas y excluyentes, que por lo mismo quedan contenidas dentro de límites ineludibles. Estos proyectos de vida, cada uno con su propia prioridad particular, se inscriben en el horizonte de la misma prioridad radical de la caridad que los fecunda. [...] Aquí es determinante la idea de la vocación y por lo mismo de misión: aquello a que Dios nos llama y nos envía. Esto parece conjugarse con la orientación que PO ofrece en definitiva a los presbíteros, para que puedan construir una unidad de vida sacerdotal-pastoral: "La unidad de vida... pueden... construirla los presbíteros si, en el cumplimiento de su ministerio, siguieran el ejemplo de Cristo, cuya comida era hacer la voluntad de Aquel que lo envió para que llevara a cabo su obra" (Jn 4, 34). "Voluntad de Dios" ha de ser entendida en dos aspectos muy implicados entre sí. Para el sacerdote la voluntad de Dios es ante todo su vocación, su sacerdocio como proyecto global y decisión asumida para la vida. Es la intención, fundada y mantenida por la caridad pastoral, intención que, como horizonte vital y permanentemente renovado unifica nuestra vida sacerdotal. Pero ade-

más, la referencia del texto conciliar a Jn 4, 34, en la que Jesús expresa que su comida es hacer la voluntad del Padre, nos lleva a pensar en algo puntual, lo cotidiano (porque del alimento cotidiano se trata). Lo cotidiano, lo que cada día puede sobrevenir es lo no previsto, lo desconcertante, y también, en la vida sacerdotal, lo múltiple, el riesgo de fragmentación interior. Si pudiéramos caer en la cuenta que toda esa multiplicación y dispersión cotidiana constituye el acontecer de la historia –de nuestra pequeña historia–; acontecer, que no nos sobreviene anónimamente, sino al que Dios nos envía y en el que nos mete y nos “inserta”, es decir, nos compromete cotidianamente, entonces podríamos tal vez convertirlo en vivencia personal de la voluntad de Dios, que, recogida por nuestro amor a El, nos sostuviera y nos unificara en las profundas raíces de nuestra vida interior, en el cruce profundo de nuestro vivir, aun cuando en la superficie, el viento de la multiplicidad siguiera dispersando las olas en todo sentido y aparente contrasentido⁶⁷.

Me atrevería a agregar, a lo ya afirmado por el padre Gera, que es preciso integrar un tercer aspecto relativo a la voluntad de Dios, que tiene que ver con la necesidad de discernir, en lo concreto y cotidiano de nuestras vidas, lo que Él quiere que vivamos. Porque podemos *vivir haciendo cosas buenas*, sin que esto signifique, necesariamente, *vivir haciendo la voluntad de Dios*. No sólo pecando escapa uno a la voluntad de Dios: podemos construir nuestras vidas a partir de opciones que responden más a necesidades subjetivas que a valores o llamados objetivos; y justificarlas, incluso, con argumentos “evangélicos”, “canónicos”, “pastorales”, psicológicos, etc.

67 *Ibid.*, 16-18.

En el seguimiento de Cristo tiene lugar un progreso, una evolución que ya los antiguos trataban de identificar en un itinerario. Viéndolo a grandes rasgos, podemos decir que hay como un primer estadio que consiste en abandonar el estado de pecado, en renunciar a todo aquello que nos separa de Dios, despojándonos del hombre viejo para ir revistiéndonos del nuevo. Esto es seguido (y no señalo aquí un proceso necesariamente cronológico y sucesivo, ya que por momentos estos estadios conviven en nosotros), esto es seguido por el desarrollo del bien en nosotros, por el cultivo de las virtudes: no sólo abandonamos los vicios, sino que fortalecemos y afianzamos la búsqueda del bien, y crece en nosotros el conocimiento y el gusto por las cosas de Dios. Pero esto está llamado a desembocar en una unidad creciente de nuestra voluntad con la de Dios, hecha en el amor, para consumir así este proceso de comunión con Él. Por eso afirmamos que puede uno hacer cosas buenas, hacer el bien, sin que ello signifique hacer la voluntad del Padre. Se puede haber llegado a lo primero y no acabar de estar dispuesto a esto último. Porque ello significaría estar enteramente disponibles para hacer más de una vez lo que no queremos, y para dejar muchas veces de hacer lo que queremos (por bueno que sea...). La diferencia entre *hacer cosas buenas* y *hacer la voluntad del Padre* traza la sutil frontera entre lo que es *una vida honesta* y lo que es *una vida evangélica*, una vida santa. Y mucha dispersión, disociación, fragmentación, en nuestras vidas, hemos de reconocerlo, tiene que ver *también* con esto.

III. FORMADORES DE CREYENTES PRESBITEROS

*Pbro. Dr. Carlos Alvarez
Colombia*

MISTAGOGOS CRISTIANOS

Como formadores de presbíteros, como directores o acompañantes espirituales, podemos apropiarnos de un término muy propio de los Padres de la Iglesia: somos "mistagogos cristianos".

La palabra "mistagogo" es un compuesto griego de *mysterion* y de *agó*, es decir, conducir a alguien en medio de las cosas secretas o escondidas. Y las cosas escondidas han sido reveladas a nosotros por Jesús, según lo afirma Pablo en Efesios y Romanos 16, 25-27.

Los Padres de la Iglesia, como Cirilo de Jerusalén, ofrecían a los catecúmenos lo que llamaban unas "catequesis mistagógicas": A través de las explicaciones sencillas de los ritos sacramentales, ellos conducían a los creyentes por los caminos maravillosos del misterio cristiano e iban desentrañando el sentido y el contenido del plan de Dios sobre los recién bautizados.

Un "mistagogo cristiano" es, pues, un hombre espiritual que conduce seriamente y orienta a un creyente por los caminos del Espíritu para que pueda vivir con responsabilidad su vida cristiana.

Es un "maestro" espiritual, un "iniciador místico" que, con su enseñanza y su propia experiencia de Dios, influye determinadamente en la vida de sus dirigidos y los marca con una impronta en la "manera y el estilo" de seguir a Jesús.

Como tales, los formadores tenemos una responsabilidad seria y exigente. Los jóvenes llegan a nosotros, deseosos de conocer y amar a Jesús, ansiosos por servirlo y entregarse a la acción pastoral, dóciles a nuestras orientaciones...Y nosotros podemos hacer de ellos "diablos o santos" (Cfr. Mt 23,15). He ahí nuestro reto y nuestro peligro.

ORACIÓN PARA PEDIR SABIDURÍA

Dios de los padres y Señor de la misericordia, que con tu palabra hiciste todas las cosas. Y en tu sabiduría formaste al hombre para que dominase sobre tus criaturas, y para regir el mundo con santidad y justicia, para administrar justicia con rectitud de corazón: Dame la sabiduría asistente de tu trono y no me excluyas del número de tus siervos. Porque siervo tuyo soy; hijo de tu sierva, hombre débil y de pocos años, demasiado pequeño para conocer el juicio y las leyes. Pues aunque uno sea perfecto entre los hijos de los hombres, sin la sabiduría, que procede de ti, será estimado en nada. Tú me elegiste para rey de tu pueblo y juez de tus hijos y tus hijas. Tú me dijiste que edificase un templo en tu monte santo y un altar en la ciudad de tu morada, según el modelo del santo tabernáculo que al principio habías preparado. Contigo está la sabiduría, conocedora de tus obras,

que te asistió cuando hacías el mundo, y que sabe lo que es grato a tus ojos y lo que es recto según tus preceptos. Mándala de tus santos cielos, y de tu trono de gloria envíala, para que me asista en mis trabajos y venga yo a saber lo que te es grato. Porque ella conoce y entiende todas las cosas, y me guiará prudentemente en mis obras y me guardará en su esplendor; y mis obras te serán aceptas, y regiré tu pueblo con justicia, y seré digno del trono de mi padre (Sb 9, 1-12).

- a) El hombre fue hecho “a imagen y semejanza de Dios” (Gn 1, 27). Como “íkono” vivo de Dios, el hombre obra y actúa como lo hace Dios. Por eso, es preciso contemplar la acción divina: Crea y forma al hombre. La Palabra y la Sabiduría constituyen la misma realidad, que en el N. T. será la Palabra hecha carne (Jn 1,14) en la persona de Jesucristo, “por quien fueron hechas todas las cosas...” (Col 1, 16ss).

Crear y formar al hombre es, pues, una acción divina. Tal es la imagen simbólica que, desde Gn 2,7, se va a repetir en la Escritura: Somos barro frágil y Dios es el alfarero (Is 29, 16; 43,1; 64,7; Jr 18, 1ss).

Colaborar en la formación de los hermanos es participar de la obra creadora de Dios. La experiencia nos dice que los jóvenes llegan a nosotros como barro disponible para ser forjados a imagen de Jesús, el Hombre nuevo. Y esta obra de formación está expresada en Sabiduría con tres verbos que son como el objetivo de toda formación:

- Para que domine.
- Para que administre.
- Para que juzgue.

He ahí, en síntesis, el objetivo de toda formación integral de una persona: conseguir que “llegue a

ser" señor de las cosas y de su vida - buen administrador de los bienes recibidos - hombre de juicio y de criterio. Y ésto, con unas características que son muy bíblicas:

- Con santidad y justicia (Lc 1, 75; Ef 4,24)
- Con rectitud de espíritu (corazón) (Dt 9, 5; 1 R 3, 6; Jb 33, 3; Sal 119, 7; Lc 8, 15).

Tales son las palabras de Sabiduría. Ahora bien, el libro es casi contemporáneo de Jesús; se empata con el Evangelio y nos sitúa a las puertas mismas de la Buena Nueva. Esto nos permite, con términos del Nuevo Testamento, pensar en una serie de expresiones paralelas:

- La creación del hombre nuevo en Cristo (Ef 2, 14-16; 4,23-24, Col 3, 9-10)
- La formación de Jesús en nosotros (Gal 4, 19).

b) Esta tarea de "formar al hombre nuevo", obra propia de Dios y digna de Dios, la asumimos los hombres por ser "colaboradores de Dios" (Synérgoi tu Eianguelíu Rm 16, 3.9.21; 1 Co 3, 9; 2 Co 1, 24; etc.) Pero no la merecemos ni tenemos las suficientes capacidades para realizarla.

Esto nos permite la conciencia de pobreza y pequeñez que aparece también en la oración de Sabiduría. "Yo soy tu Siervo...hombre débil y de vida efímera, poco apto para entender la justicia y las leyes". En la pequeñez y en la experiencia de debilidad manifiesta Dios su poder y nos permite participar de su Sabiduría. Un creyente orgulloso es superficial y vano; impide que la sabiduría de Dios se manifieste a través de su trabajo porque intenta

opacar –aún sin quererlo expresamente– la Luz esplendorosa de Único Señor y Maestro.

- c) Viene, entonces, una doble conciencia que centraliza la acción formadora del orante: La elección (Tú me elegiste) y la misión (Tú me mandaste).

Por la conciencia de elección, Salomón tiene la seguridad de ser llamado a un servicio concreto dentro de su pueblo (Cfr. 1 R 3,6-9); pero el orante de finales del Antiguo Testamento actualiza esa elección en una doble realidad: Rey del pueblo (autoridad) y Juez de todos (orientación de la vida) para la transformación de la comunidad de Dios en la historia.

Por la conciencia de misión, Salomón descubre que debe construir una Casa para el Señor y ofrecer allí sacrificios verdaderos, aunque esto le exija abandonar hasta sus propias costumbres (Cfr. 1 R 3, 1-3). Pero el orante de la Sabiduría actualiza el hecho en su situación y habla de “edificar un santuario... y un altar”; un santuario donde habite Dios, un altar donde le sean ofrecidos sacrificios leales y agradables.

En qué medida, el que ora aquí es responsable de una comunidad y sintetiza su trabajo de formación en la dimensión religiosa bajo dos aspectos bien ricos: Hacer del otro un santuario (Tema propio del N.T. 1 Co 6, 19) y lograr que su vida sea una continua ofrenda de alabanza y súplica a Dios? (Cfr. Rm 12, 1-2; 15, 16; Col 3, 15-17).

Por eso la observación: “A imitación de la Tienda santa que habías preparado desde el principio”. ¿Se refiere a la Tienda del encuentro construida duran-

te el Éxodo? (Cfr. Ex 33, 7-11). O, por el contrario, ¿al Templo celeste de Dios? (Cfr. Sal 18,7).

La elección nos sitúa en dependencia directa de Dios, quien se ha fiado de nosotros; la misión nos abre a los demás y nos coloca al servicio de una comunidad, para realizar en ella el Plan de Dios. Ambas, elección y misión, centralizan y orientan nuestro ministerio.

- d) Frente a la pobreza del hombre y a la responsabilidad de una misión recibida de Dios, la mirada se vuelve de nuevo a la Sabiduría del Señor para reconocer su necesidad y suplicarla en la oración.. Encontramos, en efecto, en la continuación de la oración, este doble movimiento: *contemplación y súplica*.

La contemplación nos hace ver la realidad de la Sabiduría en Dios. El tema es propio de los libros sapienciales (Salmos, Proverbios, Sabiduría, Eclesiástico) y aquí se le atribuyen tres acciones a esta Sabiduría eterna de Dios:

- El conocimiento de las obras divinas
- La participación en la obra creadora
- El discernimiento de lo que va conforme a la Voluntad de Dios.
- (Cfr. Pr 8, 22-36; Sb 7, 22-23; Jb 28, 23-27; Eclo 24, 1ss).

La súplica se apoya en esta realidad contemplada y ruega la participación en la Sabiduría divina para vivir en la tierra lo que ya la Sabiduría ejerce en el cielo: "Mándala...envíala..." De esta manera, ella estará presente "en mis trabajos", como estuvo presente ante Dios cuando Él hacía el mundo, y "po-

dré saber lo que te es agradable”, porque ella sabe lo que es agradable a los ojos de Dios.

Intimidad, entonces, entre la Sabiduría de Dios y la vida del creyente. Pero una intimidad que no suprime la dependencia del hombre frente a la superioridad y trascendencia de la Sabiduría divina. “Ella me guiará prudentemente en mis obras y me protegerá con su gloria” (Sb 9,11).

Cuando Moisés entraba en la Tienda, bajaba la columna de nube y Yahvé hablaba con Moisés, como habla un hombre con su amigo...Pero Moisés no sabía que la piel de su rostro se transformaba y se volvía radiante por hablar con Dios (Cfr. Ex 33, 9-11; 34, 29-35). Así ahora, lo que esta oración pide a Dios es que la Sabiduría de Dios descienda, proteja y cubra con la sombra de la gloria al creyente para que pueda sentirse guiado en todas sus empresas.

Es vivir de nuevo la experiencia del Éxodo, en el camino de la vida, sintiendo que la sabiduría de Dios acompaña nuestra ignorancia y enriquece nuestra miseria pero nos hace sentir “la sombra” o experiencia gozosa de su gloria que nos transforma.

- e) La conclusión, entonces es lógica y reafirma la súplica presentada. Cuando la Sabiduría de Dios desciende y acompaña, “mis obras serán aceptables (Cfr. V.10), juzgaré a tu pueblo con justicia y seré digno del trono de mi padre” (Cfr. V. 7).

Eso significa que la misión recibida se realiza plenamente y el creyente puede sentirse feliz por estar haciendo la Voluntad de Dios.

La formación espiritual de los candidatos al presbiterado

La Exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis* propone algunas líneas que vamos a tener en cuenta en nuestro trabajo de “conformar” un itinerario de la formación espiritual.

1. En general: la vida espiritual es la relación y la comunión con Dios. Su formación es:

Obra del Espíritu

Empeña al hombre en su totalidad,

Introduce en la comunión profunda con Jesucristo,

Buen Pastor,

Conduce a una sumisión de toda la vida al Espíritu y en una adhesión confiada a la Iglesia;

Se arraiga en la experiencia de la Cruz,

Y tiende a la plenitud del misterio pascual (PDV 45).

2. En particular: Para los candidatos al ministerio, requiere ser estructurada según los significados y características que derivan de la identidad del presbítero y de su ministerio (PDV 45).
3. La formación espiritual constituye el centro vital que unifica y vivifica el ser y el actuar del presbítero (PDV 45).
4. Después de citar textualmente la *Optatam Totius* 8, subraya tres aspectos fundamentales en la formación espiritual de los candidatos:

La unión íntima y estrecha con Jesucristo quien, bajo la acción del Espíritu nos conduce al Padre. Es una unión:

fundada en el Bautismo,
alimentada en la Eucaristía
expresada en la vida de cada día.

Esta unión nos conduce a una Alianza personal de amor y de vida entre Dios y el hombre, vivida en forma de amistad íntima y profunda (PDV 46).

La búsqueda de Jesús. La vida espiritual del que se prepara al Ministerio, está dominada por esta búsqueda. Lo busca, lo encuentra y lo sigue para estar en comunión con Él. Los tres aspectos son continuos a lo largo de la vida.

Triple camino para encontrar a Cristo

- ❖ La lectura meditada y orante de la Palabra. Comprende:
 - Conocimiento amoroso, familiar y orante de la Palabra
 - Oración como encuentro vivo y personal con el Padre
 - Silencio como atmósfera espiritual para percibir la presencia de Dios y
 - dejarse conquistar por ella (PDV 47).

- ❖ La celebración viva de los misterios de la Iglesia. Exige en la formación:
 - La educación litúrgica para una inserción vital en el misterio pascual de Cristo.
 - Es lo que permite vivir una vida nueva, bajo la ley nueva del amor, y con un
 - corazón nuevo.
 - La educación para vivir plenamente los sacramentos de la Iglesia, con una

- participación plena, consciente y activa. sobre todo la Eucaristía y la Reconciliación (PDV 48).
- ❖ El servicio de la caridad a los “más pequeños”, un servicio humilde y desinteresado que lleva a la entrega generosa y gratuita de la propia vida hasta hacer de ella una epifanía y transparencia del Buen Pastor que da la vida. Esto se logra, sobre todo, por la caridad pastoral y la educación en los consejos evangélicos (obediencia, celibato y pobreza) (PDV 49).

LA FORMACIÓN INICIAL EN LA ORACIÓN

Como nos interesa compartir experiencias y hacer más práctica nuestra preparación al “misterio de formación” de los obreros del Evangelio, voy a proponer aquí el proceso que he seguido a lo largo de muchos años en la iniciación para la oración, tanto en los seminarios como en el trabajo con laicos.

- a) Lo primero que se exige de nosotros: Ser un hombre orante y que nos vean orar. La capacidad mimética de los jóvenes es impresionante: Te copian hasta los suspiros...y te imitan no siempre precisamente en tus cualidades. El presbítero sólo podrá formar a los demás en la Escuela de Jesús orante, si él mismo se ha formado y continúa formándose en la misma Escuela. Esto es lo que piden los hombres al presbítero: que sea el hombre de Dios, el que pertenece a Dios y hace pensar en Dios (PDV 47). Como “maestros de oración” (PDV 47), nuestra vida tiene que ser testimonio e invitación a la oración. Como Jesús:

- Mc 1, 35 : "De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración".
- Mt 14,23 : "Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar; al atardecer estaba solo allí".
- Lc 5, 15-16: "Su fama se extendía... Pero él se retiraba a los lugares solitarios, donde oraba".
- Lc 11, 1: "Sucedió que estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar como enseñó Juan a sus discípulos".

Los cristianos esperan encontrar en nosotros no sólo un hombre que los acoge, los escucha con gusto y les muestra una sincera amistad, sino también, y sobre todo, un hombre que los ayude a mirar a Dios, a subir hacia Él (PDV 67).

Pero en función de los que han sido puestos bajo nuestra responsabilidad para la formación, nuestra oración ha de ser constante y de acción de gracias y alabanza. Es aprender y saber dar gracias por todos los jóvenes que van a estar o están bajo nuestro cuidado. Como hacía Pablo con sus comunidades: "Siempre que pienso en ustedes, no hago sino dar gracias por ustedes"...Y aunque le pusieran muchos problemas, como los Corintios, los Gálatas, o los Tesalonicenses... (Cfr. 1 Ts 1,2; 2 Ts 1,3; Col 1,3; Flm 1,3, etc.) Damos gracias porque Dios los ama más que nosotros, porque los llamó y los quiere transformar. Damos gracias por el plan de amor sobre ellos.

- b) El proceso que he seguido integra la teoría y la praxis, pero en un acompañamiento continuo que, a veces es pesado. Ellos tienen que sentir que vas

con ellos, aprendes con ellos, luchas con ellos. Pero te quieren fuerte para ellos. Me refiero aquí, primeramente, a los jóvenes del Curso Introdutorio o Propedéutico.

Normalmente hemos aprovechado los dos momentos diarios que hay en la vida del Seminario: En la mañana y en la tarde, y organizamos el proceso por semanas. Para poder realizarlos, es preciso:

- Tener libertad de acción e independencia con relación a los demás cursos o grupos de vida.
- No edificar sobre supuestos. Creemos que, porque vienen al seminario a buscar el ministerio, los jóvenes ya tienen una formación y una experiencia fuerte de Jesús. Con todo, son "principiantes". Es preciso comenzar por los fundamentos, aunque algunos ya se sientan "adelantados".
- No sumergirlos, desde el comienzo, en un estilo o reglamento de religioso o de seminaristas mayores. Si desde el primer día los metemos al rezo de la Liturgia de las Horas, la van a rechazar pronto por no encontrarle ningún sentido.
- Tener la conciencia de que estamos iniciándolos en un "camino" de oración. Como tal, es un proceso que tiene mucho de humano pero también mucho de divino. La parte humana la ponemos nosotros, orientando y formando; la parte divina se la dejamos al Espíritu de Jesús para que tome los corazones de los hermanos y haga con ellos maravillas. Ahora bien, hay muchos caminos y estilos, según las diferentes "escuelas de espiritualidad" (todas ellas regalo de Dios para

los hombres); pero los fundamentos son iguales para todos.

- Actuar con elasticidad, con amplitud y con humanidad. Eso significa una gran capacidad de adaptación a los jóvenes. Ellos se equivocan, se ponen nerviosos, se burlan y ríen...: Son novatos que apenas se inician y aprenden a deslizarse en la pista de la felicidad.

c) El primer paso del proceso es pura iniciación y tiene seis tiempos (que pueden ser seis semanas), distribuidas de la siguiente manera:

- Introducción. Se trata de un simple compartir entre todos, procurando conocer un poco la realidad espiritual en la que viven y con la que vienen los jóvenes. ¿Qué es oración para ellos? - ¿Cómo oran? - ¿Cuándo oran? - ¿A quién oran? - ¿Por qué oran? Diferencia entre rezar y orar.

Necesitamos aprender a orar, como los discípulos de Jesús (Lc 11, 1). Por eso hay que dejar preguntar y dialogar sobre todo lo que les inquieta. Con este diálogo descubriremos muchas cosas de la realidad y haremos más aterrizado nuestro proceso. Encontramos jóvenes más adelantados que otros; pero también algunos con resabios o inclinaciones misticoides. A todos los escucharemos y sacaremos una visión de conjunto que oriente mejor nuestro servicio.

- La oración de *Alabanza*. Una verdadera oración se inicia con la alabanza y no con la petición. No sabemos alabar sino pedir. ¿Qué es la alabanza? Alabamos a Dios por lo que *Él es* en nuestra vida, en la historia y en la creación. Ejerci-

cios de alabanza durante el día y compartir en la tarde. Estos ejercicios van a permitir más tarde crear un ambiente de oración, muy propicio para una espiritualidad activa y comprometida.

- La oración de *Acción de gracias*. La mayoría de nuestros jóvenes no saben dar gracias: creen que todo se les debe. Y cuesta mucho enseñarles a ser agradecidos. ¿Qué es ser agradecido? ¿Por qué damos gracias a Dios? Damos gracias a Dios por lo que *Él hace* entre nosotros y en nuestra vida, pero también en la historia de los hombres. Los ejercicios de la semana serán todos de agradecimiento: Ayudarles a descubrir *al Dios actuante* en su vida, de múltiples formas, y a prorrumper en acción de gracias. Pablo nos pide que lleguemos a ser agradecidos (“Eucharistoi guinesthe”: Col 3, 15) por el ejercicio continuo de la acción de gracias.
- La oración de *petición o súplica*. Pide quien necesita: experiencia de la pobreza y la incapacidad humana. La súplica sólo se entiende bien después de la acción de gracias. Suplicar ¿Qué? Santiago dirá que no sabemos pedir o pedimos mal (St 4, 1-3). Por eso es importante, desde los textos bíblicos que se tomen como base, enseñar a pedir bien y pedir “cosas sustanciosas”, para el desarrollo del Plan de Dios sobre nosotros. También aquí, ejercicios durante una semana.
- La oración de *Perdón*. Cuesta mucho reconocer nuestros errores, pero tampoco somos prodigios de santidad. Nos equivocamos, nos cansamos de hacer el bien, fallamos a nuestros compromisos, caemos constantemente. Y esta realidad puede y debe hacerse oración. Es preciso reconocer

nuestro pecado y pedir perdón a quien comprende y es todo misericordia (Sal 103, 1-5).

- La oración de *Ofrenda y Entrega*. El encuentro con Dios por la oración queda corto si no termina en la entrega. Nos damos a Él para que nos tome y nos transforme. La oración debe llevar a la Alianza, y la Alianza concluye en la entrega amorosa. De otro modo "usamos a Dios" para nuestro provecho. ¿Qué es entregarse al Espíritu de Jesús? Ejercicios de ofrenda durante la semana.

Insistamos que durante todo este proceso es importante el ejercicio práctico durante el día y el compartir experiencias, aunque los jóvenes se equivoquen. Con ello, estaremos formando para lo que hemos llamado "el espíritu de oración".

d) **Profundización.** El segundo momento consiste en volver a repetir los mismos pasos, pero apoyados totalmente en la oración de los Salmos. Con ello estamos preparando la formación en la oración litúrgica, pero también enseñamos a conocer, a gustar y a orar con las mismas palabras de la Escritura. Buscamos para cada bloque algunos Salmos, los explicamos brevemente, los oramos despacio, los compartimos en aquellos detalles que más nos impactan y orientamos la oración con las mismas palabras del salmo. Normalmente utilizamos la traducción de "Dios habla hoy", muy apta para principiantes.

- Salmos de Alabanza. Hay muchos; pero nos parece que son más aptos para la formación:
- Salmo 18, 1-3; 9,1-2; 34, 1-3; 100; etc.
- Salmos de acción de gracias: Sal 92; 103; 105; 106; 118; etc.

- Salmos de súplica: Sal 26; 61; 80; etc.
- Salmos de perdón: Sal 51; 32 ; 130; etc.
- Salmos de confianza. Sal 23; 40 ; 62; 123; 125; etc.

Insistamos en que todo este proceso debe ser teórico-práctico. Nosotros acompañamos y animamos a los jóvenes en el camino de oración y vamos notando su progreso o estancamiento. Al animarlos a lanzarse en la oración, estamos también formando para la oración comunitaria.

- e) La oración litúrgica. Sólo ahora viene la explicación y el ejercicio de la oración litúrgica. Para ello es importante tener en cuenta varias cosas: la oración en Israel - La distribución del día y de la noche en Israel - Orar con Jesús y con la Iglesia por el mundo - La oración litúrgica: su estructura y su forma... La Ordenación General de la Liturgia de las Horas es un documento imprescindible y precioso, que bien aprovechado, es un valioso instrumento de formación en la oración litúrgica.
- f) La oración con el cuerpo. Ya en este momento hay una experiencia vivencial rica y formativa: el grupo ora con soltura y camina en el conocimiento del Señor. La formación en la oración corporal, fundamentada en la Escritura, es una maravillosa Escuela de libertad y de vida interior (Cfr. El Cuerpo en oración).

JESÚS, FORMADOR DEL HOMBRE NUEVO

A. El Evangelio de Marcos y el Génesis

Por una serie de detalles, los exegetas piensan que Marcos quiere presentar el Evangelio de Jesucristo como el comienzo de la nueva creación:

- Las primeras palabras del evangelio (1,1) hacen alusión a Gn 1,1.
- El ambiente en que surge Jesús está dominado por la enfermedad (1,32), la esclavitud del demonio (1, 23), la sumisión a poderes extraños (1, 23), la manipulación para el daño del hombre (2, 18-24).
- Con el bautismo de Jesús se inicia la nueva creación: hay en ella una Palabra y una acción creadora de Dios y una presencia novedosa y definitiva del Espíritu (Mc 1, 9-11)
- Aparece Jesús como el hombre nuevo:
 - en total sumisión a Dios (Tú eres mi Hijo amado)
 - y con total señorío sobre la creación (cura y libera a los hombres de toda dominación y de toda injusticia).
- Pero es el Hombre Nuevo que, en las tentaciones del desierto (1, 12-13), realiza la oposición a la caída del primer hombre en el Jardín del Edén (Gn 3, 1...). El primer hombre cae en la tentación y es expulsado del Jardín, a donde los ángeles le impiden regresar.. En el desierto, el Hombre Nuevo, Jesucristo, vence la tentación, convive pacíficamente con los animales del campo (Cfr. Is 11, 6-9) y los ángeles le sirven (detalle propio de Marcos).
- Significativo, igualmente, que los mismos verbos de Génesis 1 los encontremos en los primeros capítulos de Marcos: Como en la primera creación, Jesús es el Creador que “dice y hace” y es capaz de transformar a los hombres en personas nuevas (1, 17). El mismo “ve” y “llama” en su seguimiento (1, 16-20).

- Como en la primera creación, el tentador conoce el mandato de Dios y engaña a la mujer y al hombre (Gn 3). En la nueva creación, conoce bien la persona y la obra de Jesús, pero son vencidos por Él, de modo que no pueden seguir engañando y dominando al hombre: se ven obligados a confesar que Jesús es el Hijo de Dios (Mc 1, 23-28).

Los demás aspectos los veremos en los puntos siguientes: la creación del hombre nuevo y la constitución de una comunidad nueva.

B. El hombre nuevo

Una nueva creación no se puede entender sin un hombre nuevo que la asuma y le de sentido en su historia. Por eso vamos a estudiar ahora cómo presenta Marcos la creación del Hombre Nuevo.

1. La expresión propia de Marcos

Nos gusta mucho y estamos acostumbrados a proclamar el capítulo 3 de Juan cuando queremos hablar del cambio radical del hombre. La experiencia de Juan es: "nacer de nuevo". Mateo tiene una expresión correspondiente en el capítulo 18: "hacerse como un niño". Marcos, en cambio, propone una expresión propia al inicio del evangelio, cuando Jesús llama a los primeros discípulos:

"Venid tras de mí, que Yo haré que lleguéis a ser pescadores de hombres". (Mc 1, 17).

Los pescadores de peces se hacen pescadores de hombres por simple voluntad personal, o por cambio de ocupación, o por un curso de formación...: llegan a ser

(proceso) porque Jesús los hace llegar a ser (acción salvífica).

El hombre nuevo, según el Evangelio, no lo es por decreto, o por decisión personal, o por formación simplemente humana. Marcos en esto es claro, y si queremos elementos que nos sirvan de criterios, podemos decir que hay condiciones:

- Ser vistos por Jesús en la situación propia de cada uno (1, 16, 19; Cfr. 2, 13-14).
- Recibir una invitación: "Venid detrás de mí" (1, 17), de parte de Jesús.
- Responder de una manera personal: "Le siguieron" (1, 18; Cfr. 10, 17.22). Lo que supone y exige un "dejar" o abandonar aquello que ata o separa de Jesús.
- Iniciar un proceso de cambio, en el cual el papel fundamental lo tiene Jesús: "Haré que lleguéis a ser" (1, 17). Es él quien nos cambia y nos transforma; es él quien nos hace hombres nuevos.

2. ¿Cómo construye Jesús el hombre nuevo?

Una lectura detenida de los tres primeros capítulos de Marcos nos da la respuesta, que seguirá desarrollándose y repitiéndose en los otros capítulos del Evangelio. Lo podemos sintetizar en dos momentos que se integran:

- Jesús *libera* de todo lo que oprime y manipula al hombre.
- Jesús *dispone* un hombre nuevo para el testimonio y el servicio.

Los dos verbos claves están buscados y pensados seriamente porque indican una realidad:

- Jesús libera real y activamente al hombre, es su acción salvífica y liberadora;
- Jesús dispone, es decir, prepara y lanza, pero no hace todo por el hombre: sin la respuesta personal, concreta e histórica de cada uno no habrá un hombre nuevo.

3) *¿Qué constituye al hombre nuevo?*

Ahora bien, Marcos nos ofrece cinco aspectos en los que realizan estos dos momentos que vimos:

❖ *Jesús libera de las fuerzas extrañas que dominan al hombre:*

“endemoniados” (1, 32); dominados por el demonio.

“hombre con espíritu inmundo” (1, 23).

La expresión se refiere a unas fuerzas que vienen de afuera y que se van apoderando lentamente de la persona hasta llegar a dominarla e impedirle actuar. El “demonio” es todo aquello que se opone a la realización del plan de Dios en el creyente. Esas fuerzas extrañas pueden ser psicológicas, físicas o espirituales. Y lo dominan tanto que, según Marcos, lo agitan con violencia (1, 26), lo hacen gritar (1, 23-26; Cfr. 5, 3-5), es decir, lo ponen a hacer lo que no quiere.

Pues bien, Jesús libera al hombre y *lo deja libre para confesarlo:*

- Tranquilo y en paz (el que nadie podía tener atado) (5, 15)
 - Ordenado en su personalidad (vestido) (5,15)
 - Con capacidad de juzgar (en sano juicio) (5, 15)
 - Y con la misión de anunciar lo que Dios hizo por él (5, 15).
- ❖ *Jesús libera de la enfermedad*, que hace sentir mal al hombre y lo postra en cama (1, 30) o le impide actuar (3, 1).

Jesús cura (1, 34), acercándose al enfermo, tocándolo, dándole una palabra de ánimo y *deja libre para servir a la comunidad* (1, 31).

- ❖ *Jesús libera al hombre de toda impureza* que impide participar en la comunidad.

En la ley había una serie de circunstancias o enfermedades que hacían “impuro” al hombre:

- El tocar o comer ciertos animales (Lv 11),
- El dar a luz (Lv 12),
- Una enfermedad de la piel (Lv 13),
- La pérdida del cabello (Lv 13),
- La relación sexual y otra serie de expresiones del sexo humano (Lv 15).

Todo esto apartaba al creyente de la comunidad local y no le permitía participar en el culto del Señor.

Jesús purifica al hombre con su amor (1, 41), tocándolo él mismo sin quedar impuro y *deja libre para la reintegración en la comunidad y para la celebración cultural*. (1, 44-45).

- ❖ *Jesús libera del pecado*, que nace del corazón del hombre (7, 14-15) y no le deja actuar plenamente el plan de Dios.

Para muchos judíos, el pecado estaba en la desobediencia a la Ley de Dios o en acciones concretas contra ella. La insistencia iba sobre la acción externa.

Jesús tiene poder para perdonar radicalmente el pecado del hombre,
perdona con amor a quien se arrepiente con fe (2, 5),
enseña que el pecado no está en la acción cuanto en una actitud interior del corazón (7, 14-15),
llama a los pecadores a su seguimiento (2, 14 17)
los invita a compartir su mesa (2, 15-16).

Por lo mismo, no sólo perdona los pecados sino que *deja libre al hombre para que lo siga y comparta la mesa con Jesús y los hermanos.*

- ❖ *Jesús*, por último, *libera de las estructuras* que, en lugar de servir y ayudar al hombre, lo oprime y no le dejan realizarse.

Normalmente, las estructuras son:

- Obra humana: el hombre las hace (obra creativa)
- Al servicio del hombre: para un objetivo concreto de realización de la persona y la comunidad.
- Son, por lo mismo, funcionales.

Con todo, cuando se hacen centrales en la vida humana o son manipuladas hasta volverse objetivos de la vida, oprimen y esclavizan.

Marcos nos propone, concretamente, tres estructuras:

- El Sábado (2, 23) Para el descanso y la alabanza cultural
- El Ayuno (2, 18) Para la conversión y la solidaridad
- Las Leyes sobre pureza e impureza (7, 1) Para la participación en el culto.

Si hacemos una lectura detenida de los tres primeros capítulos de Marcos, descubrimos cómo estas tres estructuras se repiten continuamente: centralizan la vida del hombre y han llegado a absorber y dominar la realización de la persona hasta quitarle la libertad.

Jesús libera de las estructuras, colocándolas en su puesto de ser funcionales, y *deja libre para servir al Señor y realizar la caridad*:

- El Sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado (2, 27-28). De hecho, Jesús siguió participando todos los sábados en la sinagoga, y lo mismo hizo la comunidad cristiana, hasta que fue expulsada del judaísmo.
- El Ayuno: cuando hay una experiencia profunda de Jesús y un gastarse al servicio de los hermanos, no hay que ayunar (2, 18-20).
- Las Leyes de pureza ritual: lo que hace impuro al hombre es lo que sale del corazón (7, 14-23).

C. La comunidad nueva

Para Marcos, el Hombre Nuevo se realiza plenamente en una Comunidad Nueva que es "la Familia escatológica de Jesús" (3, 31).

1. Comunidad y familia

Estas dos expresiones nos remiten a otras dos realidades "antiguas": la comunidad de las doce tribus de Israel y la familia humana de Jesús.

Marcos quiere hacer una contraposición con ellas:

- Frente a la comunidad de Israel, Jesús constituye y crea la Comunidad de los Doce (3, 13);
- Frente a la familia humana, Jesús constituye con los discípulos que lo siguen y escuchan su "familia" definitiva (3, 31-35).

2. ¿Cómo forma Jesús la Comunidad Nueva?

Dos textos centrales de Marcos nos dan la respuesta:

- 3, 13-19: Es el texto de la elección de los Doce. Allí es preciso subrayar un detalle propio de Marcos quien, al referirse a esta elección, dice dos veces que Jesús "creó Doce". Es el mismo verbo de la creación en Génesis 1 y aquí es mucho más rico que el simple "constituir", como traducen algunas biblias, porque Jesús está creando la Comunidad Nueva.

¿Y por qué Doce? Por las doce tribus del pueblo antiguo: Los Doce son el Pueblo de la Nueva Alianza.

- 6, 30-44: La primera multiplicación de los panes. Tiene un objetivo catequético preciso, apoyándose en una serie de textos del Antiguo Testamento que dan como la pauta del mensaje:
 - Jesús y sus discípulos están trabajando por el anuncio del Reino y están literalmente absorbidos por la gente, hasta el punto que no les queda tiempo ni para comer (6, 30-31). Son buscados por la gente y a ella le dedican su tiempo; pero a la hora de darle de comer, Jesús manda que se sienten todos y divide el gentío en grupos de cien y de a cincuenta.

Todos estos elementos hacen referencia a Éxodo 18, cuando Jetró le dio un consejo a Moisés como jefe del pueblo (Ver allí los detalles paralelos a Marcos 6, 30-44).

De acuerdo con estos, Marcos quiere presentarnos a Jesús como el nuevo Moisés, el jefe del Pueblo Nuevo, que constituye una Comunidad bajo la dirección de los Doce: a ellos les encarga Jesús la división del pueblo en grupos y la distribución del Pan, lo mismo que la recolección de las sobras.

El diálogo entre Jesús y los discípulos acerca de cuántos panes tienen (Mc 6, 30-38) y la recolección de las sobras (6, 42-44) hacen referencia a Eliseo, profeta del pueblo (Cfr. 2 R 4, 42-44). Jesús es, así, el nuevo y definitivo Profeta que alimenta al Pueblo de Dios.

- Cuando Jesús desembarca y encuentra la multitud, siente compasión de ellos porque “era como ovejas sin pastor” (Mc 6, 34) y se puso a ense-

ñarles largamente. Pero después los hace sentar “sobre la verde hierba” y los alimenta. Inmediatamente pensamos en Éxodo 3, 7, el Salmo 23, Ezequiel 34 y otros textos sobre Yahvé como Pastor del pueblo. Para Marcos, Jesús es el nuevo y definitivo Pastor que cuida de sus ovejas con amor y las reúne en un Nuevo Pueblo.

Para Marcos, entonces,
Jesús es el Nuevo Moisés (jefe de la Comunidad Nueva)
el Nuevo Profeta (que ofrece la Palabra de Vida)
el Nuevo Pastor (orienta y guía el Pueblo Nuevo)
que crea la Nueva Comunidad (el Pueblo de la Nueva Alianza)
a partir de la Palabra, enseña
y el Pan, Eucaristía
y la coloca bajo la responsabilidad de los Doce.

APRENDIENDO LA EXPERIENCIA DEL DEUTERONOMIO

Partiendo de nuestra experiencia de vida, he buscado en la Palabra un texto que pueda iluminar y orientar nuestro trabajo. Me he encontrado el Libro del Deuteronomio y lo propongo como orientación básica de nuestro retiro.

El Deuteronomio no es un libro de un autor. Es la experiencia de un pueblo, leída, asumida y ofrecida a todos como una experiencia de salvación. Y como experiencia de salvación abierta y disponible se hace Palabra de Dios a su Pueblo que peregrina en los avatares de la historia humana.

a) La experiencia de un pueblo

Tratemos primero de ver cuáles fueron las etapas de la historia en la comunidad israelita que prepararon la elaboración del Deuteronomio.

- ❖ La infidelidad de todo un pueblo (siglos VIII-VI).
 - Reyes, dirigentes y todo el pueblo fueron infieles a la Alianza del Sinaí.
 - Esta infidelidad se manifestó con frecuencia en la idolatría y apostasía.
 - Muchas veces condujo a la persecución contra los profetas de Dios, a veces hasta el asesinato.
 - Lo más grave de todo es que fueron *perdiendo lentamente la propia identidad como pueblo de Dios*.

- ❖ El exilio en Babilonia (siglo VI).
 - La nación que dominaba el mundo del momento: Babilonia, los sitia, los derrota y los domina, llevando la mayoría al exilio. Lo pierden todo irremediablemente.
 - Allí experimentan el dolor, el abandono, la pobreza y la miseria. Es un pueblo desolado que no tiene consuelo (Lamentaciones). Sin embargo, Dios les ofrece el servicio de profetas como Ezequiel, el segundo Isaías.
 - Pasan por una crisis muy honda de valores; experimentan el vacío de la vida y *luchan por sobrevivir*.
 - *Han perdido el sentido de los valores*.

- ❖ El regreso a la Tierra (siglo V).
 - Es regresar a lo propio, a lo que les ha pertenecido desde siempre como regalo de Dios.

-
- Allí luchan por recuperar la tierra por cosechar (bienes)
por establecerse (familia)
 - Van sintiendo la necesidad de la solidaridad, de la unidad, la fe... Algo que los una como nación y como pueblo. Algo que le dé sentido a su esfuerzo.
 - De la lucha por sobrevivir van pasando a la *lucha por vivir* como raza elegida en la historia.
 - Recuperan el sentido de la vida, de la fe y de los valores.
 - *Recuperan la propia identidad como pueblo = Hacen memoria.*

❖ En este contexto surge el Deuteronomio.

- Como reflexión colectiva sobre la experiencia histórica del pueblo (Dt 26, 6-9)
- Como reflexión colectiva sobre la identidad de Israel (Dt 14, 1-2)
- Como reflexión colectiva sobre su misión en la historia.
- Escrito al final del Destierro y después de él, el libro hace una relectura de los orígenes del pueblo en el Éxodo y de la caminata por el desierto hasta llegar a la tierra, pero *desde la vivencia histórica* del destierro y el retorno. Hay casi una comparación en paralelo de las dos realidades:

* Opresión en Egipto	* Opresión en Babilonia
* Liberación-Éxodo	* Liberación-Nuevo Éxodo
* Caminata por el desierto	* Vuelta a la tierra: nuevo desierto
* Conquista de la tierra	* Reconquista de la tierra y Reconquista de la identidad.

b) Iniciación de la caminada

El pueblo, pues, está de nuevo en su tierra y comienza la reconstrucción de su identidad como nación y como pueblo consagrado.

❖ Dificultades que se presentan:

- El miedo, el susto: 1, 21
- La inseguridad: 1, 22-25
- Las críticas y la negatividad: 1, 26-27 (nos quieren molestar)
- La desconfianza: 1, 32
- Ciertas personas que influyen negativamente (9, 12-14; 13, 7-17).

❖ Palabra de apoyo

A esta situación, comprensible por los acontecimientos vividos, responde Dios con una palabra profética que anima y lanza a la lucha y a la caminada.:

- “¡Adelante, en marcha!”: 1, 6
- “Esto es vuestro” : 1, 8
- No al miedo: 1, 21. 29
- Seguridad en el Señor: 1, 30-31
- Experiencia de su presencia actual, como la hubo antes: 1, 33.

c) La pedagogía de Dios

Toda caminada es un riesgo y una experiencia de vida que necesita un “conductor o guía”. Por eso, el Señor mismo se ofrece a su Pueblo como Aquel que es el Único capaz de conducirlo por el Desierto hacia la Tierra prometida. *Y el Desierto y la Tierra*, en la experiencia

del destierro, ya se han vuelto temas teológicos para expresar toda la lucha y el esfuerzo de una comunidad creyente por alcanzar la realización de su servicio en la historia.

Asumida, entonces, su realidad de Guía, nos podemos preguntar cuál es la pedagogía que Dios utiliza para "educar" (e-ducere = sacar de y conducir por) a su pueblo. Releyendo sobre todo, el capítulo cuatro del Deuteronomio, nos encontramos con cuatro pasos fundamentales.

Estos cuatro pasos están íntimamente unidos como formando un todo. Los separamos sólo para comprenderlos y asumirlos mejor; pero recordemos que van unidos, e incluso se entremezclan en el texto. Además, los cuatro pasos están planteados en la forma verbal YO-TU: Quien habla es el Señor; a quien le habla es el pueblo. Tal es el diálogo salvador propio de la Alianza. Es por tanto, una pedagogía para ayudar al pueblo a vivir la Alianza.

❖ "Pregunta": Cuestionamiento

Es interiorización de una situación, Toma de conciencia, Reflexión, Recuperación de lo vivido. Gracias al cuestionamiento, volvemos a la propia historia, la enfrentamos con serenidad y sin miedo, porque queremos encontrarle su sentido. Leer 4,7-9 y 4,32-34

Mirando los textos, encontramos que hay ciertas preguntas fundamentales. Esas preguntas las tenemos que hacer en nuestra vida, sin temor:

- ¿Quién? Es la pregunta sobre el Autor de la acción. ¿Quién está en la acción y en el corazón de

todo? Es ayudar a descubrir al Señor en el corazón de nuestra propia historia personal.

- ¿Qué? Es la pregunta sobre la acción. ¿Qué cosas ha hecho en mi vida? La respuesta, nos conducirá siempre a descubrir "las maravillas" de la salvación de Dios. Pero es también la pregunta sobre el objetivo: ¿Qué pretende Él de mí? ¿Qué espera? Un compromiso de toda la persona y de toda la vida
- ¿Por qué? Es la pregunta sobre la motivación. ¿Por qué lo haces? Por amor a nosotros y por fidelidad a sí mismo y a su plan.
- ¿Para qué? Es la pregunta sobre el sentido y el fin de su actuar. Para "consagrarnos" plenamente a Él y para "santificarnos".
- ¿Cómo? Es la pregunta sobre los medios que utiliza. Fue la pregunta que, con toda razón, se hizo María (Cfr. Lc 1,34) y que también aparece aquí en Dt 7, 17.

El que se cuestiona no deja pasar en vano los acontecimientos como cuando ve pasar el río. Intenta detener por un momento el correr de la historia y quiere desentrañar su sentido. Pero no se queda en lo superficial; penetra en lo profundo de las cosas y los acontecimientos. Cuestionarse no es dudar. Es indagar, es buscar.

❖ **"Mira":** Visión de la realidad con los ojos de Dios.

Papel de los ojos en la vida diaria. Los ojos nos sirven para situar las cosas, para distinguir y separar (por eso decimos: "mire bien"), para comprender y

confirmar (Juan dice que el discípulo a quien amaba Jesús, fue, vio y creyó: Jn 20,8).

Mirar es buscar, tantear, inquirir. Es una invitación a saber ver y leer los acontecimientos con "otra mirada" distinta a la humana. Los acontecimientos diarios, cuando son vistos con una mirada humana, con frecuencia desconsuelan, desaniman o frustran. Se necesita la mirada de Dios, que tiene otra perspectiva (por encima del espacio y del tiempo; por eso es "meta-histórica").

Leer 3, 21; 4, 3; 4, 19-20; 4, 29-31; 4, 35-38.

❖ "Escucha": Aprender como discípulos.

Papel de los oídos en la vida diaria. Escuchar sirve para:

- Orientar hacia algo o alguien.
- Concentrar la atención
- Ahondar en algo; por eso utilizamos la expresión: "Aguzar el oído"
- Actuar. Por eso, cuando escuchamos, casi siempre decimos: "Ya voy" y nos ponemos a la obra.

Escuchar es acoger, aceptar.

Leer 4, 1-6; 4, 12-14; 4, 30-31; 4, 36-38. Por los textos, notamos cómo Dios enseña preceptos y normas; el pueblo escucha: Acoge, aprende, obtiene seguridad, practica y guarda. Por eso, se vuelve sabio, inteligente y testigo de Dios en la historia.

❖ "Recuerda": Memoria liberadora de la historia.

Papel de la memoria en la vida diaria. La memoria:

- Vuelve al pasado, a los hechos marcantes de la historia personal y comunitaria

- Revive las acciones y sentimientos
- Actualiza los hechos
- Mantiene vivo un hecho, una persona
- Da identidad.

Recordar es aprender, es guardar, es vivir.

Leer 4, 9; 4, 23-24; 4, 39-40.

d) Exigencias de la caminada

El llamado "Segundo discurso de Moisés" (4, 4-11, 32) comprende algunos principios básicos para hacer la caminada en la historia. Puestos en boca de Moisés, el fundador de la comunidad, es un intentar volver a los orígenes para encontrar allí el sentido del trabajo por construir una verdadera comunidad.

❖ Centrarse: Volver a lo fundamental.

Eso está expresado por dos elementos:

- **Las "Diez Palabras"**, que son como un "camino de vida": 5,33. Se llaman así porque corresponden a las cláusulas de un "pacto de vasallaje" entre un rey y sus súbditos (Cfr. Ex 20, 1-17). Como tal, son un *don* del poderoso a los débiles. Pero es un compromiso común: "Yo seré vuestro Dios, vosotros seréis mi pueblo".(Ex 19, 5-6; Dt 5, 6).

Las Diez Palabras son un regalo de Dios a su comunidad, no una imposición alienante. Por eso son "un camino" de vida para llegar a vivir la identidad de "pueblo consagrado al Señor" (Dt 5, 33).

Al regresar de Babilonia, la comunidad reasume las Diez Palabras y las aplica a la nueva situación del retorno, mediante el llamado "Código deuteronomico" (Dt 12, 1-26, 15). Con eso, está haciendo una actualización de las Diez Palabras para vivir mejor su identidad.

Es lo que hace Jesús y la comunidad cristiana. Más que quedarse en los detalles de las Diez Palabras, prefieren sintetizarlo todo en dos mandamientos básicos que forman UNO: Amar a Dios y amar al hermano (Mt 22, 34-40; Rm 13, 8-10). Pero un amor que se vuelve servicio: servicio de alabanza a Dios, servicio de entrega al hermano (Cfr. Ga 5, 13-14).

- El "Shemá Israel", que sintetiza todo en la unidad y el amor (6, 4 ss), unifica e integra la vida del creyente (ojos, manos, pies, corazón, mente...) y lo centra en el amor único al Señor.

El verbo con el que se inicia este "credo judío" no es fortuito: "Escucha". La actitud básica del creyente es escuchar, y se expresa como un "tener los oídos atentos" a la voz de Dios, en los hechos y en la Palabra de los Profetas. Así, cuando un profeta quiere comunicar el mensaje del Señor, su intervención comienza a menudo con la expresión: "Escucha la Palabra del Señor..." (Cfr. 1 R 22, 19; 2 R 7,1; Is 7, 13.8, 9; Jr 2, 4. 5, 21, etc.).

¿En qué consiste el escuchar? Hay dos expresiones típicas, pero a la vez simbólicas para indicar esta actitud: "Dar oído al Señor" (Ex 19,5; Dt 1,43) e "inclinarse el oído hacia el Señor" (Sal 78, 1; Pr 22, 7). Ellas proponen un esfuerzo de acercamiento, de generosidad y de donación: Tales son las características de una seria y buena audición.

Pero si vamos al contenido de lo que un creyente debe escuchar y vivir, el mismo "Shemá" nos lo sintetiza en dos puntos fundamentales: El Señor es Uno (centralidad de Dios) y lo amarás con todo el corazón (donación a Él). Quien ha centrado y edificado su vida en Dios y lo ama por encima de todo, es una persona que ha sabido escuchar el plan de Dios en su historia. Por eso, los dos aspectos son como el quicio fundamental de su propia experiencia de vida, y "los retiene, repite y proclama" en el corazón, las manos y las puertas de su casa. Lo cual quiere decir que los sabe vivir en la manera como organiza su afectividad (corazón), su acción ordinaria (manos) y sus relaciones comunitarias (casa).

El Israelita creyente repite el "Shemá" todos los días, en la mañana y en la tarde. Es parte de su oración diaria en las llamadas "18 bendiciones" (Shemoné egré), lo que significa que, al comenzar y al terminar el día, quiere centrarse de nuevo en lo fundamental que constituye su vida: Dios su Señor. Repetirlo durante el día es hacer de una realidad central una oración y un deseo profundo. El "Shemá" se vuelve oración y necesidad. Quien construye su vida centrado en esta realidad, la unifica y la integra. Por eso, el "Shemá" es una síntesis (Cfr Dt 10, 12-13).

Con términos del Evangelio, el creyente es consciente de que edifica su vida y su historia sobre roca firme (Cfr. Mt 7, 24-27). El creyente del Nuevo Testamento está centrado en Cristo (Flp 3, 7-10). Sabe bien que Cristo es la Cabeza, el Centro y el Fin de todo (Col 1, 15-20). Se une a Él y todo lo hace en Él y para Él (Col 3, 17).

Fue lo que vivió Juan Eudes en lo que llamó: “El Rosario de amor a Jesús”, que no es más que el “shemá” del Deuteronomio hecho oración diaria y continua:

“Señor Jesús: te amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas y quiero amarte siempre más y más. Amén”. (OC I pág. 402).

O también esta otra ampliada, al final de Vida y Reino de Jesús:

Señor Jesús, quiero que reines dentro de mí. Reina y domina a pesar de tus enemigos.

Oh mi amado Jesús, sé para mí Jesús. Oh mi todo, sé todo para mí: en el pasado, en el presente y en el futuro.

*Una sola cosa me es necesaria, fuera todo lo demás!
Sólo quiero una cosa y esa sola cosa busco, a ella sola amo*

porque es para mí, Todo: JESÚS.

Sólo quiero a Jesús, a Él sólo busco, lo amo y lo quiero amar

con todo el amor del cielo y de la tierra. Amén (OC I págs. 563-564).

Entendemos por qué el llamado “Tercer discurso de Moisés” (Dt 26, 16-28, 68) es como una ampliación del “Shemá”. Notar sobre todo, 26, 16-19).

Ahora bien, para el Deuteronomio, estas dos realidades (las Diez Palabras y el Shemá), rectamente vividas, ofrecen la felicidad: 5, 16.29.33; 6, 18.24.

❖ **Conciencia de ser “consagrados” al Señor.**

“Somos de Él”, afirma con insistencia el libro y lo dirá la oración del pueblo: Dt 18, 13; salmo 95, 7; 100, 3.

Somos de Él, de nadie más. Por eso no puede haber otro “señor” en nuestra vida; nadie más puede dirigirla y orientarla. Somos “posesión de Dios”, su “propiedad personal” (seguláh, en Ex 19, 5).

Esta conciencia se vive y se expresa en la confesión de las acciones maravillosas de Dios en la historia del pueblo:

- Nos sacó y liberó: 6, 14-24.
- Nos consagró: 7, 6; 14, 2.
- Nos amó: 7, 7.
- Es fiel: 7, 9 ss.

Entendemos mejor la actualización que de esta realidad hace Jesús en su oración sacerdotal (Jn 17). Juan la propone como una oración de Jesús en su Hora (Jn 13,1). Es la oración de Jesús victorioso, que El dirige a su Padre antes de tomar posesión de su trono (la Cruz). En ella aparecemos como:

“Los tuyos, Padre” (17, 6.9.10) Somos posesión y propiedad suya.

“Los míos, Padre” (17, 2.6.9.10.12.24).

“Los que Tú me diste”: Regalo del Padre a Jesús.

Y por nosotros ruega:

“Cuídalos, vela por ellos, no los dejes perder” (17, 11-12).

“Guárdalos del Maligno” (17, 15).

"Santificalos: Que sean "otros" en la verdad (17, 17-19).

"Únelos y ámalos" (17, 21-23.26).

"Unidos a mí, contemplan mi gloria" (17,24).

❖ **Conciencia de pequeñez y de fuerza.**

Es una doble realidad que manifiesta oposición pero se integran. Somos débiles y por eso fallamos mucho; pero, al mismo tiempo, somos conducidos por el Señor y llegamos a ser fuertes. Es lo que se lee a lo largo de 8,1-10.11..

La pequeñez se manifiesta en ésto:

- Enorgullecernos de las conquistas adquiridas (8, 11-14; 9, 4-6).
- Perder la memoria y servir a otros dioses (8, 19).
- Rebeldía permanente con el Señor, terquedad, recaída continua (8, 7ss).

La grandeza de Dios y su fuerza, por su parte, se manifiesta continuamente:

- En la liberación y la salvación (9, 1-3).
- Pero también en la donación reiterada de las Diez Palabras y la Alianza (9, 10; 10, 1-5).
- La conducción pedagógica por el desierto de la vida (8, 2-5).
- Por eso es fundamental mantener la doble realidad como una experiencia de vida: 8, 17-18.

En términos evangélicos, Pablo nos da un ejemplo en su vida. Sabe que puede "engreirse" por lo que hace (él mismo verbo de Deuteronomio 8, 11-14), pero reconoce su debilidad y sufre por ella. Pide tres veces la superación del problema (notar la

simbología del número), y el Señor le responde: "Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza" (2 Co 12, 9). Pablo aprende la lección y repite esta experiencia de vida en dos cartas posteriores:

- "Todo lo puedo en Aquel que me conforta" (Flm 4,13).
- "Me afano luchando con la fuerza de Cristo, que actúa poderosamente en mí" (Col 1, 29).

❖ **Compromiso continuo.**

Es lo que desde esta época se comienza a llamar "circuncisión del corazón" para manifestar el esfuerzo permanente de renovar la Alianza con el Señor y llegar a ser fieles a Él (10, 12-11, 32).

La circuncisión física ya había sido hecha como señal de la Alianza con Dios. Cómo renovar la Alianza continuamente? Volver al signo inicial y transformarlo, era una manera, pero hablando del corazón (Jr 4, 4) y de los oídos (Jr 6, 10), hay que circuncidar el corazón para amar y vivir de acuerdo al Señor (Dt 30, 6).

Por eso la insistencia en poner el corazón y el alma en el amor y el servicio al Señor (Dt 11, 1.13.16.18.22)

Más tarde, Pablo hablará de lo mismo: La verdadera circuncisión, la que hace al verdadero creyente, es la del corazón: Rm 2, 25-29; Ga 5, 6; 6, 15, etc.

Todo conduce, pues, a la renovación de la Alianza. Pero una Alianza que siempre será libre: por eso la oferta de la bendición y la maldición; del doble ca-

mino y de la posibilidad de escoger. (Cfr. Dt 11, 26-28; 30, 15-20).

Conclusión

Las personas que intervienen en la pedagogía de Dios.

Dios se vale de canales humanos para realizar su obra. Actúa y salva a través de personas. Durante los acontecimientos del Destierro y del Retorno aparecen varios personajes:

1. Ezequiel: Trabaja en dos etapas:

- Antes del destierro (7 años), en Jerusalén, para destruir las falsas esperanzas del pueblo en Egipto y en Sedecías. Pero también para anunciar que la catástrofe va a ser grande. Se ha sepultado toda una esperanza; todo es inevitable.
- Durante el destierro trabaja con dos criterios:
 - La situación grave exige un juicio sobre el hombre y la historia. Se podría sintetizar con un verbo en imperativo: **Reconoce**.
 - La nueva esperanza para el pueblo que se fundamenta en la fidelidad de Dios: **Espera**.

El primer criterio coloca todos los verbos en pasado, el segundo, en futuro (Cfr. Ez 34; 36, 16-38; 37, 1-14).

2. El segundo Isaías.

Cfr. el estudio que sobre este asunto ha realizado Carlos Mesters.

EL ACOMPAÑAMIENTO PERSONAL

A. Descripción

Apoyándonos en algunos textos del Nuevo Testamento podemos deducir una descripción sencilla de lo que puede ser el acompañamiento personal en el trabajo de formación.

Juan 1

Juan Bautista muestra a dos de sus discípulos quién es Jesús y les orienta el camino para que vayan tras él y se inserten: en su escuela: v. 40-42.

Andrés, una vez que tiene la experiencia con Jesús Maestro, busca a su hermano Simón y lo lleva a Jesús: v. 40-42.

Felipe, luego de ser llamado por Jesús, se encuentra con Natanael y lo invita para que conozca y vea a Jesús. v. 45-51.

Marcos 4

En la parábola del sembrador, la semilla es siempre buena porque es el Reino, pero la tierra es variada y esa somos nosotros. El trabajo de evangelización consiste en sembrar la Palabra en el corazón del otro, regarla, cuidarla, para luego cosechar.

B. Pasos fundamentales del acompañamiento

Aunque hay muchas maneras de enfrentar el hecho, nos podemos apoyar en la experiencia de Pablo. Cuando escribe la carta a los Filipenses (unos 25 años des-

pués de su encuentro con Jesús) resume su proceso de vida cristiana. Nosotros podemos encontrar en él los diferentes pasos de un acompañamiento.

❖ Asumir la propia realidad histórica (“tengo motivos para confiar en la carne...” v. 4-6).

- La historia personal: origen, familia, educación, cultura, valores religiosos. De todo esto tiene que ser consciente el candidato al ministerio.
- La identidad propia, que en nuestro caso es el ser varón, las cualidades personales, las debilidades propias. Todo lo cual exige una actitud realista que podríamos sintetizar así:
 - La reconciliación consigo y con su historia
 - El asumir sus valores
 - El asumir sus vacíos y fracasos.

Todo esto lo podemos lograr con algunos medios sencillos: la autobiografía, el test de personalidad, el diálogo personal.

❖ Dejar algo (“lo he juzgado pérdida...” v. 7-8).

Iniciar un proceso de purificación, tratando de superar
Todo aquello que lo domina
Todo aquello que lo disminuye
Todo aquello que lo aleja de Jesús
Todo aquello que no va con su identidad.

❖ Adherirse, optar por Jesús, el Señor, como Centro de la vida (Cristo Jesús mi Señor... v. 8).

De la renuncia se pasa a la adhesión. Es el momento de una decisión personal por Jesús, producto de

una experiencia. Esta opción debe renovarse continuamente en las luchas de la vida.

- ❖ Organizar una escala de valores ("Todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo... v. 8). Todo ello plantea lo siguiente:

Una visión nueva de las cosas: relativizarlas.
Saber centrarse en Jesús: poner en Él su corazón
Saber distinguir entre lo fundamental, lo necesario,
lo importante, lo interesante,
lo secundario, lo superficial...

- ❖ Trabajar en el crecimiento y fortalecimiento de la vida cristiana ("Ser hallado en él... v. 9-16). Este trabajo es permanente a lo largo de la vida y, según Pablo, comprende los siguientes aspectos:
 - Olvidar lo que quedó atrás.
 - Crecer en el conocimiento y el poder de la Pascua.
 - Tener conciencia de ser llamado y alcanzado por el Señor.
 - Luchar constantemente por "alcanzar al Señor".
 - Tener capacidad de "seguir adelante, sea cual sea el punto al que se ha llegado".

C. Medios

- ❖ **De parte del Formador:** La entrevista periódica, la oración, la apertura de amistad.

Con frecuencia en las entrevistas se vive lo de Lucas 15,8-9: Algo se pierde entonces:

- Escuchar atentamente.
- Encender una luz.

-
- Barrer la casa: ayudar a poner orden.
 - Buscar hasta encontrar.
 - Saber alegrarse.

❖ **De parte del candidato: El Proyecto Personal de Vida. (PP V).**

Al terminar los ejercicios al inicio del año escolar y, después de haber retomado su situación personal ante Dios, ante sí mismo y ante su compromiso eclesial, es una orientación de la vida personal y una alianza con Dios. El P.P.V. comprende:

- Un objetivo general para el año.
- Un objetivo específico por áreas o dimensiones de la formación.
- Unas metas concretas a lograr en el año (dos por dimensión).
- Unas acciones o medios (dos por meta).

Este Proyecto Personal de Vida es revisado, ojalá cada mes, con el director espiritual y con el director de grupo. Es igualmente evaluado y relanzado semestralmente (Cfr. PDV 61 y Directrices N° 57).

IV. EL ITINERARIO DE LA FORMACIÓN ESPIRITUAL EN LOS SEMINARIOS MAYORES

*Pbros. Carlos Alvarez,
Carlos Juliao,
Ignacio Meriño*

Elaboración del documento

Unos meses antes de la publicación oficial de la exhortación *Pastores Dabo Vobis*, nos pidieron un servicio para directores espirituales de los seminarios mayores de Colombia. Lo hicimos con gusto y con pasión. Fuimos tres Eudistas: P. Carlos Alvarez G, P. Carlos Juliao V, P. Ignacio Meriño. El proceso que seguimos fue sencillo:

1. Tratar de ser prácticos y concretos, partiendo de la realidad que conocemos y del servicio como formadores.
2. Buscar un Objetivo General de la formación espiritual y dos objetivos específicos para las dos etapas

que normalmente desarrollaremos en nuestros seminarios, la filosofía y la teología.

3. Elaborar un itinerario por cursos, aún sabiendo que no podíamos ser tan precisos hasta el punto de fijar tal o cual elemento de la vida espiritual en uno u otro año de formación. Sabiendo que la formación es un camino y un proceso, muchos aspectos deben ser trabajados durante años porque las convicciones o las virtudes no se obtienen simplemente por decretos sino con lucha y con esfuerzo además de la gracia.
4. Dialogar con los mismos jóvenes en formación para escuchar su parecer y ver si sentían como fotografiados en nuestro itinerario. La respuesta fue muy positiva y nos confirmó en el trabajo.
5. Revisar y presentar a la reunión de directores espirituales el producto de nuestro esfuerzo. La reunión de hecho, asumió casi todo y agregó algunos aspectos concretos. Después, en diversos cursos del DEVYM se le han hecho aportes.

De esta manera, el trabajo que presento es un trabajo en equipo, un trabajo Eudista y a partir de nuestra propia experiencia. Les podrá servir, entre otras cosas, para:

- La elaboración de los informes semestrales o anuales de los estudiantes al Obispo o superior respectivo.
- El seguimiento personal de los estudiantes en la dirección espiritual.
- La determinación de políticas a seguir en la formación de los diferentes grupos de vida.

6. El *Itinerario* no lo dice todo, pero es una ayuda y una orientación. Por eso mismo es imposible pedirle perfección, cada uno, cada grupo o país lo podría adaptar a su situación y realidad.

EL OBJETIVO GENERAL DE LA FORMACIÓN ESPIRITUAL DEL SEMINARIO

Elementos para tener en cuenta

- Docilidad al Espíritu. Conversión.
- Formación del discípulo: Seguimiento radical.
- Configuración con Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor.
- Encarnación en la realidad.
- Servicio a la comunidad eclesial.
- Fraternidad presbiteral.
- Actuación en nombre de Cristo Cabeza.

Enunciado del objetivo

Formar al discípulo en el seguimiento radical de Jesús y lograr su configuración con Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor, para que, abierto a la acción del Espíritu, encarnado en una realidad concreta y en comunión con sus hermanos en el presbiterio, llegue a servir a la comunidad eclesial y a actuar en nombre de Cristo Cabeza.

Explicaciones

Se trata, en primer lugar, de formar al *discípulo* que desde su bautismo ha sido consagrado y que está llamado a realizar un proceso de seguimiento radical del Señor a lo largo de toda su vida. Indudablemente, dicho proceso implica una conversión a un nuevo estilo

de vida, un superar cualquier otro seguimiento anterior.

En segundo lugar, se trata de que el discípulo se vaya configurando a lo largo de la formación (inicial y permanente), con Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor. Es decir, que vaya asumiendo las virtudes pastorales del Señor, encarnándolas radicalmente en su vida y en su acción. En el fondo se trata de entrar en la "escuela" del Evangelio, para después, sacramentalmente, poder actuar en el nombre del Señor y de su Iglesia.

Ahora bien, dicho proceso es *integral*: "La auténtica formación para el sacerdocio debe cultivar explícitamente la dimensión espiritual en los candidatos. Esta formación espiritual no ha de mirarse como un aspecto contrapuesto a la doctrina o la pastoral, sino como la obra del Espíritu que, con el concurso de múltiples mediaciones, va transformando misteriosamente la vida del Cristiano por la caridad que difunde en el corazón del hombre"⁶⁸.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

Normalmente se ha considerado que la formación espiritual del Seminario tiene dos etapas: la etapa de estudios filosóficos y la etapa de estudios teológicos. Actualmente se habla de otra etapa llamada "intermedia" o de experiencia pastoral y que se puede dar al acabar la filosofía, interrumpiendo una de las dos etapas o al final de la teología⁶⁹.

68 Cfr. Normas Básicas-Ratio Colombiana No. 117.

69 Cfr. Directorio Eudista de Formación en los Seminarios, pp. 44 y 53; Ratio-Colombiana 113 - 116.

Objetivos específicos de la Etapa Filosófica

Elementos para tener en cuenta

- Contamos con un hombre con una historia personal concreta que quiere conocer a Jesús Maestro.
- Con un interés: ser presbítero al servicio de una comunidad.
- Que está recibiendo una formación filosófico-humanista sobre el mundo, el hombre y Dios.
- Esta etapa está centrada fundamentalmente en la formación del *discípulo* con miras al ministerio.
- Para esta formación del discípulo hay que tener en cuenta:
 - Conocimiento y experiencia de Jesús.
 - Experiencia de su Escuela (vida comunitaria).
 - Aprendizaje de sus criterios y sentimientos.
 - Al mismo tiempo se facilita el discernimiento que permita su opción vocacional en la Iglesia.

Enunciado del objetivo

Formar al hombre como discípulo en el conocimiento y vivencia de Jesús-Maestro, en la experiencia de su Escuela y en el aprendizaje de sus criterios y sentimientos, para que iniciando su configuración con Cristo defina más claramente su opción presbiteral al servicio de la Iglesia.

Objetivo específico de la Etapa Teológica

Elementos para tener en cuenta

- Contamos con un discípulo que opta más definidamente por el ministerio presbiteral.
- Se quiere lograr la configuración con Cristo:
 - Maestro: Palabra.
 - Sacerdote: Culto-Liturgia.
 - Pastor: Servicio.

Para ello es preciso:

- Asumir la vida apostólica con las virtudes pastorales (pobreza, obediencia, celibato).
- Vivir su proceso ministerial:
 - En el llamamiento a los ministerios: Lectorado, Acolitado, Diaconado, Presbiterado.
 - En el aprendizaje de la caridad pastoral.
 - En la inserción en la Iglesia particular.
- Ser animador de comunidades y realizar su acción en nombre de Cristo cabeza y nombre de la Iglesia.
- Vivir la comunión con el presbiterio.

Enunciado del objetivo

Acompañar al discípulo que ha optado por el ministerio presbiteral en la vivencia de la caridad y las virtudes pastorales, en el ejercicio de los ministerios y en la inserción a la Iglesia particular, para que logrando la configuración con Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor, pueda actuar en nombre de Cristo Cabeza y en nombre de la Iglesia.

LA FORMACIÓN ESPIRITUAL POR ETAPAS

Para determinar *el itinerario de formación espiritual*, a lo largo de la vida de Seminario, requerimos de los siguientes elementos:

- a) Dinamismos existentes en el estudiante: ¿cómo llega al comenzar ese año?
Se trata de la *situación inicial* del estudiante al comenzar el año, lo positivo y lo negativo, sus potencialidades.
- b) Necesidades más sentidas en dicho período de formación.
Aquello que desde la realidad y el ideal se ve como requisito de la formación.
- c) ¿Qué se espera de él al terminar el año?
Son las metas formativas que se plantean para un tiempo determinado.
- d) Medios y estrategias para lograrlo, discriminados así:
 - **Cursos**, en los que se ofrecen bases teóricas fundamentales
 - **Talleres**, en los que se enseña a investigar y estudiar por medio de la enseñanza personal-socializada.
 - **Experiencias**, en las que se ofrecen tiempos intensos de interiorización personal, síntesis y aplicación en la propia vida de lo que se ha investigado.
- e) Objetivo específico de la formación espiritual en ese año, que se deduce de la confrontación de los dos polos: situación inicial y metas.

Curso introductorio (propedéutico)

Es preciso aquí tener en cuenta lo siguiente:

1. En cuanto al nombre, hay variedad de gustos: el uno orienta hacia *"la introducción"* al estudiante en los diferentes aspectos de la formación presbiteral; el otro indica *"un acompañamiento"* (Propedéutico) en el camino de iniciación. Hoy la mayoría opta por el segundo.
2. En cuanto a la modalidad: unos integran el curso propedéutico con el primer año de filosofía; otros lo distinguen claramente, lo separan físicamente del seminario mayor y proponen después tres años de filosofía. Con el retardo en la maduración psicológica de nuestros jóvenes, hoy encontramos el parecer más numeroso en favor de un año propedéutico y luego tres de filosofía. Aquí faltaría agregar un año; pero es una opción asumida en varios seminarios.
3. En cuanto al objetivo: cada vez más aparecen jóvenes universitarios o profesionales que desean comprometerse con el ministerio. Así no estudien después los tres años de filosofía porque pasan directamente a teología, el curso propedéutico es una verdadera iniciación a la formación presbiteral.

Dinamismos existentes

- Jóvenes entre los 17 y 25 años con deseos y cierto espíritu de aventura que los lleva a no temerle a los retos que se les plantean.

- Algunos llegan con una experiencia mínima espiritual, en tanto que otros vienen en una fuerte experiencia de Dios.
- Jóvenes provenientes de experiencias formativas diversas, algunos de seminarios menores, otros de colegios, otros de ambientes laborales, que no logran, al menos inicialmente, marchar al mismo ritmo. Todo lo cual ofrece una gran heterogeneidad.
- Jóvenes abiertos para experimentar, con facilidad para el mimetismo y con tendencia al "voluntarismo".
- Jóvenes con ansias de conocerse más, con disponibilidad y apertura a un proceso que inician.
- Jóvenes con muchos temores, dudas e interrogantes: frente a la vida del seminario, frente a Dios, frente a la sexualidad, frente a la realidad social.
- Jóvenes con familia y amigos. Frecuentemente con conflictos en este aspecto. (Apego, "mamitis", "amiguitis"). Poco formados para la vida comunitaria y la búsqueda del bien común.
- Jóvenes con una historia personal frecuentemente no asumida (conflictos pasados...). Además, en ciertos casos, jóvenes provenientes de situaciones de pobreza y hasta miseria, en los que no se descubre claridad vocacional sino afán de hacer carrera.
- Jóvenes que viven en un mundo de ruido y de dispersión, y le tienen miedo a la soledad y al silencio.
- Jóvenes que caminan al ritmo de la moda, pero con poca educación para vestirse y relacionarse.

- Jóvenes con poca capacidad crítica frente a la realidad social, se contentan con la repetición de contenidos sin análisis.
- Jóvenes que muchas veces no poseen los comportamientos sociales y comunitarios mínimos (modales, vocabulario, presentación personal, etc.).
- Jóvenes con una experiencia inicial de Jesús, de discernimiento y de acompañamiento.
- Jóvenes con un conocimiento mínimo del seminario o de la comunidad, sin suficiente información acerca del sacerdocio diocesano y/o religioso.
- Jóvenes con una experiencia de Dios más emotiva que realmente asumida y frecuentemente poco fundamentada.
- Jóvenes con una experiencia mínima de "*dirección espiritual*" (limitada a ser aconsejado o a dialogar con un sacerdote).
- Con una experiencia de oración fundamentada en rezos. Su relación con Dios es más individual que comunitaria.
- Sin descubrir la importancia para la vida cristiana de la participación en la vida sacramental, la cual es pobre, reduciéndose la mayoría de veces a la praxis de la religiosidad popular en nuestro pueblo.
- En su proceso vocacional se descubre un impacto por una persona o por un acontecimiento especial y no hay claridad entre un llamado a la conversión o un llamado a la vida presbiteral. Frecuentemente se da una visión romántica del sacerdocio.

- Jóvenes con muchos carismas por descubrir y orientar.
- Jóvenes con algunas experiencias pastorales (misiones, participación en grupos juveniles, catequesis, líderes parroquiales), muchas veces sin fundamentos teóricos necesarios.
- Jóvenes que quieren aportar sus fuerzas e iniciativas en lo que se les encomienda.
- Jóvenes que como fruto del ambiente llegan con relativismos morales y poca conciencia de pecado.
- Jóvenes que a veces llegan prevenidos, porque les han infundido prejuicios, tanto desde fuera como de parte de compañeros mayores del Seminario.

Necesidades existentes

- Necesidad de ubicación y de maduración de su proceso de crecimiento humano, teniendo en cuenta la etapa psicológica que viven (la adolescencia) y todo lo que esto implica.
- Aprender a conocerse y enfrentarse a sí mismos en ambiente de soledad y silencio.
- Valoración de los medios que se ponen a su disposición (especialmente la asesoría psicológica, la dirección espiritual, etc.) para el crecimiento progresivo e integral de su personalidad.
- Aprender a estudiar con método, reflexión y capacidad crítica.

- Tomar conciencia de la necesidad de la formación filosófica, pastoral y espiritual que se les ofrece.
- Apertura en su forma de pensar y aceptación de la diversidad y pluralidad de culturas.
- Entender la vida comunitaria como donación y como tarea por realizar.
- Aprender a vivir en comunidad, compartiendo alegría y trabajo, penas y dificultades, pero también comprendiendo las dificultades de los otros.
- Afianzar lo propio, pero abriéndose generosamente a los demás.
- Vivir un proceso espiritual sólido que los lleve a madurar su experiencia como discípulos de Jesús.
- Discernir de su vocación.
- Asumir una experiencia de oración fundamentada y alimentada por la palabra de Dios.
- Experimentar una vida sacramental que los lleve a descubrir el sentido cristiano de la vida litúrgica de la Iglesia.
- Integrar en su vida una seria devoción mariana.
- Necesidad de la integración de los acontecimientos personales y comunitarios al ritmo de su experiencia espiritual.
- Descubrir, a través de la experiencia, el valor, el sentido y la necesidad del acompañamiento espiritual.

- Descubrir sus carismas en función del servicio pastoral.
- Descubrir el sentido misionero de la vida cristiana y ministerial.
- Necesidad de incentivar el liderazgo que debe distinguir a un agente de pastoral.

***¿Qué se espera al terminar el año?
(Logros, metas)***

En el área humano-afectiva:

- Una persona que comienza a asumir su historia personal, carácter, temperamento, cualidades, defectos y potencialidades.
- Un hombre que se acepta a sí mismo, acepta su realidad familiar, y la realidad de los demás.
- Una persona que comienza a controlar sus reacciones temperamentales.
- Un hombre que comienza a valorar la soledad y el silencio en función de su autoconocimiento.
- Un hombre que va logrando el equilibrio afectivo necesario para no buscar figuras sustitutivas en su personalidad.
- Una persona que va definiendo su personalidad de tal modo que no se deja manipular en su proceso formativo.
- Una persona que se esfuerza por integrar los conocimientos adquiridos con las necesidades que le plantea la propia vida.

- Un hombre consciente de la importancia de ser responsable de la propia formación.
- Una persona que comienza a tomar una actitud crítica frente a la realidad.
- Un hombre que descubre las exigencias y el estilo de la vida comunitaria cristiana.
- Una persona que está aprendiendo a usar responsablemente la libertad dentro de la vida fraterna, el reglamento de la casa y los servicios que se le encomiendan.
- Un hombre cada vez más inserto en la realidad comunitaria del Seminario con todo lo que ello exige.
- Una persona que empieza a valorar objetivamente su diócesis (o comunidad religiosa).
- Un hombre que está aprendiendo a trabajar en equipo haciendo propios los triunfos y dificultades de los demás.

En el área Espiritual:

- Un hombre que se inicia en el seguimiento y la continuación en su vida del Señor Jesús.
- Una persona que va adquiriendo un conocimiento experiencial y teórico de Jesús y su escuela, de la Iglesia y del conjunto de elementos que conforman la vida cristiana.
- Un cristiano que conoce los fundamentos y formas de la oración y de las celebraciones litúrgicas.
- Un cristiano que ha comenzado a valorar la soledad y el silencio como clima para la interiorización.

- Un hombre que ora personal y comunitariamente y participa frecuentemente en la Eucaristía y la reconciliación.
- Un discípulo que realiza poco a poco un discernimiento espiritual y vocacional con la ayuda del director espiritual y de un método adecuado de discernimiento.
- Un hombre que va aprendiendo a amar la Palabra de Dios como elemento fundamental que orienta e interpela su vida.
- Un discípulo que va descubriendo a María modelo de discípulo perfecto.
- Un cristiano que va teniendo conciencia de pertenencia a la Iglesia particular y universal.
- Un cristiano que descubre y valora la centralidad que el Bautismo y el Misterio Pascual tienen para la vida cristiana.
- Un discípulo que se inicia en el conocimiento y valoración de los consejos evangélicos.
- Un cristiano que comienza a ejercer la misión apostólica (catequesis y animación litúrgica).

Medios (estrategias) para lograr el objetivo

Cursos:

- Metodología del estudio y la investigación.
- Español – Ortografía y redacción.
- Introducción al filosofar.
- Historia de la salvación.

- Introducción a la liturgia.
- Introducción a la vida espiritual.
- Principios de evangelización.
- Conocimiento de la diócesis y/o Congregación.
- Análisis pastoral de la realidad.
- Documentos de formación presbiteral.

Experiencias de vida:

- Convivencias de introducción y evaluación.
- Elaboración del plan de la vida del grupo.
- Reunión semanal (revisión de vida) de grupo.
Asesoría psicológica.
- Discipulado I. (Conocimiento de la persona de Jesús)
- Discipulado II. (Vocación y vida del discípulo en la escuela de Jesús)
- Discipulado III. (La vida comunitaria en el N.T.).
- Experiencia de Pascua, pentecostés y adviento.

Talleres:

- Proyecto personal de vida.
- Dinámicas de autoconocimiento y comportamiento social.
- Fundamento antropológico de la formación.
- Aproximación a la realidad latinoamericana y a la del propio país.
- Método del discernimiento.
- Fundamento y métodos de las oraciones.
- Creatividad pastoral y ayudas didácticas.
- Introducción a la lectura práctica de la Biblia.
- Expresión artística.

Objetivo general del año introductorio (propedéutico)

Iniciar a los jóvenes en todos los aspectos de la formación presbiteral, según las exigencias de la realidad de la Iglesia y el proyecto de vida comunitaria de Jesús-Maestro para que en actitud de discípulos, fundamentalmente con solidez su opción cristiana y vocacional y asuman las exigencias del proceso formativo.

PRIMERO (SEGUNDO) DE FILOSOFÍA

Dinamismos

- Tendencia a la interiorización y a la soledad.
- Actitud crítica frente a la experiencia del curso introductorio y frente al seminario.
- Se fortalece la oración personal más que la de grupo.
- Lectura personal de la Palabra con deseo de profundizar en ella.
- Cuestionamiento de su proceso personal de vida y de su cambio efectivo en función del ministerio.
- Experiencia de una mayor libertad, pero exigidos de una mayor responsabilidad.
- Mayor capacidad de concentración y de silencio.
- Participación más responsable y creativa en la liturgia.

- Seriedad con que se quieren asumir los compromisos.
- Integración y amistad más por intereses y necesidades que por afinidades.
- Deseo de estar presente entre los más pobres (inserción) y ansia de trabajo pastoral.
- Una cierta expectativa ante lo que viene.
- Deseo de asumir el seminario como su casa y mayor independencia frente a la familia.
- A veces, cierta sensación de suficiencia y voluntarismo.

Necesidades

- Conocer más a Jesús y configurarse con Él.
- Amar más a María como Madre y modelo de discípulo.
- Asumir sus caídas y fracasos como parte de su proceso formativo.
- Asumir el pecado comunitario sin escandalizarse, como impulso para una opción presbiteral más clara.
- Adaptarse más a la vida del seminario y a la figura ministerial que quieren lograr (presentación personal, vocabulario, puntualidad, comportamiento externo).
- Descubrir el sentido de la opción por los pobres.

- Hacer autocrítica de su proceso en la dirección espiritual.
- Enfrentar la parte afectiva y la capacidad de donación (oblación) y servicio a los otros. Tratar familiar y abiertamente a los demás, especialmente a la mujer.
- Insistir en la participación seria y digna (posturas, actitudes) en la vida litúrgica.
- Integrar los diversos aspectos de la formación.
- Clarificar, aún más, las motivaciones reales de su vocación.
- Ayudar a sobreponerse a las dificultades normales del trabajo en equipo.
- Sentirse en armonía con los demás y motivar para la vida comunitaria.

¿Qué se espera al terminar el año?

Área humano-afectiva:

- Una persona con mayor conocimiento y aceptación de sí mismo.
- Un hombre que va adquiriendo madurez y serenidad para asumir sus errores y debilidades y las de los demás.
- Una persona que lucha contra el egoísmo y tiene mayor capacidad oblativa.
- Un hombre más equilibrado y con suficiente capacidad de juicio.

-
- Un joven con relaciones normales y equilibradas con los compañeros y con la mujer.
 - Una persona con una experiencia de amistad más seria y exigente.
 - Un hombre con capacidad de trabajo en equipo.
 - Un hombre con una actitud externa (porte, vocabulario) acorde con lo que busca.
 - Una persona que aprende a organizar su tiempo y sabe dedicarse al estudio.
 - Un hombre que establece una relación de amistad con sus superiores.

Vida cristiana y espiritual:

- Un discípulo que establece una relación más personal con Cristo y va asumiendo los valores cristianos.
- Un hombre de oración personal consciente y responsable.
- Un cristiano que lee diariamente la palabra, apoyándose en la liturgia.
- Un cristiano cuya participación litúrgica es cada vez más consciente, seria, digna.
- Un discípulo que realiza una dirección espiritual menos dependiente y más personalizada.
- Un hombre con criterios de acción evangélicos y no simplemente humanos.

- Un cristiano que aprende a vivir el amor y la solidaridad con el otro en el apostolado.
- Un discípulo que descubre la necesidad de la oración comunitaria.
- Un cristiano que ama profundamente a María y encuentra en la devoción a ella fuerza y aliento en su compromiso.

Medios (estrategias) para lograr el objetivo

Cursos:

- Propedéutica Bíblica.
- Ética axiológica.
- Espiritualidad de la vida cristiana.

Experiencias de vida:

- Retiros espirituales.
- Misiones de Semana Santa y Navidad.
- Apostolado fines de semana (Parroquias).
- Dirección espiritual.
- Proyecto personal de vida.
- Celebraciones penitenciales.
- Planeación y evaluaciones de grupo.
- Revisión de vida.

Talleres:

- Preparación a las misiones y actividades pastorales.
- Pastoral catequética.
- Actitud crítica frente a los medios de comunicación social.

Objetivo general del año

Continuar la formación del discípulo de Jesús, para que a través de una relación más personal con Cristo y la adquisición de criterios evangélicos pueda madurar su vida cristiana y clarificar su opción al Ministerio.

SEGUNDO (TERCERO) DE FILOSOFÍA

Dinamismos

- Mayor equilibrio en las relaciones y en los juicios.
- Fortalecimiento de los lazos de amistad.
- En la vida comunitaria el estudiante tiene relaciones más libres y más amplias con sus compañeros y manifiesta una mayor seguridad en lo que hace.
- El estudiante se siente acosado ante el hecho de que ya va a terminar la filosofía y descubre que ha perdido mucho tiempo y su preparación para la misión no es lo suficientemente adecuada.
- Una expectativa ante el paso a la teología y ante la decisión del equipo de formación en permitirle dar ese paso.
- Se experimenta "*mayor*", con más responsabilidad frente a los demás compañeros de filosofía.
- Si va a tener un año de experiencia pastoral, sueña mucho con la misión y desea prepararse lo mejor posible para ella. Pero siente temor y miedo.
- Si ya ha decidido no pasar a teología, va aflojando e influye negativamente en el grupo.

- En su comportamiento y en su trabajo pastoral manifiesta más seguridad, mayor seriedad y dominio tanto de la Palabra como de las técnicas de acción pastoral.
- Dentro del Seminario el estudiante asume con seriedad ciertas responsabilidades y es exigente.
- En su estudio es una persona más concentrada, más dedicada a la investigación, distribuye mucho mejor su tiempo.
- Echa con frecuencia una mirada hacia atrás y al tiempo que analiza la salida de algunos de sus compañeros se siente con mayor responsabilidad frente a la Iglesia y su vocación.
- En su vida espiritual manifiesta una mayor seriedad en la oración, exigida por el mismo trabajo apostólico; lee más la Palabra de Dios y la aprovecha mejor en su apostolado.
- En algunos los estudios filosóficos producen una tendencia al racionalismo y la secularización.
- En general, hay mayor relación y vínculo con los formadores.
- Por lo general, la dirección espiritual es más personalizada y de mayor confianza.
- El proceso de filosofía está llegando a su término: es la hora de la claridad y la decisión.

Necesidades

- Trabajar en equipo y saber coordinar el trabajo –pastoral o comunitario– con los más jóvenes.

- Llegar a sentir el seminario (con su vida y sus diferentes responsabilidades) como primer lugar de su acción apostólica.
- Llegar a asumir las exigencias de la vida del seminario como un testimonio para los otros y no tanto como imposición u obligación.
- Descubrir el sentido de los estudios para su formación personal y apostólica.
- Elaborar una síntesis filosófica que le permita una visión de conjunto del hombre, del mundo y de Dios, acorde con el pensamiento bíblico y eclesial.
- Manifestar una vida sacramental mucho más seria y madura de modo que su participación en la Eucaristía y la Reconciliación, por ejemplo, no sea por costumbre, sino por una necesidad de vida.
- Cuestionarse nuevamente, con sus valores y debilidades, frente a su opción vocacional.
- Igualmente, cuestionarse sobre su capacidad de vivir con seriedad los consejos evangélicos.
- Aprender a juzgar la vida y los acontecimientos con una mirada de fe.

¿Qué se espera al terminar el año?

Área humano-afectiva:

- Un joven con una mirada mucho más clara de sí mismo, con mayor seguridad y con criterios evangélicos ya formados.

- Un hombre abierto en sus relaciones y maduro en el trato con las personas, sobre todo con la mujer.
- Un hombre con capacidad de trabajo en equipo y capaz de juzgar críticamente las cosas, las personas y los acontecimientos.
- Una persona capaz de enfrentar problemas y asumir responsabilidades.
- Un joven con capacidad de diálogo con el hombre de hoy a la luz de la fe y que sabe utilizar los medios y técnicas que se van descubriendo.
- Un joven con las cualidades y virtudes humanas fundamentales (justicia, igualdad, solidaridad).

Vida cristiana y espiritual:

- Una persona leal y fiel en todos los aspectos de su vida especialmente frente a la Iglesia y frente a los compromisos adquiridos con las personas.
- Una persona que clarifique en su vida si tiene los requisitos propios de la vocación ministerial y una recta intención para asumirlos.
- Una persona que mire con ojos de fe los acontecimientos de su vida diaria y desde esa visión oriente su acción.
- Un discípulo de Jesús que ha encarnado en su vida los valores fundamentales del Evangelio y quiere comprometerse en la construcción del Reino.
- Un discípulo con unas líneas de espiritualidad presbiteral claras y precisas, pero también con un

conocimiento de otras formas de espiritualidad en la historia de la Iglesia, que le ofrezcan diferentes estilos de vivir su compromiso cristiano.

- Una persona que tiene que asumir y responder los interrogantes que el estudio de la filosofía le ha planteado.

Medios para lograr el objetivo

Cursos:

- Espiritualidad presbiteral.
- Planeación pastoral.
- Síntesis filosófica.

Experiencias de vida:

- Retiros espirituales.
- Misiones de Semana Santa y Navidad.
- Apostolado fines de semana (Parroquia, hospitales, cárceles, grupos juveniles).
- Dirección espiritual.
- Proyecto personal de vida.
- Celebraciones penitenciales.
- Planeación y evaluaciones de grupo.
- Revisión de vida.

Talleres:

- Preparación a las misiones y actividades pastorales.
- Pastoral juvenil.

Objetivo general del año

Asegurar la formación del discípulo de Jesús, mediante la experiencia de una vida cristiana seria y comprometida para que, clarificando su opción al Ministerio, pueda dedicarse a la configuración con Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor.

PRIMERO DE TEOLOGÍA

Dinamismos

- Conciencia de ser discípulo y de la necesidad de actuar como tal.
- Apertura y expectativa ante el estudio de la teología.
- Deseo grande de iniciar la nueva etapa de formación que se abre ante él con muchas ilusiones y esperanzas.
- Si ha hecho año de pastoral, llega a teología más serio y sereno, pero al mismo tiempo con deseos de llenar los vacíos que durante esa experiencia encontró.
- Madurez y responsabilidad en su proceso de autoformación.
- Mayor capacidad crítica.
- Deseo grande de compromiso con la Iglesia y con su diócesis (o Congregación), pero todavía poco realista.
- La experiencia espiritual se presenta como un nuevo comienzo, desde una perspectiva más teológico-pastoral.

- Se presenta también una apertura en el trato con los demás, al igual que un deseo por compartir las experiencias vividas.
- Si ha hecho experiencia pastoral se nota una cierta autosuficiencia fruto de la experiencia misma.
- Madurez de juicio y objetividad frente a los nuevos compromisos que pide el ingreso a la teología.
- Emocionalmente es un hombre más estable.
- Es una persona que tiene cierta ascendencia sobre los compañeros de filosofía.

Necesidades

- Establecer una inducción al ciclo teológico.
- Iniciar con serenidad el estudio de la teología para que le clarifique muchas de las inquietudes que le dejó la filosofía (y la experiencia pastoral).
- Asumir más conscientemente la configuración con Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor al que quiere continuar y representar.
- Sentirse cada vez más corresponsable dentro del seminario y dentro de la Iglesia y no juzgarlos desde fuera pues de ambos forma parte. Hacer gustar y amar la Iglesia.
- Discernir en las relaciones las amistades más superficiales o utilitarias y la capacidad de comprometerse con los demás.

- Asumir una actitud de mayor profundidad en la investigación y mayor personalización de sus estudios.
- Comprometerse más seriamente con la Iglesia (y la Congregación) mediante la recepción del ministerio del lectorado.
- Una manera nueva de reaccionar frente a los problemas del apostolado: comenzar a actuar más como pastor que como simple observador de los acontecimientos.
- Descubrir que su responsabilidad en la Iglesia es colegial.
- Clarificar lo que significa la opción por el estado celibatario.

¿Qué se espera al terminar el año?

Área humano-afectiva:

- Una persona estable que facilite una mayor integración en la vida comunitaria y en las relaciones dentro del apostolado.
- Una persona capaz de influir en el medio ambiente como pastor.
- Una persona que estudia no tanto para responder académicamente sino para enriquecer su persona con miras al ministerio.
- Una persona de principios y de criterio que sabe a dónde va y qué busca en la vida.

- Una persona que sabe aplicar sus estudios a la realidad en la que está y trabaja.

Área espiritual y ministerial:

- Un hombre que ha comenzado a integrar sus estudios de teología en un contexto de oración y de apostolado con miras al ministerio.
- Un Cristiano comprometido que experimenta la necesidad de identificarse con Jesucristo para prestar un mejor servicio en la Iglesia.
- Un discípulo de Jesús que se ha perdonado sus errores y sabe perdonar de corazón a sus hermanos para ser después ministro de la reconciliación.
- Un Cristiano que, como futuro pastor, se siente llamado a afrontar cualquier problema de la comunidad a la que está vinculado, dentro y fuera del seminario.
- Un miembro activo de la diócesis que entra en trato afectuoso y espontáneo con el obispo y el presbiterio.
- Un hombre comprometido con las necesidades de la diócesis, de la Iglesia y del mundo que ora con gusto mediante la liturgia de las horas.
- Una persona que desarrolla el amor por la Escritura, la enseñanza de los Padres, el magisterio de la Iglesia y la liturgia como alimento de su vida espiritual y orientación en el ejercicio del ministerio.
- Una persona que tiene claridad sobre su opción celibataria.

Medios para lograr el objetivo

Cursos:

- Introducción a la teología.
- Introducción a los Padres.
- Sagrada Escritura.
- Liturgia.
- Pastoral.
- Teología moral.

Experiencias de vida:

- Retiros espirituales.
- Misiones de Semana Santa y Navidad.
- Apostolado fines de semana (Parroquia, animación litúrgica, hospitales, cárceles, grupos juveniles, etc.).
- Dirección espiritual.
- Proyecto personal de vida.
- Celebraciones penitenciales.
- Planeación y evaluación de grupo.
- Rito de candidatura al estado clerical (Profesión solemne o incorporación).
- Recepción del ministerio del lectorado.

Talleres:

- Preparación a las misiones y actividades apostólicas.
- Pastoral social.
- Ministerio del lectorado.

Objetivo general del año

Acompañar al discípulo que ha optado por el ministerio presbiteral en el inicio de su formación teológica, para que mediante los compromisos propios de esta etapa pueda configurarse con Cristo.

SEGUNDO DE TEOLOGÍA

Dinamismos

- Madurez y responsabilidad en su proceso de autoformación.
- Mayor capacidad crítica frente a los estudios, los profesores, los compañeros y el ministerio al que se orienta.
- Apertura en el trato con los demás.
- Frente a los compañeros de filosofía: por una parte, es consejero y animador de su formación; por otra, va tomando una cierta actitud de prepotencia y displicencia.
- Emocionalmente es un hombre más estable y autónomo.
- Capacidad de asumir responsabilidades dentro de la vida del seminario.
- Mayor comprensión del estudio teológico porque se le ve funcionalidad para el trabajo pastoral.
- Es una persona que tiene ascendencia sobre los demás.

- Su participación en la Congregación o en la diócesis es cada vez más activa: se siente miembro de ella, juzga, toma partido y se preocupa por sus problemas.
- Mayor dedicación a la lectura y a la investigación, "presionado" por el trabajo pastoral y el contacto con el mundo en el que vive.
- Clarificación mayor de la línea de conducta, especialización y estilo de lo que será su ministerio presbiteral.
- Convicciones y criterios claros en su oración, su vida sacramental y su manera de vivir la vida Cristiana y ministerial.
- Deseo de inserción en los medios pobres.

Necesidades

- Asumir más conscientemente la configuración con Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor al que quiere continuar y representar.
- Establecer contactos más frecuentes con el Obispo, el equipo de formación y el clero.
- Evitar el desaliento, la amenaza de la rutina y la fatiga normal de la vida del seminario, ante el hecho de que aún resta un tiempo considerable para terminar.
- Examinar sus reacciones frente a situaciones conflictivas en la vida para aprender el manejo de la agresividad, la expresión o inhibición de los afectos.

tos, la sensibilidad, la espontaneidad y las actitudes de dominio o sumisión.

- Sentirse cada vez más corresponsable dentro del seminario y dentro de la Iglesia y no juzgarlos desde fuera pues de ambos forma parte.
- Resaltar los valores evangélicos que contrarrestan el hedonismo y el materialismo de la sociedad actual.
- Discernir en las relaciones las amistades superficiales o utilitarias y la capacidad de comprometerse con los demás.
- Profundizar en la investigación y el estudio para responder a las necesidades que encuentra la pastoral.
- Estudiar, profundizar y vivenciar la teología de la Eucaristía.
- Comprometerse más seriamente con la Iglesia mediante la recepción del ministerio del acolitado.
- Incrementar el espíritu de servicio durante las celebraciones litúrgicas y el apostolado.
- Afirmar, mediante sus actitudes y su trabajo, que su responsabilidad en la Iglesia es colegial.
- No dejarse llevar por supuestos, sino por convicciones.
- Prepararse para ser profeta en un mundo secularizado y de cuño neoliberal.

¿Qué se espera al terminar el año?

Área humano-afectiva:

- Una persona estable que logra una comunicación cada vez más calurosa y transparente con superiores, compañeros y demás personas.
- Una persona capaz de influir en el medio ambiente como pastor.
- Una persona con un mayor compromiso eclesial y que sabe actuar como clérigo (renuncia a fiestas y cierto tipo de reuniones, porte externo digno...)
- Una persona libre y desapegada frente a los honores, los oficios y el dinero.
- Una persona que estudia no tanto para responder académicamente sino para enriquecerse con miras al ministerio.
- Un hombre que sabe manejar las características de su personalidad (agresividad, sensibilidad, afectividad, autoridad y sumisión, espontaneidad...)
- Una persona de principios y de criterio que ha definido su opción al ministerio y sabe manejar con madurez sus relaciones afectivas (con la mujer, con los jóvenes y los niños).
- Un hombre que sabe analizar la realidad y manifiesta actitudes de solidaridad frente a los problemas de su pueblo.

Área espiritual y ministerial:

- Un Cristiano comprometido que experimenta la necesidad de identificarse con Jesucristo para prestar un mejor servicio en la Iglesia.
- Un servidor del Evangelio y de la Iglesia que tiene ya más o menos claro su carisma de servicio y se prepara en función de él.
- Un hombre que discierne frecuentemente la calidad de su vida espiritual, examinando su actitud de fe frente a los acontecimientos de la vida diaria.
- Un Cristiano que sabe que su participación en la liturgia es una necesidad de vida ministerial y de testimonio.
- Un miembro activo de la diócesis que entra en trato afectuoso y espontáneo con el obispo y el presbiterio.
- Un hombre comprometido con las necesidades de la diócesis, de la Iglesia y del mundo que ora con gusto por ellos mediante la liturgia de las horas.
- Un servidor siempre disponible para escuchar y atender con amor a los enfermos, ancianos y demás necesitados.
- Un Cristiano que encuentra gozo y seguridad en el servicio al cuerpo eclesial y eucarístico de Jesucristo.
- Un Cristiano sensibilizado ante los acentos de la Teología latinoamericana y comprometido en líneas concretas de acción pastoral para la Nueva Evangelización del continente.

Medios para lograr el objetivo

Cursos:

- Sagrada Escritura.
- Teología dogmática.
- Derecho canónico
- Liturgia.
- Pastoral.
- Teología moral.

Experiencias de vida:

- Retiros espirituales.
- Misiones de Semana Santa y Navidad.
- Apostolado fines de semana.
- Dirección espiritual.
- Proyecto personal de vida.
- Celebraciones penitenciales.
- Devoción mariana y eucarística.
- Planeación y evaluaciones de grupo.
- Recepción del ministerio del acolitado.
- Participación en comunidades eclesiales de base.

Talleres:

- Preparación a las misiones y al apostolado.
- Pastoral familiar.
- Ministerio del acolitado (ministro extraordinario de la Eucaristía).

Objetivo general del año

Afianzar al ministro en su configuración con Cristo, para que mediante los compromisos propios de esta etapa, pueda comenzar a actuar como evangelizador, liturgo y pastor.

TERCERO DE TEOLOGÍA

Dinamismos

- Madurez y responsabilidad en el ejercicio de los ministerios.
- Mayor capacidad crítica frente a los estudios, los profesores, los compañeros y el ministerio al que se orienta. Pero a veces actitud crítica no siempre positiva frente a la institución.
- Apertura y respeto en el trato con los demás.
- Frente a los compañeros de filosofía: por una parte es consejero y animador de su formación; por otra, mantiene una cierta actitud de prepotencia y displicencia.
- Emocionalmente es un hombre más estable.
- Capacidad de asumir responsabilidades dentro de la vida del seminario.
- Mayor comprensión del estudio teológico porque le ve funcionalidad para su trabajo pastoral.
- Su participación en la diócesis o en la congregación es cada vez más activa: es miembro de ella, juzga, toma partido y se preocupa por sus problemas.
- Mayor dedicación a la lectura y a la investigación, ya adquiridos como hábito.
- Clarificación mayor de la línea de conducta, especialización y estilo de lo que será su ministerio presbiteral.

- Convicciones y criterios claros en su oración, su vida sacramental y su manera de vivir la vida cristiana y ministerial.
- Experiencia de un cierto cansancio frente al estudio y la vida de seminario.
 - Expectativa frente al ministerio diaconal que se avecina.
- Deseo de conocer y participar en experiencias apostólicas y eclesiales que le orienten mejor su futuro ministerio presbiteral.

Necesidades

- Asumir más conscientemente la configuración con Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor que quiere continuar y representar.
- Establecer contactos más frecuentes con el Obispo, el equipo de formación y el presbiterio. Y tener un juicio maduro frente a ellos.
- Evitar el desaliento, la amenaza de la rutina y la fatiga normal de la vida del seminario, ante el hecho de que aún resta tiempo para terminar.
- Examinar sus reacciones frente a situaciones conflictivas en la vida para aprender el manejo de la agresividad, la expresión o inhibición de los afectos, la sensibilidad, la espontaneidad y las actitudes de dominio o sumisión.
- Insistir en una espiritualidad latinoamericana que le permita vivir su experiencia de fe en el marco de nuestra cultura propia.

- Sentirse cada vez más corresponsable dentro del seminario y dentro de la Iglesia y no juzgarlos desde fuera pues de ambos forma parte.
- Profundizar en la investigación y el estudio para responder a las exigencias que le plantea el ministerio pastoral.
- Opción clara y preferencial por los pobres y por la vida austera.
- Asumir en un contexto de libertad y responsabilidad los ministerios recibidos.
- Estudiar, profundizar y vivenciar la teología y espiritualidad del Presbiterado.
- Comprometerse más seriamente con la Iglesia mediante la recepción de la orden del diaconado.
- Incrementar el espíritu de servicio durante las celebraciones litúrgicas y el apostolado.
- Afirmar, mediante sus actitudes y su trabajo, que su responsabilidad en la Iglesia es colegial.
- Incrementar el aspecto misionero de la formación presbiteral.

¿Qué se espera al terminar el año?

Área humano-afectiva:

- Una persona con las cualidades humanas y cristianas exigidas por el diaconado.

- Una persona que ha descubierto los valores inherentes a toda disciplina personal: puntualidad, organización del tiempo, atención a los detalles...
- Un hombre de motivaciones profundas y actitudes pastorales de servicio, dentro y fuera del seminario.
- Una persona que en sus relaciones sociales refleja una amplitud y calidad que no dan lugar a duda sobre sus capacidades de imprimir calor humano, seriedad y entrega en el encuentro con el otro.
- Un hombre que ha optado con seriedad y generosidad por un estilo de vida célibe: capacidad de relacionarse con naturalidad con los dos sexos, sin inhibiciones ni familiaridades excesivas.
- Una persona de juicio y de criterio maduro frente a las personas, los acontecimientos y los problemas de la vida.
- Una persona estable y no variable, leal y firme en sus decisiones, para que sea capaz de comprometerse de modo perpetuo con Dios y con el pueblo.

Área espiritual y ministerial:

- Un Cristiano comprometido que experimenta la necesidad de identificarse cada vez más con Jesucristo para prestar un mejor servicio en la Iglesia.
- Un servidor del Evangelio y de la Iglesia que tiene ya claro su carisma de servicio y se prepara en función de él.

- Un hombre que discierne frecuentemente la calidad de su vida espiritual, examinando su actitud de fe frente a los acontecimientos de la vida diaria.
- Un hombre de oración que sabe que su participación en la liturgia es una exigencia de vida ministerial y de testimonio.
- Un miembro activo de la diócesis que dialoga maduramente con el Obispo y el presbiterio.
- Un hombre comprometido con las necesidades de la diócesis, de la Iglesia y del mundo que ora con gusto por ellos mediante la liturgia de las horas.
- Un hombre que ama profundamente y realísticamente a la Iglesia y a María.
- Una persona que desarrolla el amor por la Escritura, la enseñanza de los Padres, el magisterio de la Iglesia y la liturgia como alimento de su vida espiritual y orientación en el ejercicio del ministerio.
- Un servidor siempre disponible para escuchar y atender con amor a los hermanos (Caridad pastoral).
- Un Cristiano que encuentra gozo y seguridad en el servicio al cuerpo eclesial y eucarístico de Jesucristo.
- Un Cristiano sensibilizado ante los acentos de la Teología latinoamericana.
- Un hombre comprometido en líneas concretas de acción pastoral para la Nueva Evangelización del continente.

- Un ministro comprometido de modo consciente, libre y definitivo con Dios y con la Iglesia, al asumir el celibato por el Reino y la oración litúrgica de las horas.
- Un ministro que da muestras evidentes de su espíritu de responsabilidad y de servicio desinteresado en el ejercicio de sus actividades apostólicas.
- Un servidor con la suficiente capacidad de apertura para dialogar, participar y orientar las diferentes experiencias eclesiales en la Iglesia particular (movimientos, comunidades, institutos...), consciente de que son una riqueza y un don del Espíritu.

Medios para lograr el objetivo

Cursos:

- Sagrada Escritura.
- Teología dogmática.
- Liturgia.
- Pastoral.
- Derecho canónico
- Teología moral.
- Espiritualidad diocesana y/o religiosa.
- Ecumenismo.

Experiencias de vida:

- Retiros espirituales.
- Misiones de Semana Santa y Navidad.
- Apostolado fines de semana (parroquias, pastoral sacramental, cárceles, grupos juveniles).
- Dirección espiritual.

- Proyecto personal de vida.
- Celebraciones penitenciales.
- Planeación y evaluaciones de grupo.
- Recepción de la orden del diaconado.
- Participación en comunidades eclesiales de base y movimientos apostólicos en general.
- Trabajo en grupos de pareja.

Talleres:

- Preparación a las misiones.
- Pastoral misionera. Sectas.
- La diaconía en la Iglesia.
- La inculturación del Evangelio.

Objetivo general del año

Afianzar al ministro en su configuración con Cristo, para que mediante el llamamiento al diaconado, viva y actúe como evangelizador, liturgo y pastor al servicio de la Iglesia particular.

CUARTO DE TEOLOGÍA

Dinamismos

- Responsabilidad en el servicio del diaconado.
- Libertad y madurez en el comportamiento dentro y fuera del seminario.
- Iniciativa y responsabilidad en la comunidad del seminario.

- Su participación en la congregación o la diócesis es cada vez más activa: es miembro de ella, juzga, toma partido y se preocupa por sus problemas.
- Clarificación mayor de la línea de conducta, especialización y estilo de lo que será su ministerio presbiteral.
- Convicciones y criterios claros en su oración, su vida sacramental y su manera de vivir la vida cristiana y ministerial.
- Doble experiencia que crea tensiones y dificultades: cansancio frente al estudio y la vida del seminario; ansiedad por salir pronto a ejercer el ministerio.
- Expectativa frente al ministerio presbiteral que se avecina: lugar, tipo de trabajo...
- Gusto por participar en experiencias apostólicas y eclesiales que le orienten mejor su ministerio.
- Cierta seguridad en la predicación y en el servicio de los sacramentos.
- Seriedad en la preparación y creatividad en el ejercicio diaconal.
- Expresión de un cierto porte y dignidad en su comportamiento y su manera de hablar.

Necesidades

- Mantener contacto más frecuente con el Obispo, el equipo de formación y el clero.

- Guardar equilibrio y serenidad dentro de la vida comunitaria para no dejarse llevar del excesivo deseo de estar ya en la vida ministerial.
- Establecer relaciones de diálogo y respeto con el equipo de formación.
- Actuar corresponsablemente con el equipo de formación en la animación de la vida del seminario (predicación, presidencia de celebraciones...)
- Tener una cosmovisión iluminada por la Palabra de Dios y el magisterio de la Iglesia.
- Asumir en un contexto de libertad y responsabilidad el ministerio recibido.
- Estudiar, profundizar y vivenciar la teología y espiritualidad del Presbiterado.
- Orientar su vida cristiana y ministerial a la luz de los dinamismos que ofrece la celebración del año litúrgico.
- Confirmar mediante sus actitudes y su trabajo que su responsabilidad en la Iglesia es colegial.
- Experimentar en su vida la misericordia abundante de Dios que lo asume con sus debilidades, le pide perdonar a sus hermanos y le entrega el ministerio de la reconciliación.
- Vivir la Eucaristía como fuente y culmen de su vida espiritual.
- Aprovechar todas las circunstancias para el ejercicio de la caridad pastoral y consagrar la propia voluntad al servicio de Dios y de los hombres.

- Destinar un mayor tiempo al ejercicio ministerial dentro de la diócesis.
- Sensibilizarse sobre la necesidad de la formación permanente.

¿Qué se espera al terminar el año?

Área humano-afectiva:

- Una persona con las cualidades humanas y cristianas exigidas por el Presbiterado (Cfr. 1 Tm 5,17-22).
- Una persona que no se deje llevar en su comportamiento del deseo de tener, de valer y de poder.
- Una persona que ha encarnado los valores inherentes a toda disciplina personal: puntualidad, organización del tiempo, atención a los detalles.
- Un hombre de motivaciones profundas y actitudes pastorales de servicio.
- Una persona que en sus relaciones sociales refleja una amplitud y calidad que no dan lugar a duda sobre sus capacidades de imprimir calor humano, seriedad y entrega en el encuentro con el otro.
- Un hombre que ha optado con seriedad y generosidad por un estilo de vida célibe: capacidad de relacionarse con los dos sexos, sin inhibiciones y familiaridades excesivas.
- Una persona de juicio y de criterio maduro frente a las personas, los acontecimientos y los problemas de la vida.

- Una persona estable y no variable, leal y firme en sus decisiones, para que sea capaz de comprometerse de modo perpetuo con Dios y con el pueblo.
- Una persona inquieta intelectualmente y abierta que sabe estar al día mediante la lectura y el estudio, sobre todo lo que interesa al ministerio presbiteral.

Área espiritual y ministerial:

- Un Cristiano comprometido que experimenta la necesidad de identificarse cada vez más con Jesucristo para prestar un mejor servicio en la Iglesia.
- Un servidor del Evangelio y de la Iglesia que tiene ya claro su carisma de servicio y trabaja colegialmente en espíritu de obediencia y disponibilidad.
- Un hombre que discierne frecuentemente la calidad de su vida espiritual, examinando su actitud de fe frente a los acontecimientos de la vida diaria.
- Un hombre de oración que sabe que la celebración digna de la liturgia es una exigencia de vida ministerial y de testimonio.
- Un hombre que ama profundamente la Iglesia y su ministerio.
- Un hombre que tiene un concepto equilibrado del ejercicio de la autoridad pastoral y de las responsabilidades de servicio que comporta.
- Un miembro activo de la diócesis que dialoga maduramente con el Obispo y el presbiterio.

- Un hombre comprometido con las necesidades de la diócesis, de la Iglesia y del mundo que ora con gusto por ellos mediante la liturgia de las horas.
- Una persona que desarrolla el amor por la Escritura, la enseñanza de los Padres, el magisterio de la Iglesia y la liturgia como alimento de su vida espiritual y orientación en el ejercicio del ministerio.
- Un servidor siempre disponible para escuchar y atender con amor a los hermanos (caridad pastoral), especialmente los más pobres y desvalidos.
- Un Cristiano que encuentra gozo y seguridad en el servicio al cuerpo eclesial y eucarístico de Jesucristo.
- Un Cristiano sensibilizado ante los acentos de la Teología latinoamericana.
- Un hombre comprometido en líneas concretas de acción pastoral para la Nueva Evangelización del continente.
- Un ministro comprometido de modo consciente, libre y definitivo con Dios y con la Iglesia, al asumir el celibato por el Reino y la oración litúrgica de las horas.
- Un ministro que da muestras evidentes de su espíritu de responsabilidad y de servicio desinteresado en el ejercicio de sus actividades apostólicas.
- Un hombre disponible para el trabajo y la vida en equipo.
- Un servidor con la suficiente capacidad de apertura para dialogar, participar y orientar las diferentes

experiencias eclesiales en la Iglesia popular (movimientos, comunidades, institutos...), consciente de que son una riqueza y un don del Espíritu.

Medios para lograr el objetivo

Cursos:

- Síntesis bíblica y dogmática.
- Liturgia.
- Pastoral.
- Derecho canónico.
- Práctica de la confesión.
- Teología moral.
- Teología y espiritualidad presbiteral.

Experiencias de vida:

- Compromiso parroquial.
- Retiros espirituales.
- Dirección espiritual.
- Lectura espiritual.
- Proyecto personal de vida.
- Celebraciones penitenciales.
- Planeación y evaluaciones de grupo.
- Recepción de la orden del Presbiterado.
- Participación en comunidades eclesiales de base y en diversos movimientos apostólicos.

Talleres:

- Preparación a la ordenación (modos de celebrar las eucaristías y los sacramentos).
- Administración parroquial.

Objetivo general del año

Confirmar en el candidato el proceso de configuración con Cristo, para que mediante la ordenación presbiteral y la inserción ministerial definitiva en la Iglesia particular, pueda vivir y actuar como evangelizador, liturgo y pastor, en nombre de Cristo Cabeza y en nombre de la Iglesia.

V. EL PROYECTO PERSONAL DE VIDA (PPV)

Pbro. Dr. Carlos Alvarez

Presentamos a continuación las ideas más fundamentales para la elaboración del PPV y lo hacemos en dos momentos: primero, lo que ofrecemos a los estudiantes del Curso Propedéutico; luego, el esquema más sencillo para los candidatos de años superiores. Cada uno podrá aprovechar lo que más le convenga y necesite.

¿QUÉ ES?

Es un medio para impulsar y unificar el proceso de autoformación y maduración del creyente. Su mismo nombre indica los presupuestos que lo justifican:

- ❖ *Una antropología:* El hombre como ser-en-proyecto, llamado a realizarse, sujeto de su propia transformación y realización.
- ❖ *Una pedagogía:* Un proceso educativo que se ubica entre el ser y el deber-ser del candidato (punto de partida - punto de llegada de un período de forma-

ción). Clarifica los objetivos, los medios y la metodología para el logro de estos objetivos. Tiene en cuenta la situación personal de cada candidato. Personaliza la formación.

- ❖ *Una visión cristiana:* que integra los siguientes elementos:
 - La vocación, que exige ruptura y opciones claras frente a la manera de decidir la propia vida.
 - El seguimiento de Cristo, que exige continua conversión y confrontación con el estilo de vida del Evangelio.
 - La pedagogía de las primeras comunidades, como pedagogía de la maduración de fe por el compromiso personal.
 - Una práctica del discernimiento: la formación en el seminario se entiende hoy como práctica del discernimiento espiritual (que se orienta en lo vocacional y en lo apostólico). Todo discernimiento supone un plan, un proyecto, que es en primer lugar el de Dios (su voluntad en nuestra vida: ser personas a su imagen) y también lo que cada uno, por su libertad, elige para sí mismo.

ÁMBITOS DE UTILIDAD

El Proyecto Personal de Vida se realiza en tres aspectos:

- ❖ Es un momento fuerte de revisión de vida y de toma de decisiones para el crecimiento; en este sentido es una experiencia.
- ❖ Es un medio de integración de todos los aspectos formativos en una sola dirección; ayuda para la

identificación de “lagunas” formativas y de elementos que pueden sostener el proceso.

- ❖ Es un instrumento (trabajo escrito) que sirve de referencia para el autocontrol y el acompañamiento del proceso durante el semestre o año (según se determine).

PAPEL DEL DIRECTOR ESPIRITUAL O FORMADOR

En la elaboración y posterior evaluación del PPV el director espiritual tiene un rol importante pero no acaparador. El primer responsable de su PPV es el candidato: él discierne los aspectos fundamentales en que debe trabajar y deduce sus compromisos. Pero el director espiritual “acompaña”, orienta y guía, primero en la elaboración y luego en el desarrollo mismo del compromiso.

El papel del formador o del director espiritual es, pues, indirecto:

- No conducir a los jóvenes sino enseñarles a conducirse;
- No hacer el proceso espiritual por ellos sino con ellos;
- No hacerse el necesario sino el acompañante.

Una vez elaborado el PPV, y aprovechando la evaluación mensual del mismo, el director espiritual se interesa por su desarrollo, cuestiona y anima para que, en la evaluación semestral o anual, el candidato pueda reformar sus metas y pasar a otros asuntos importantes de su proceso de formación. Con frecuencia, hay jóvenes que se quedan permanentemente en un mismo

punto y no avanzan: el formador ayuda a caminar, anima y nuestra perspectivas.

¿CÓMO SE HACE EL PPV?

La convivencia o experiencia de elaboración.

Normalmente, para los jóvenes del Curso Propedéutico, la elaboración del PPV se realiza en el marco de una convivencia de inducción. Esta se lleva a cabo durante una semana intensa de trabajo, ojalá fuera del ambiente del mismo seminario. Supone, en primer lugar, la creación de un ambiente especial:

- ❖ *De oración:* se dan espacios suficientes para la oración personal con el fin de ayudar a asimilar las orientaciones y crear una disponibilidad de espíritu a la acción del Señor. Hay, igualmente, la oración grupal que insiste en el tema del conocimiento vivencial de Jesús.
- ❖ *De confrontación personal:* mediante la elaboración de una especie de la ficha psicológica, la respuesta a los cuestionarios que sondan y ayudan a conocer el estado actual del candidato en cada una de las áreas de formación (lo podríamos llamar una especie de "autobiografía"), el diálogo con los compañeros para expresar sus propias experiencias y el diálogo personal con el psicólogo y el formador.
- ❖ *De reflexión:* mientras se va elaborando la ficha psicológica y el instrumento de proyecto personal de vida, los orientadores van dando instrucciones sobre el sentido de todo lo que se hace y profundizan en algunos temas, como: la importancia de los medios de autoconocimiento y autocontrol, el verda-

dero sentido de la disciplina personal, el saber programarse (con amplitud pero con claridad), la necesidad del acompañamiento espiritual. Se da también campo a las inquietudes de los candidatos.

El estudio de tres temas ofrece un marco teórico para la elaboración del Proyecto Personal de Vida:

- ¿Qué es el PPV? Antes de construir hay que hacer un plano. Por eso es preciso orientar a los candidatos en la identidad y las características del PPV: como respuesta comprometida a la vocación y al plan de Dios.
- Fundamento antropológico de la formación: los modelos de hombre que la sociedad de hoy presenta a los jóvenes. Esto plantea una pregunta fundamental: ¿Qué tipo de hombre quiero ser yo? Lo que supone una crítica ante los modelos que ofrece el mundo actual a través de la publicidad y el ofrecimiento del modelo evangélico del hombre.

La metodología

1. Elaboración de la ficha psicológica con la ayuda del psicólogo del seminario.
2. Elaboración de la "autobiografía" con la ayuda de cuestionarios que plantean los rasgos fundamentales de la historia del candidato y determinan el estado actual del mismo en cada una de las áreas de formación:
 - área humano-afectiva: raíz de su historia
 - área comunitaria: nivel de socialización

- área intelectual: nivel de estudios, capacidades, disciplina, método...
 - área espiritual: grado de educación en la fe, tipo de experiencia de Dios, conciencia de Iglesia, historia de la fe y la vocación.
 - área pastoral: experiencias apostólicas, carismas descubiertos y latentes, concepto del ministerio y expectativas que tiene al buscar el presbiterado.
3. Tiempo especial para determinar las necesidades formativas y confrontarlas con:
- el modelo de hombre-persona
 - las metas que el seminario le propone alcanzar en el primer año de formación.
4. Validación del trabajo realizado: cada candidato revisa su proyecto de vida con los compañeros de vida, con el formador y con el sicólogo.

Acompañamiento

Cada uno de los candidatos tendrá como documento de cabecera, a lo largo del año, el instrumento que realizó como PPV. Hará relectura y oración personal a partir de él, revisándolo cada mes.

El PPV será una ayuda valiosa para el diálogo con el sicólogo, el director del Curso Propedéutico y su director espiritual. El papel fundamental está en el responsable del Propedéutico quien es la persona que más acompaña y sigue a los candidatos. Él orientará a cada estudiante para que sepa dialogar sobre tales o cuales áreas de su vida con el sicólogo y el director espiritual.

Todo esto supone y exige que, no sólo el director del Propedéutico, sino también el psicólogo y el director espiritual tengan diálogos periódicos con cada candidato. Evaluaciones de grupo, talleres de psicología y actividades en común servirán para observar a los jóvenes e ir conociendo mejor las características de su personalidad. Entre el director del Propedéutico, el psicólogo y el director espiritual deberá haber una comunicación permanente sobre los candidatos, respetando siempre el fuero interno.

CONTROL. EVALUACIÓN. REELABORACIÓN

El PPV es dinámico, como lo es el proceso mismo de maduración de la persona. Esto exige, entonces,

- ❖ Control permanente del PPV por parte del candidato y del formador;
- ❖ Evaluación al final de cada semestre (con un “instrumento evaluativo” adecuado) que apunta a descubrir logros y fallas, que permitan motivar para continuar el proceso. En muchos de nuestros seminarios, cada estudiante realiza por escrito su evaluación personal del semestre, que sirve, a su vez, para elaborar junto con el formador responsable de su grupo de vida el informe del estudiante al Equipo de formación y luego al obispo o superior respectivo.
- ❖ Reelaboración: se hace, no sólo al comienzo de cada semestre, sino también durante el proceso de ejecución del PPV ya que hay que enderezar a tiempo y cubrir los baches que haya en el proyecto. Con la elaboración de fin de año se valoran los logros, se refuerza lo conquistado y se ayuda a ver cuáles pueden ser las metas para el próximo año.

A partir de aquí, al inicio de cada año escolar y en el marco de los retiros espirituales, es preciso ofrecer la oportunidad de espacios amplios de silencio y reflexión para que cada uno reelabore su propio PPV. Esto mismo nos plantea otra exigencia en el Equipo de formación: estar atentos al proceso grupal de la comunidad del seminario y asumir en equipo la dirección de los retiros espirituales anuales para acompañar mejor a los jóvenes. Es lo que hemos intentado, por ejemplo, en Acapulco.

GUÍA PARA LA “AUTOBIOGRAFÍA”

Área humano-afectiva

Historia personal

Apellidos

Nombre completo

Lugar y fecha de nacimiento

Edad

Nombre del Padre Ocupación ¿Vive?

Nombre de la Madre Ocupación ¿Vive?

Tus padres están casados por la Iglesia?
Por lo civil? Están separados? Desde cuándo?

¿Cuántos hermanos tienes? Varones: Mujeres:
¿Qué puesto ocupas entre ellos?

¿Cómo consideras las condiciones económicas de tu casa?

¿Colabora tu familia en tu sostenimiento económico dentro del seminario?

¿Dónde hiciste tu bachillerato (o estudios secundarios)?

¿Qué modalidad de estudios hiciste?

¿Cuándo terminaste?

¿Qué otros estudios has realizado?

¿Has trabajado? ¿En qué?

¿Durante cuánto tiempo?

¿Has tenido alguna enfermedad o accidente grave?

¿Cuál?

¿Has estudiado antes en un seminario? ¿Cuál?

¿Cuándo te retiraste? ¿Por qué motivo?

¿Por qué escogiste la Diócesis (o la Congregación)?

¿Puedes ampliar tus respuestas o hacer observaciones?

Tu familia

Tus padres: ¿Cuáles son sus intereses y opiniones más comunes? ¿Cómo te entiendes con ellos? ¿Cómo son? (Características principales y su manera de ser).

Tus hermanos: ¿Cuáles son sus características más importantes? ¿Cómo te entiendes con ellos? ¿Cuáles son los problemas que tienes con ellos?

Ambiente de tu hogar: ¿Cómo son las relaciones con tus padres? ¿Cuál es el clima afectivo de tu hogar? ¿Cuáles son, a tu juicio, los principales problemas que se viven en tu hogar? ¿Cómo son las relaciones de tu hogar con los amigos, parientes y vecinos? ¿Con quién te entiendes mejor y con quién peor en tu hogar?

Tus recuerdos de infancia: Cuenta lo que te parezca más importante de tus recuerdos de niño, sean temores, fantasías, juegos, personajes admirados. ¿Qué elementos, recuerdos o hechos de tu infancia te han marcado en tu manera actual de ser? ¿Qué hechos tristes o frustrantes recuerdas? ¿De qué manera te marcaron?

Tu imagen personal

Concepto de ti mismo: ¿Estás satisfecho con tu actual manera de ser? ¿Qué te gustaría cambiar o corregir? ¿Qué es lo que más rechazas en tu cuerpo o en tu modo de actuar y ser? ¿Te sientes capaz de lograr lo que aspiras? ¿Cómo piensas que te ven los demás? ¿Qué opinión tienen de ti? ¿Te preocupa mucho cuidar tu imagen en las cosas que haces?

Tus ideales y aspiraciones: ¿Cuáles son las metas que te gustaría alcanzar en los próximos (tres) años? ¿Qué características personales te gustaría lograr? ¿Cuáles son las principales dificultades o problemas que encuentras para realizarte?

Área intelectual

Tus estudios y trabajo

¿Tienes buen rendimiento? ¿Cuál fue tu promedio el año pasado?

¿Te integras con facilidad a un grupo estudiantil?

¿Cuáles son tus intereses y pasatiempos?

¿Has ocupado cargos donde has estudiado?

¿Cómo te llevas con los profesores?

Tu método de estudio

¿Cuánto tiempo dedicas a leer: Horas? ¿Días?
¿Frecuencia?

¿Cómo estudias? ¿Aprendes de memoria? ¿Haces esquemas? ¿Haces síntesis personal de lo que lees? ¿Subrayas o anotas?

¿Cómo es tu ritmo de estudio? ¿Cómo distribuyes tu tiempo?

¿Te distraes mucho cuando estudias? ¿En qué piensas cuando esto te sucede? ¿Estudias con música? ¿Qué clase de música? ¿Te permite ella la concentración o te distrae?

Tu evaluación

Evalúa tus capacidades de redacción. De síntesis. De ortografía. La presentación de tus trabajos. La manera como sustentas tus ideas.

Evalúas tu facilidad de expresión oral.

Área comunitaria

1. ¿Qué exige de ti el estilo de vida comunitaria del Seminario o de la Comunidad?
2. ¿Qué normas de la casa se te facilitan cumplir y en cuáles puedes llegar a tener dificultades?
3. ¿Qué es lo que más te gusta de la vida diocesana (o del carisma de la Comunidad)?

4. ¿Qué te llegaría a desanimar de la vida comunitaria diocesana (o de la Comunidad)?

Área espiritual

Tu fe personal

¿Qué te ha ayudado a asumir, en forma personal, tu fe: hechos, personas, actividades, acontecimientos, etc.?

¿Cómo cultivas tu fe?

¿Qué formación en la fe has recibido?

¿Cómo es tu oración personal?

Cuenta tu experiencia vocacional

En un gráfico, trata de expresar tu experiencia espiritual

Área pastoral

1. ¿Qué experiencias apostólicas has tenido?
2. ¿Qué formación recibiste para estas actividades?
3. Teniendo en cuenta los dos puntos anteriores, ¿qué ha sido lo más satisfactorio y qué lo menos de tu experiencia apostólica?
4. ¿Qué crees que se necesita para llegar a ser un buen evangelizador en la situación actual de América Latina en cada una de las áreas formativas (humano-afectiva, espiritual, intelectual, comunitaria y pastoral)?
5. Describe, con tus propias palabras, al presbítero ideal en que sueñas:

6. Teniendo en cuenta los cinco puntos anteriores, haz una lista de todo aquello que debes proyectar para alcanzar tu ideal (de lo más urgente a lo menos urgente).

7. ¿Qué cualidades posees para lograr lo anterior?

MODELO DE PROYECTO PERSONAL DE VIDA (Para candidatos del Curso Propedéutico)

Nombre: _____ Edad: _____

Escribe, al estilo de una carta (con destinatario concreto) el desarrollo de los siguientes puntos:

1. ¿Cuáles son los propósitos o metas que te propones lograr en tu vida?
2. Describe las diferentes acciones que vas a realizar para lograrlo (Ten en cuenta cada una de las áreas formativas).
3. ¿Qué vas a hacer para saber si lo que estás haciendo es consistente con tus metas (medios y formas de evaluación)?
4. Para este semestre: ¿qué te propones lograr al terminarlo?
5. Describe una experiencia pasada que te apoye en tus metas.
6. Ahora, de una manera esquemática, realiza tu *Proyecto Personal de Vida*. El siguiente esquema te puede ayudar.

Objetivo general de su formación presbiteral

Objetivo específico de este año

Área humano-afectiva

1. Metas a lograr: Escribe dos, bien concretas.

2. Medios para alcanzarlas: Escribe algunos medios, fáciles de evaluar.

Área comunitaria

1. Metas a lograr: Escribe dos, bien concretas.

2. Medios para alcanzarlas: Escribe algunos medios, fáciles de evaluar.

Área espiritual

1. Metas a lograr: Escribe dos, bien concretas.

2. Medios para alcanzarlas: Escribe algunos medios, fáciles de evaluar.

Área intelectual

1. Metas a lograr: Escribe dos, bien concretas.

2. Medios para alcanzarlas: Escribe algunos medios, fáciles de evaluar.

Área apostólica

1. Metas a lograr: Escribe dos, bien concretas.

2. Medios para alcanzarlas: Escribe algunos medios, fáciles de evaluar.

Una palabra de apoyo

Escoge una palabra bíblica, del Antiguo o del Nuevo Testamento, que te sirva de animación durante todo este año. La podrás colocar en tu habitación en un afiche o cartel que tú mismo puedes elaborar.

A large, empty rectangular box with a thin black border, intended for the user to draw or write a word of support.

**MODELO DE PROYECTO PERSONAL DE VIDA
(Para candidatos que no son
del Curso Propedéutico)**

Nombre: _____ **Edad:** _____

1. Evaluación de su vida personal y de su experiencia formativa:
 - Valores personales, cualidades.
 - Defectos y debilidades.
 - Principales dificultades halladas en el proceso.
 - Logros y fracasos.
2. Misión: es presbítero que quiero llegar a ser.
En cada una de las dimensiones de la formación (Objetivo general).
3. Objetivo específico para este año.
4. Metas: dos por cada una de las áreas de la formación.
5. Medios concretos para realizar las metas.
6. Palabra de apoyo: Buscar una palabra bíblica que anime el trabajo de personalización.

VI. ESPIRITUALIDAD ACTUAL DEL PRESBITERO

Cómo entender la santidad en un mundo que necesita al pastor inmerso en él

*Pbro. Dr. Carlos Alvarez G.
Colombia*

La espiritualidad presbiteral constituye el tema central del todo del capítulo III y es uno de los puntos más interesantes de la *Exhortación Apostólica* postsinodal *Pastores Dabo Vobis* que sobre la formación presbiteral publicó el Papa Juan Pablo II, el 25 de marzo de 1992. La espiritualidad en la vida del presbítero ha sido uno de los problemas más discutidos después del Concilio Vaticano II y en el que se ha trabajado intensamente, sobre todo para intentar obtener una fundamentación seria y objetiva al ejercicio ministerial de los presbíteros diocesanos.

De manera sintética y estructurada, el capítulo III ofrece una respuesta concreta que va a servir durante mucho tiempo a los esfuerzos por mejorar la vida ministerial, pero también a la elaboración de una seria espiritualidad de los presbíteros. Para su conformación,

el Papa Juan Pablo II se apoyó fundamentalmente en el decreto *Presbyterorum Ordinis* del Vaticano II en las Propositiones del Sínodo de 1990⁷⁰.

UNA BREVE SÍNTESIS

Para entender mejor el contenido de todo el capítulo y el tema que nos interesa aquí, es importante comenzar por ofrecer una síntesis de la enseñanza papal:

El Espíritu Santo, fuente de santidad y llamada a la Santidad.

1. En Jesús:
Lo llena, lo penetra, lo invade en su ser y obrar, lo consagra y envía.
2. En el pueblo:
Viene sobre él en el Bautismo; lo constituye Pueblo; lo consagra y envía (CONSAGRACIÓN).
3. En el Presbítero:
Viene sobre él en el sacramento del Orden; lo consagra y envía; lo configura con Cristo Cabeza y Pastor (CONFIGURACIÓN).

Vocación común y específica de la Santidad

1. La vocación de todos a la santidad se recibe en el Bautismo. Gracias a ella el presbítero es: Un creyen-

⁷⁰ Los números citados en el capítulo III de la PDV son: PO 2, 4, 5, 6, 10, 12, 13, 14, 15, 16 y 17 (algunos varias veces) y las proposiciones de los Padres Sinodales del 90 fueron: la 7, 8, 9, 10, 11, 12, 25 y 38. Sobre la fundamentación bíblica y patristica de la misma, cfr. más adelante.

te, un hermano entre los hermanos, Inserto y unido al Pueblo de Dios, Con el gozo de compartir los dones de la salvación, Y en el esfuerzo común de “caminar según el Espíritu” siguiendo al único Maestro y Señor.

2. La vocación “específica” del presbítero a la santidad se recibe en el sacramento del Orden. Gracias a ella, el presbítero es configurado: Con la persona de Cristo Cabeza de la Iglesia: ser, Con la misión de Cristo Mesías: actuar, Con la vida de Cristo: vivir.

La configuración con Cristo cabeza

La consagración sacramental configura con Jesucristo-Cabeza y da una “potestad espiritual” que es participación de la Autoridad, con que Jesucristo, mediante el Espíritu, guía a la Iglesia. La vida espiritual del Presbítero queda definida por las actitudes y comportamientos de Cristo:

1. Como Cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo. La Autoridad, que se vive como servicio y llega a plenitud en la donación total de sí mismo.
2. Como Pastor de la Iglesia que es su Grey. La caridad pastoral que lleva a imitar y a revivir a Jesús como Buen Pastor.
3. Como Esposo de la Iglesia, que es su Esposa. El amor que se manifiesta como entrega grande y generosa al servicio del Pueblo.
4. Sobresale la caridad pastoral, como principio interior anima y guía la vida espiritual del presbítero.

La configuración con la misión de Cristo

Crea una relación íntima entre ritual del presbítero y su ministerio.

1. Como ministro de la Palabra: Sus relaciones y exigencias frente a la Palabra de Dios.
2. Como servidor de los sacramentos y de la Liturgia de las Horas: Llamados a vivir y a testimoniar la unidad profunda entre el ejercicio de su ministerio y su vida espiritual.
3. Como Animador y Guía de la comunidad: Revive la Autoridad-Servicio de Jesucristo.

La configuración con la vida de Cristo

La consagración anima y vivifica la existencia de cada día.

1. El radicalismo evangélico, exigencia fundamental de la vida del presbítero.
2. Los consejos evangélicos, vividos según la identidad propia del ministerio presbiteral.

Pertenencia y dedicación a la Iglesia particular

Es la dimensión eclesial de la vida espiritual del presbítero.

1. Pertenencia y dedicación a una Iglesia particular.
2. Papel de las "escuelas de espiritualidad" en la vida del presbítero.
3. Apertura a la misión universal de la Iglesia.

Conclusión

El Espíritu, gran protagonista de la vida espiritual.

ESPIRITUALIDAD: VIVIR EN EL ESPÍRITU DE JESÚS LA VOCACIÓN A LA SANTIDAD

Antes que nada es importante clarificar algunos puntos que están subyacentes al Documento. El primero es el contenido de la "espiritualidad". No es una teoría, ni una corriente filosófica; es una vida. La espiritualidad cristiana no se entiende sino como una experiencia y un camino en el Espíritu. Es, por lo mismo, un vivir en el Espíritu (ζωωπνευματι: Ga 5,25), un caminar en el Espíritu (περιπατειο πνευματι: Ga 5,16), ser guiado por el Espíritu (πνευματι αγεομαι: Ga 5,18), caminar ordenadamente en el Espíritu (στοιχεω πνευματι). Y este Espíritu es el Espíritu de Jesús.

Ahora bien, lo que hace el Espíritu de Jesús dentro de nosotros es un llamado fuerte, exigente y vivo a la santidad. "El Espíritu nos revela y comunica la vocación fundamental que el padre dirige a todos desde la eternidad: la vocación a ser santos. El Espíritu se hace en nosotros principio y fuente de su realización..." Por eso, "la existencia cristiana es *vida espiritual*, es decir, animada y dirigida por el Espíritu hacia la santidad o perfección de la caridad" (PDV 19).

¿Cómo entender la santidad? Su contenido pleno sólo puede ser comprendido si vamos hasta el Antiguo Testamento y la cultura hebrea más antigua. En efecto, el adjetivo *santo*, en hebreo "kadosh", viene de la raíz Kadal, que significa "cortar, separar" y orienta fundamentalmente hacia una idea de separación y distanciamiento. Dios es el único Santo porque es distinto, es el

Otro, el Trascendente, el Absolutamente inaccesible (Ex 15,11), el Intocable (2 S 6,6-7).

Por esto mismo, Dios es el único que puede “santificar” y, al hacerlo, manifiesta su gloria, pone aparte y se reserva algo o alguien para que le pertenezca plenamente a Él (cfr. Is 6,1-5).

Elegido y puesto aparte entre las naciones, Israel viene a ser la propiedad personal y particular de Dios (“Segulah”), Pueblo Santo de Dios (Ex 19, 1ss). Y Dios vive y marcha en medio de su pueblo (Ex 33,12-17), como el Santo (Os 11,9). Pero la elección y la separación tienen un sentido y un contenido: ser en el mundo testigos vivos de Dios, mediante una vida conforme a la santidad de Dios (Is 43, 10-13; 44,1-8).

De este modo, la santidad plantea dos características propias: la separación o distanciamiento; la consagración o dedicación a una vida especial. Ambas se interrelacionan.

La separación no es, pues, evasión sino –en una dialéctica profunda– alejamiento *para* una transformación. La separación es *para* la consagración y ésta es una entrega, una dedicación y una lucha sin medida, al servicio de Dios en el mundo, construyendo su pueblo (cfr. PDV 24).

Los cristianos, en el Nuevo Testamento, son llamados *santos* (59 veces en total) y el Espíritu de Dios es el que santifica. Dos afirmaciones bellísimas hace el documento sobre esta acción santificadora del Espíritu:

1. El Espíritu viene sobre Jesús-Mesías, lo llena, lo penetra, lo invade en su ser y en su obrar, lo consagra

y envía, de tal modo que Jesús pertenece total y exclusivamente a Dios, participa de la infinita santidad de Dios que lo llama, elige y envía.

2. El Espíritu viene sobre todo el pueblo de Dios y lo constituye como pueblo, lo consagra, lo envía a proclamar el Evangelio de salvación de tal manera, que el pueblo queda como "embebido", "marcado" por el Espíritu y llamado a la santidad (cfr. 1 Co 12,13; 2 Co 1,21-22; Ef 1,13; 4,30) (PDV 19).

Sólo penetrando vivamente la fuerza de estas afirmaciones podremos comprender mejor la característica de nuestra vocación "específica" a la santidad como presbíteros.

EL PRESBITERO, LLAMADO CON DOBLE TÍTULO A LA SANTIDAD

A partir de lo anterior, queda más claro que todo presbítero ha recibido por ser cristiano, una vocación a la santidad, bajo la acción del Espíritu. El sacramento del Orden, sin embargo, añade otro título y una "especificidad" concreta a esta llamada. El Documento se apoya en los escritos de San Agustín y lo cita con frecuencia⁷¹ para recalcar lo que nos une con el resto del pueblo y lo que nos obliga de una manera más exigente, a buscar "un estilo" de vida concorde a la vocación recibida:

⁷¹ Dos veces en el número 20; una en el número 21; otra en el 23 y de nuevo en los nn. 24 y 25.

Todos los cristianos

Nombre de gracia
nombre de salvación.

Realidad que nos hace "con-siervos"

Todos rescatados y grey del Señor

Todos apacentados por el Señor
a través del amor de los pastores

Unos pocos presbíteros u obispos

Nombre de servicio
nombre de peligro

Realidad que nos sitúa
a la cabeza del pueblo

Con un servicio de amor
a la grey del Señor

Apacienta en nombre del Señor
con un amor que puede
llevar hasta la muerte.

De este modo, la común vocación a la santidad se fundamenta en el Bautismo; la especial vocación en el Orden: dos sacramentos que ungen y consagran y, al hacerlo, destinan para una misión.

El Bautismo, en efecto, por la unción en la cabeza con el Santo Crisma, *consagra* al creyente que ha nacido a la vida nueva por el agua y el Espíritu, y lo *destina* a ser testigo del reino en medio de las naciones. El Bautismo unge (χρίω) a Jesús y lo constituye como el ungi-

do de Dios para el pueblo (χριστοζ); unge el creyente y lo constituye en aquel que ha recibido “la unción del Santo” (1 Jn 2,20) para transformar el mundo (χριστιανοζ).

El Orden, por su parte, mediante la imposición de manos en la cabeza y la unción de las manos del ordenado, *consagra* nuevamente al creyente y lo *destina* para actuar en nombre de Cristo-Cabeza y en nombre de la Iglesia y al servicio de todo el pueblo sacerdotal de Dios.

Es esta nueva consagración la que constituye la “especificidad” de la vocación a la santidad en los presbíteros. “El Espíritu –dirá al final el Documento– consagrando al sacerdote y configurándolo con Jesucristo Cabeza y Pastor, *crea una relación* que, en el ser mismo del sacerdote, requiere ser asimilada y vivida de manera personal, esto es, consciente y libre, mediante una comunión de vida y amor cada vez más rica, y una participación, cada vez más amplia y radical de los sentimientos y actitudes de Jesucristo” (PDV 72). Es una relación ontológica y psicológica, sacramental y moral.

Doblemente ungidos y consagrados, doblemente llamados a la santidad, los presbíteros quedan “configurados” con Jesucristo Cabeza y Pastor de la Iglesia para el servicio del Pueblo de Dios.

CONFIGURADOS CON CRISTO Y CON LA IGLESIA

Con esto llegamos a lo central de todo el capítulo y aún del Documento: la *configuración* con Cristo Cabeza y Pastor de la Iglesia.

Ya el decreto *Presbyterorum Ordinis* al escribir sobre la vocación de los presbíteros a la santidad, había dicho:

por el sacramento del Orden se configuran los presbíteros con Cristo Sacerdote como ministros de la Cabeza para construir y edificar todo su Cuerpo, que es la Iglesia, como cooperadores del Orden Episcopal (12).

Veintisiete años después con los elementos teológicos que han ido apareciendo y los aportes del Sínodo 90 el Papa reasume la idea de *configuración*, la mejora en su expresión (ya no configuración con Cristo Sacerdote) y la amplía a tres aspectos: con la Persona de Jesucristo Cabeza y Pastor de la Iglesia; con la misión o el actuar de Jesús; y con la vida toda del Señor (PDV 20; cfr. 33).

Tanto el Papa como el Concilio vuelven a una expresión típicamente paulina, que es la clave de la enseñanza: *configurar*. Pablo, en efecto, queriendo expresar el plan y la acción del Padre Dios con los creyentes, pero también el esfuerzo de adhesión e identificación con Cristo, acuñó un verbo y un sustantivo: συμμορφίζω = hacerse semejante a συμμορφος = conforme a, semejante a.

Primero, en la Carta a los Romanos 8,29 Pablo medita sobre el plan salvífico de Dios Padre, que se realiza en la historia, y afirma:

A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo para que fuera el primogénito entre muchos hermanos..

Según esto, el proyecto que Dios tiene sobre los creyentes es que lleguemos a ser semejantes a la imagen de Jesús, que continuemos y actualicemos los "rasgos"

de su personalidad en la historia de cada día. Por eso, en la carta a los filipenses y hablando de sí mismo, Pablo nos ofrece su mayor aspiración como cristiano:

Conocerlo a Él y el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos, llegando a ser semejante a su muerte para alcanzar la resurrección de los muertos (Flp 3,10).

Y unos versos más adelante reafirma:

El Señor Jesucristo transfigurará nuestro cuerpo en miseria, haciéndolo conforme al cuerpo de su gloria, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas (Flp 3,21).

La clave de todo está en tratar de entender una realidad de gracia y de misericordia: Jesucristo, “*existiendo en la forma de Dios*” (εν μορφη θεου υπαρχων), “se despojó de sí mismo y tomó la forma de siervo” (μορφην δουλου λαβων) (cfr. Flp 2,6-11) para que nosotros, que estamos rodeados de miseria y vivimos en una forma de debilidad, podamos llegar a ser semejantes a la forma de Dios.

Aplicando todo esto al ministerio presbiteral, la enseñanza es precisa: “*Con la efusión sacramental del Espíritu Santo que consagra y envía, el presbítero queda configurado con Jesucristo Cabeza y Pastor de la Iglesia y es enviado a ejercer el ministerio pastoral. Así... marcado en su ser de una manera indeleble y para siempre como ministro de Jesús y de la Iglesia, inserto en una condición de vida permanente e irreversible, se le confía un ministerio pastoral que, enraizado en su propio ser y abarcando toda su existencia, es también permanente*” (PDV 70).

Configuración con Cristo

Pablo nos ha hablado de la “configuración” de todos los creyentes con Cristo a partir del Bautismo. El Concilio Vaticano II y el Documento sinodal nos hablan de una “nueva y específica” configuración con Cristo de quienes reciben la imposición de manos, a partir del sacramento del Orden. Esta configuración realizada en la Ordenación por la presencia operante del Espíritu se manifiesta en tres niveles: *en el ser, en el actuar y en el vivir* (PDV 33). Nuestro ser queda configurado con la *persona* de Cristo, Cabeza y Pastor; nuestro actuar, configurado con la *misión* o ministerio salvífico de Jesús; nuestro vivir es configurado con la *vida* toda de Cristo (PDV 20) para llegar a ser ante los hermanos “Epifanía y Transparencia del Buen Pastor que da la vida” (PDV 49).

a) Con la persona de Cristo

Si la insistencia del Concilio Vaticano II estaba en la unión de los presbíteros a Jesucristo, sacerdote y Cabeza de la Iglesia, lo que repite hasta la saciedad el presente Documento es la unión a Jesucristo Cabeza y Pastor de la Iglesia. La unión íntima de los presbíteros con Jesucristo, por el sacramento del orden, tiene pues una connotación teológica: nos unimos a Jesucristo en cuanto “Cabeza” y en cuanto “Pastor” de la comunidad. Por eso el Papa propone tres relaciones básicas entre Cristo y la Iglesia que tienen que expresarse concretamente en tres relaciones entre los presbíteros y la comunidad eclesial donde trabajan:

Cristo Cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo.

Por ser Cabeza, Jesucristo tiene una autoridad para guiar a su Iglesia según el Plan del Padre. Pero esta

autoridad la vive como servicio, haciéndose El mismo Siervo de todos.

Los presbíteros, a su vez, reciben como don una “potestad espiritual” que es participación de la autoridad de Jesucristo (PDV 21) y son constituidos “imagen viva de Jesucristo Cabeza” (PDV 43). Esta autoridad-servicio debe animar y vivificar la existencia espiritual de todo sacerdote, quien en lugar de “tiranizar” la grey (cfr. 1 Pe 5, 2-3) se hará ofrenda y donación gozosa en favor de su pueblo (PDV 21).

Cristo, Pastor de la Iglesia, que es su Grey.

Jesús es la realización del Buen Pastor esperado por el Pueblo (Jn 10; Ez 34; Sal 23). Los presbíteros, configurados con Jesús Buen Pastor, son llamados a imitar y revivir su misma caridad pastoral (PDV 22).

Cristo, Esposo de la Iglesia, que es su Esposa.

Como tal, Jesucristo ama y se entrega por ella para lograr que sea santa e inmaculada (cfr. Ef 5, 25.27). Los presbíteros, sin dejar de ser parte de la comunidad, son configurados con Cristo Esposo y están frente a la Iglesia, llamados a revivir en su vida espiritual el amor y la entrega de Jesús por la Iglesia. Este amor, en toda su riqueza y expresión, es llamado “la caridad pastoral” que hace al presbítero capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, con renuncia, con entrega y celo, con ternura, hasta lograr formar a Jesús en el corazón y la vida de los hermanos (PDV 22; cfr. Gn 4,19).

b) Con la misión de Cristo

Ungido por el Espíritu, Jesús es constituido Servidor del Padre y toda su vida está en función de la misión

salvífica a favor de los hombres. Los presbíteros, en virtud de la consagración sacramental, son hechos "ministros de Jesucristo" servidor del Padre (PDV 25). Por eso, no son "una cosa" inerte y pasiva sino "una persona" e instrumento vivo del Señor, "un compañero y colaborador del Dios Santo y Santificador" (PDV 25). Todo lo cual implica una voluntad consciente y libre, una unidad de mente, sentimiento y vida, para realizar en los gestos ministeriales, no sólo lo que Jesús hace, sino lo que quiere hacer también la Iglesia. Pero, más aún, implica un crecimiento en el amor a Cristo y a la Iglesia (PDV 25).

Es aquí, en este contexto, donde el Documento post-sinodal sitúa el triple ministerio del ejercicio presbiteral, al que tanto realce le dio Vaticano II.

Ministros de la Palabra, como Jesús, los presbíteros deben ser los primeros en tener una gran familiaridad pastoral con la Palabra de Dios, pero también los primeros creyentes de la misma. Lo que implica un estudio serio y un acercamiento a ella con un corazón dócil y orante; pero también el no sentirse dueños de la Palabra sino siervos y no los únicos poseedores del mensaje salvífico sino deudores de la palabra ante el pueblo de Dios (PDV 26).

Ministros de los sacramentos, los presbíteros están llamados a vivir y testimoniar, en la Liturgia de las Horas y en las celebraciones sacramentales, la unidad profunda que hay entre el ejercicio de su ministerio y su vida espiritual (PDV 26).

Ministros de la comunidad eclesial, reviven la autoridad y servicio de Jesucristo, animando y guiando a la Iglesia, con atención generosa y capacidad de coordinar

los dones y carismas que el Espíritu reparte para construir la Iglesia (PDV 26).

c) Con la vida de Cristo

Enviado por el Padre y consagrado por el Espíritu, Jesucristo hace de toda su vida un don y un servicio sin medida (PDV. 23). Como El, los presbíteros son enviados y consagrados al servicio del Pueblo de Dios y del mundo. Como cristianos, son seguidores de Jesucristo e invitados a vivir una existencia bajo el signo de la radicalidad evangélica. Como consagrados por el sacramento del Orden, los presbíteros están llamados a expresar –de una manera propia y singular– todas las virtudes, pero en especial, la unidad en un solo bloque como “consejos evangélicos” como: obediencia, castidad y pobreza.

Jesucristo es el modelo y fuente de estas virtudes: los presbíteros han de tener los mismos sentimientos de Jesús, para encontrar en la caridad obediente, casta y pobre, la vía maestra de la unión con Dios y de la unidad con los hermanos (PDV 30).

Configuración con la Iglesia

Configurados con Cristo Cabeza y Pastor de la Iglesia, configurados también con la Iglesia en una relación íntima y profunda que proviene de la misma Ordenación presbiteral. Tal es la segunda afirmación en éste que hemos llamado “tema central” del capítulo III.

Ya en el capítulo II (PDV 12) el Documento había dicho que la identidad del presbítero tiene un aspecto esencialmente relacional.

Pues bien, la ordenación presbiteral “configura” también la vida, la existencia y la misión de los presbíteros con la Iglesia particular, creando así un vínculo que es esencial y que se manifiesta necesariamente en la vida espiritual.

En este segundo contenido de la configuración hay, igualmente, un aspecto general, que proviene del Bautismo: “La esencial e irrenunciable dimensión eclesial” de toda vida cristiana (PDV 31). Y un aspecto particular que permite descubrir “lo específico” de la realidad ministerial: la relación especial con la Iglesia particular, que algunos llaman “incardinación” y otros “diocesanidad”.

Acerca de este punto se habló mucho en el Sínodo, pero lo más rico que encontramos aquí es su situación dentro del capítulo de la espiritualidad presbiteral. Ya en el capítulo II se había afirmado que “la referencia a la Iglesia es necesaria, aunque no prioritaria, en la definición de la identidad del presbítero” (PDV 12; cfr. 17). Ahora se subraya cómo la vida espiritual del presbítero tiene un valor espiritual necesario: la pertenencia y la dedicación a una Iglesia particular (PDV 31).

Para comprender mejor el sentido de esta segunda configuración, el Documento habla de “pertenencia, dedicación, relación, coparticipación (PDV 31), incorporación” (PDV 74) y lo sintetiza todo en el término *incardinación* que ha venido a ser común en la teología ministerial. Con todo, insiste en subrayar que no está motivado “solamente por razones organizativas y disciplinares” (PDV 31) sino que es mucho más.

La incardinación es un vínculo a la vez jurídico, espiritual y pastoral (PDV 74) que crea una relación con el Obispo en el único presbiterio, una coparticipación en

la preocupación eclesial, una dedicación al cuidado evangélico del Pueblo de Dios, en las condiciones concretas históricas y ambientales de la Iglesia particular (PDV 31). Todo lo cual crea una "fisonomía" específica en la figura vocacional del presbítero y constituye un elemento calificativo para vivir la espiritualidad (PDV 31).

En toda esta realidad de pertenencia y dedicación a la Iglesia particular encuentran los presbíteros "una fuente de significados, de criterios de discernimiento y de acción que configuran tanto su misión pastoral, como su vida espiritual" (PDV 31).

LA CARIDAD PASTORAL ANIMA Y GUÍA LA VIDA ESPIRITUAL DEL PRESBITERO

Caracterizada, plasmada y definida la vida espiritual del sacerdote en la doble configuración con Cristo y con la Iglesia, la consecuencia que se sigue es normal: toda su vida y su actuar, sus sentimientos y sus actitudes, todo su "estilo" de acción no pueden ser otros que los de Jesucristo (cfr. PDV 21). Todo lo cual se compendia en una sola expresión tomada del Concilio Vaticano II "la Caridad Pastoral" (PO 14)⁷².

El Vaticano II, en efecto, al hablar de los presbíteros y su vida espiritual, afirma que "al regir y apacentar al pueblo de Dios, se sienten movidos por la caridad del Buen Pastor a dar su vida por sus ovejas, prontos también al supremo sacrificio..." (PO 13) y en el número siguiente agrega:

72 Gran importancia le da el Documento a la Caridad Pastoral. Valdría la pena trabajar el tema por aparte, apoyándose en los números 21, 22, 23, 24, 25, 27, 29, 57, 72 y 74.

Desempeñando el oficio de Buen Pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral, hallarán el vínculo de la perfección espiritual que reduzca a unidad su vida y acción. Esta caridad pastoral fluye ciertamente, sobre todo, del sacrificio eucarístico, que es, por ello, centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que el alma sacerdotal se esfuerce en reproducir en sí misma lo que se hace en el ara sacrificial (PO 14).

Ahora bien, los padres conciliares quisieron expresamente remitir la expresión "caridad pastoral" a los escritos de San Agustín y más concretamente al comentario sobre San Juan, donde encontramos la frase que el Documento PDV retoma con insistencia: "que sea tarea de amor apacentar el rebaño del Señor"⁷³.

¿Qué es, entonces, la caridad pastoral? *"Es aquella virtud con la que imitamos a Cristo en la entrega de sí mismo y en su servicio"* (PDV 23). No es sólo las cosas que hacemos; es la donación de nosotros mismos y una donación sin límites, marcada por la fuerza apostólica y misionera de Cristo, el Buen Pastor. Pero es igualmente un "amoris officium", un servicio de amor que tiene su fuente en el amor radical y central por Cristo y su expresión en el amor hecho entrega constante a los hermanos que viven en la comunidad local a la que cada uno sirve.

Por eso, la caridad pastoral tiene como destinataria a la Iglesia. La Iglesia universal, Esposa de Jesucristo; pero sobre todo, la Iglesia que le ha sido confiada al presbítero. De esta manera, movido por la fuerza del

⁷³ Cfr. In Jo 132,5. PL 35, 167. PO 14, la nota 23 cita textualmente a San Agustín y Juan Pablo II, en tres oportunidades, repita la expresión: "Sit amoris officium pascere dominicum gregem" (cfr. PDV 23.24).

amor, el presbítero aprende a compartir la historia o experiencia de vida de la comunidad donde vive, a conocer sus valores y debilidades, sus dificultades y esperanzas, pero también a trabajar en ella para su crecimiento (cfr. PDV 74).

SEGUIMIENTO RADICAL Y CONSEJOS EVANGÉLICOS

El Espíritu de Jesús, que llama a la santidad y configura al presbítero con Cristo Cabeza y con la Iglesia, es el mismo que anima y vivifica la existencia de cada día, enriqueciéndola con dones y exigencias, con virtudes y fuerzas, que se compendian en la caridad pastoral (PDV 27). Pero todo esto no tiene sino como finalidad el “seguir a Jesús por donde quiera que vaya” (Ap 14, 4) y con un seguimiento radical.

“El radicalismo evangélico –dice el Documento– es una exigencia fundamenta e irrenunciable para todos los cristianos” (PDV 27) y tiene una manera concreta de expresarse en los llamados *consejos evangélicos*. Dichos “consejos” son para todos los bautizados, pero han de tener una cierta “especificidad” en la forma de vivirlos la existencia presbiteral. Es este aspecto el que más nos interesa subrayar.

Pero digamos, primero, que mientras estamos acostumbrados a enunciar los consejos evangélicos con un orden tradicional: pobreza, castidad y obediencia; el Documento propone un orden distinto y expresivo de todo un proceso personal de vida espiritual: obediencia-castidad-pobreza. Con la obediencia se está pronto a vivir la voluntad del Padre que envía; con la castidad se manifiesta el servicio al amor de comunión y de donación interpersonal; con la pobreza se vive la en-

trega a Dios como verdadera y definitiva riqueza de la existencia presbiteral (cfr. PDV 28-30).

La obediencia evangélica

Tiene en la vida del presbítero tres características:

Es apostólica: reconoce, ama y sirve a la Iglesia en su estructura jerárquica. Nace de la libertad responsable del presbítero, se vive en comunión y sin servilismos.

Es comunitaria: se inserta en la unidad del presbiterio y, por lo mismo, se vive en la solidaridad y una entrega, que puede llevar hasta el sacrificio de las preferencias personales, con tal de construir la comunión.

Es pastoral: se vive en un clima de constante disponibilidad a dejarse absorber y casi “devorar” por las necesidades y exigencias de la comunidad (PDV 28).

La castidad evangélica

La Exhortación dedica un poco más de espacio al tema de la castidad evangélica, como respuesta a todas las inquietudes y las dificultades que han aparecido en los últimos años frente al mantenimiento y reafirmación de la disciplina eclesial sobre el celibato ministerial. Como no es éste el punto que nos interesa, descubrimos en tres líneas las características de la castidad presbiteral:

Es original: se vive de acuerdo con la enseñanza del Evangelio y se expresa en la virginidad y el celibato. El presbítero deja padre y madre para seguir a Jesús Buen Pastor, en una comunión apostólica al servicio del Pueblo de Dios.

Es sponsalicia: se realiza en la comunión y donación personal a Jesucristo Cabeza y a su Iglesia Esposa. Como tal, es un don del presbítero en y con Cristo a la Iglesia y expresa el servicio del presbítero a la Iglesia en y con el Señor.

Es escatológica: prefigura y anticipa la comunión y donación perfecta y definitiva en la vida eterna (PDV 30).

La pobreza evangélica

La connotación de "evangélica" es lo que orienta concretamente la experiencia vital de la pobreza como "consejo evangélico". Porque ser pobre, sin más, puede llegar a ser en la mentalidad bíblica una carencia de bendición divina. Por eso, la descripción concreta de la pobreza evangélica: "es la sumisión de todos los bienes al Bien supremo de Dios y de su Reino", hecha por los padres sinodales; y la aclaración que sigue: "no es desprecio y rechazo a los bienes materiales, sino uso agradecido y cordial de ellos y gozosa renuncia de los mismos con gran libertad interior" (PDV 30), constituyen una valiosa orientación.

Tiene igualmente unas características propias:

Es "efectiva": a ejemplo de Cristo es el testimonio de una vida simple y austera, renunciando generosamente a las cosas superfluas.

Al servicio del Evangelio: implica, no tanto acomodar el Evangelio y el lugar de trabajo a las necesidades o ventajas personales, sino mantener una disponibilidad a ser enviado allí donde el trabajo sea más útil y urgente, aunque comporte sacrificio personal.

Transparente: en la administración de los bienes de la comunidad.

Solidaridad: lleva a comprometerse en la distribución y uso más justo de los bienes entre el colegio presbiteral, pero también entre los hermanos más pobres de la comunidad.

Profética: de tal modo que sea signo de separación; la renuncia y la no sumisión a la tiranía del mundo contemporáneo que pone toda su confianza en el dinero y en la seguridad material.

ABIERTOS A LA MISIÓN UNIVERSAL

Poseído por el Espíritu, configurado con Cristo y con la Iglesia, "devorado" por la caridad pastoral en seguimiento de Jesús y al servicio de los hermanos, el presbítero –por último– debe tener un corazón abierto a la misión universal. Y este aspecto también marca y orienta su vida espiritual.

El Documento lo afirma de una manera precisa: "El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida; sino a la misión universal y amplísima de la salvación hasta los confines de la tierra" (PDV 32).

Por eso mismo "la vida espiritual de los sacerdotes debe estar profundamente marcada por el anhelo y el dinamismo misionero" (*idem*). Un anhelo y un dinamismo que los sitúa siempre en actitud de itinerantes, como Jesús (cfr. Mt 4, 23-25), rompiendo –si es preciso– las barreras de la propia iglesia particular; y los hace trabajar con vigor en la formación de una comunidad auténticamente misionera.

FUNDAMENTACIÓN BÍBLICA DE LA ESPIRITUALIDAD PRESBITERAL

Según la *Pastores Dabo Vobis*.

Nos parece interesante hacer una lectura del capítulo III sobre "La espiritualidad sacerdotal" desde la óptica de los textos bíblicos utilizados por el Papa para fundamentar la doctrina eclesial.

Lo hacemos de una manera sencilla, enunciando el tema y anotando los textos bíblicos del caso. Con eso, no sólo se podrá tener una idea general de la fundamentación bíblica de la espiritualidad, sino que alguna podrá más fácilmente hacer un juicio crítico sobre la oportunidad o no en el uso de los textos.

- El Espíritu del Señor sobre mí. Lc 4,18.
- El Pueblo de Dios, "marcado" y "embebido" por el Espíritu: 1 Co 12,13; 2 Co 1,21ss; Ef 1,13; 4,30; 1,4-5.
- La Vida en el Espíritu: Ga 4,6; 5,25.
- Perfectos como el Padre: Mt 5,48.
- Santos como Jesús: Hb 7,26.
- Compartiendo los dones de la salvación: Ef 4,4-6.
- Despojados como Jesús: Flp 2,7-8.
- Servidores del rebaño como Jesús: Mt 20,24; Mc 10,43-44; 1 P 5,2-3.
- Pastores a imagen del Buen Pastor: Sal 22; Ez 34, 1ss; Jn 10, 1ss; Mt 9,35-36; 18,12-14; Jn 21, 15-17; 1 P 5,1-4.
- Esponsalidad de Cristo y de la Iglesia: Jn 2,1-11; Ef 5,23-29; 2 Co 11,2; Ga 4,19.
- Don de sí a la Iglesia, como Jesús: Caridad pastoral: Ef 5,25; Jn 10,16; 2 Co 4,5; Jn 21,17.

- Ejercicio del Ministerio del Espíritu y de la justicia: 2 Co 3,8-9.
- Dispensadores de los misterios de Dios con atención y respeto: 1 Co 4,1; 1 Tm 4,14; 2 Tm 1,6.
- Cristo vive en mí: Ga 2,20.
- Tener la mente de Cristo para conocer la verdad y ser libres: 1 Co 2,16; Jn 8,31-32.
- Virtudes del ministerio: Tt 1,7-8.
- Radicalismo evangélico: Mt 8, 18ss; 10, 37ss; Mc 8,34-38; 10,17-21; Lc 9, 57ss; Mt 5-7.
- En todo la voluntad del Padre: Obediencia: Jn 4,34; 5,30; 6,38.
- El celibato por el Reino: Mt 19,11; 1 Co 7,7; 7,32-34.
- La pobreza evangélica: 2 Co 8,9; Lc 10,7; 1 Co 9,14; Lc 9,57-62; Mc 10,17-22; Hch 2,42-47; Flp 2,5.
- La misión a todos: Hch 1,8.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
INTRODUCCIÓN	7
I. FORMACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTROS SEMINARIOS DE AMÉRICA LATINA	11
<i>Pbro. Lic. Luigi Barbiero C.</i>	
El contexto actual y la formación espiritual	13
Desafíos para una formación espiritual sólida, hoy	22
Algunos principios básicos para una formación espiritual, hoy	38
Algunas experiencias para una formación espiritual profunda, hoy	46
Algunas insistencias para la vida en el Espíritu, hoy	57
II. LA FORMACIÓN ESPIRITUAL DE LOS FUTUROS SACERDOTES	61
<i>Pbro. Dr. José María Recondo</i>	
Orientaciones generales	61
Formación espiritual desde una perspectiva integradora	61

Formación espiritual y crecimiento humano, intelectual y pastoral	65
La comunidad educativa del Seminario, responsable por la formación espiritual de los futuros sacerdotes	72
El Seminario como ambiente espiritual	73
Formación espiritual desde la identidad y espiritualidad presbiterales	75
III. FORMADORES DE CREYENTES PRESBÍTEROS.....	139
<i>Pbro. Dr. Carlos Alvarez</i>	
Mistagogos cristianos	139
Oración para pedir sabiduría	140
La formación inicial en la oración	148
Jesús, formador del hombre nuevo	154
Aprendiendo la experiencia del Deuteronomio	164
El acompañamiento personal	179
IV. EL ITINERARIO DE LA FORMACIÓN ESPIRITUAL EN LOS SEMINARIOS MAYORES	183
<i>Pbro. Carlos Alvarez, Carlos Juliao, Ignacio Meriño</i>	
El objetivo general de la formación espiritual del Seminario	185
Objetivos específicos	186
La formación espiritual por etapas	189
V. EL PROYECTO PERSONAL DE VIDA (PPV)	235
<i>Pbro. Dr. Carlos Alvarez</i>	
¿Qué es?	235
Ámbitos de utilidad	236
Papel del director espiritual o formador	237
¿Cómo se hace el PPV?	238
Control. Evaluación. Reelaboración	241
Guía para la "Autobiografía"	242

Modelo de Proyecto Personal de Vida (Para candidatos del Curso Propedéutico).....	248
Modelo de Proyecto Personal de Vida (Para candidatos que no son del Curso Propedéutico)	253
VI. ESPIRITUALIDAD ACTUAL DEL PRESBITERO	
CÓMO ENTENDER LA SANTIDAD EN UN MUNDO QUE NECESITA AL PASTOR INMERSO EN ÉL	
<i>Pbro. Dr. Carlos Alvarez G.</i>	255
Una breve síntesis	256
Espiritualidad: vivir en el espíritu de Jesús la vocación a la santidad	259
El presbítero, llamado con doble título a la santidad	261
Configurados con Cristo y con la Iglesia	263
La Caridad pastoral anima y guía la vida espiritual del presbítero	271
Seguimiento radical y consejos evangélicos	273
Abiertos a la misión universal.....	276
Fundamentación bíblica de la espiritualidad presbiteral	277
ÍNDICE	279